ZABALKINDEA SORTA

ILUSTRATUA

L 4 8

Publicación de
CIENCIAS, BELLAS ARTES Y LETRAS
DIRECTOR: D. Bernardo Estornés Lasa
Núm. 14
3.er trimestre 1935

IMP. EDITORIAL ITXAROPENA.-ZARAUZ

N 36512
R 20689
ATK20168

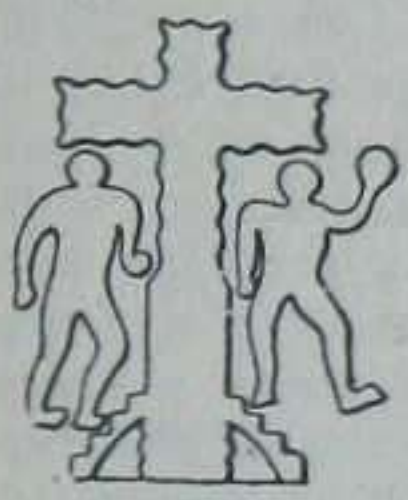
Arturo Campión

—

Euskaltzaleak

Elerti-Literatura

I



EUSKALTZALEAK

BEÑAT IDAZTIAK
Editor
Legazpi, 5
DONOSTIA

ZABALKUNDEA SORTA—COLECCION ZABALKUNDEA

NUMEROS PUBLICADOS:

1-2.—*Blancos y Negros* (Guerra en la paz) por D. Arturo Campión. Novela. Prólogo de D. Carmelo Etxegarai. 422 págs. y láminas. Precio: Para los Sres. suscriptores: 5 ptas. En las librerías: 6 ptas. Edición de lujo: 10 y 12 ptas. respectivamente.

3.—*El Hombre Primitivo en el País Vasco*, por D. José Miguel de Barandiaran. 112 págs. mas 14 láminas. Precio: Para los Sres. suscriptores: 2,50 ptas. En las librerías: 4 ptas. Edición de lujo: 5 y 7,50 ptas. respectivamente.

4.—*Narraciones Baskas*, por D. Arturo Campión. 168 págs. mas láminas. Precio: Para los Sres. suscriptores: 2,50 ptas. En las librerías: 4 ptas. Edición de lujo: 5 y 7,50 ptas. respectivamente.

5.—*Castillos Medioevales de Nabarra*, por D. Julio de Altadill. Tomo I. 150 págs. mas láminas. Precio: Para los Sres. suscriptores: 2,50 ptas. En las librerías: 4 ptas. Edición de lujo: 5 y 7,50 ptas. respectivamente.

6.—*Narraciones Baskas*, por D. Arturo Campión. 137 págs. mas láminas. Precio: Para los Sres. suscriptores: 2,50 ptas. En las librerías: 4 ptas. Edición de lujo: 5 y 7,50 ptas. respectivamente.

7.—*Historia de La Monja Alférez*, por D.ª Catalina de Erauso, prologada e ilustrada con notas por D. Bernardo Estornés Lasa e ilustrada con dibujos de D. Juan Pablo Tillac. 152 págs. mas láminas. Precio: Para los Sres. suscriptores: 2,50 ptas. En las librerías: 4,50 ptas. Edición de lujo: 5 y 7,50 ptas. respectivamente.

8.—*Castillos Medioevales de Nabarra*, por D. Julio de Altadill. Tomo II. 209 págs. mas láminas. Precio: Para los Sres. suscriptores: 2,50 ptas. En las librerías: 4,50 ptas. Edición de lujo: 5 y 7,50 ptas. respectivamente.

9.—*Indumentaria Baska*, por D. Bernardo Estornés Lasa. 152 págs. dibujos y grabados. Precio: Para los Sres. suscriptores: 2,50 ptas. En las librerías: 4,50 ptas. Edición de lujo: 5 y 7,50 ptas. respectivamente.

10.—*Garoa*, Domingo Agirre'k. Txiki'ren marazkiak. 310 orialde. Saneuria: Arpidedunentzat: 2,50 Irko. Idaztitegietan: 4,50 Irko. Irarkaldi apaña: 5 eta 7,50 Irko. bakoitzarentzat.

11.—*Narraciones Baskas*, por D. Arturo Campión. 136 págs. mas láminas. Precio: Para los Sres. suscriptores: 2,50 ptas. En las librerías: 4,50 ptas. Edición de lujo: 5 y 7,50 ptas. respectivamente.

12.—*Euskal-Edestia.-Historia Baska* (erderaz), por D. Bernardo Estornés Lasa. 124 págs. dibujos. Precio: Para los Sres. suscriptores: 2,50 ptas. En las librerías: 4,50 ptas. Edición de lujo: 5 y 7,50 ptas. respectivamente.

12.—*Euskal-Edestia.-Historia Baska* (euskeraz), Estornes Lasa'tar Beñat'ek egiña ta Artzelus'tar Ander'ek euskeratua. 124 orialde ta mañazkiak. Saneuria: Arpidedunentzat: 2,50 lrko. Idaztitegietan: 4,50 lrko. Irarkaldi apaña: 5 eta 7,50 lrko. bakoitzarentzat,

13.—*Aspectos de la Vida Profesional Vasca*, por D. Juan Thalamás Labandibar. 188 págs. Precio: Para los Sres. suscriptores: 2,50 ptas. En las librerías: 4,50 ptas. Edición de lujo: 5 y 7,50 ptas. respectivamente.

14.—*Elerti-Literatura.-I.*-Euskaltzaleak. Arturo Campión. 168 páginas. Precio: Para los Sres. suscriptores: 2,50 ptas. En las librerías: 4,50 ptas. Edición de lujo: 5 y 7,50 ptas. respectivamente.

Egia Sorta

1.—*Euskaleri'ko leen-gizona.* Eusko luretan lenengo izan ziran gizonen edesti labura. Barandiaran'dar Joseba Mikel'ek. 122 orialde ta mañazkiak. Saneuria: 4,50 lrko.

2.—*Euskadi'ko Edestia.* Umiei eusko-edestia erakusteko lenengo idaztia. Estornes Lasa'tar Beñat'ek. 88 orialde ta mañazkiak. Saneuria: 2,25 lrko.

3.—*Lañaldeko Lorea.* Kanpion'dar Artur'ek egiña ta Agirre'tar Domeka'k euskeraztua. 60 orialde. Saneuria: 2 lrko.

AURKIBIDEA-INDICE

Págs.

ARTURO CAMPIÓN.—SANCHO GARCES (Poema dramático)..... 9

EUSKO-OLERKIAK

I'go Zatia

ZAITEGI'TAR YOKIN, S. I.—Tori nire edontzia!..... 119
ZAITEGI'TAR YOKIN, S. I.—Kardantxilo..... 121
ORMAETXEA'TAR NIKOLA.—Gure zizak..... 123
ERKIAGA'TAR EUSEBI.—Eŕotazuri..... 124
ERKIAGA'TAR EUSEBI.—Neure abeŕiari..... 125
ORMAETXEA'TAR LONTZI.—Seaska utsa..... 125
ORMAETXEA'TAR LONTZI.—Ama-alabaen yarduna.... 127
ORMAETXEA'TAR LONTZI.—Begi-biotzak gora..... 128
AMETZAGA'TAR BINGEN.—Itsaso-aurean..... 129
MUXIKA'TAR EMILIANO.—Negu-min..... 130

II'garen Zatia

EUSKO-POEMATXOAK

Loidi'tar Paben.—Orio'ko Umezurtza..... 133
Zaitegi'tar Yokin, S. I.—Eusko-artzaiarena..... 139

III'garen Zatia

GURE-OLERKARIAK

Erkiaga'tar Eusebi'ren Olerkiak

Uso bi iduri..... 153
Etxeko poza..... 154
Ezkontza..... 154
Goiza..... 155
Argiñe..... 156

Gaztelu A.'ren Olerkiak

Zeruko biziaz..... 156
Lore igaña..... 157
Begian negaña..... 158
Gogoa Galburu..... 159
Ele-Ama..... 160
Biotz on!..... 162

Onaindia'tar Yakoba A.'ren Olerkiak

Saratsa ta Itxaropena..... 162
Ontziska ta ekaitza..... 163
Gaztaro..... 165
Laŕosa-legor..... 166

SANCHO GARCES

(POEMA DRAMATICO)

A Gregorio Pérez Aoiz

PRIMERA PARTE

ESCENA I

El palacio real de Iruña

El rey García Iñiguez duerme en la cama, vuelto hacia la pared. Se menea mucho, dando señales de congoja. Arquitectura románica; enseres y ornamentación de estilo bizantino. Los rayos de la luna penetran por la ventana, dan en la pared del fondo y la iluminan mágicamente. La claridad se cubre de rayas y trazos confusos que poco a poco van formando imágenes perfectas.

Alta mar; oleaje encrespado. Amanece. Sobre la espuma, impelida por el vendaval, una nube enorme cuyo color obscuro, junto a las aguas lívidas, parece negro. Los rayos del sol, lentamente, calan el grosor de la nube y la deshilan en copos sueltos que, arremolinándose, toman formas extrañas y multicolores.

Hacinamiento de rocas; en medio de ellas, el fresno Iggdrasil: sus ramas se ensanchan y suben hasta donde no llega la vista. Le sostienen tres gruesas raíces que serpentean, rocas adentro. Una fuentecilla alumbrada cerca de la tercera raíz. Sobre las raíces, las tres Nornas, ancianas, escuálidas, envueltas en mantos negros, la cabeza y hombros cubiertos de escarcha. Hilan hebras de oro finísimas. El zumbido de los husos, muy triste, suena como el viento. El sol brilla, pero las nubes vuelven a extenderse y la luz se amortigua en tristeza crepuscular.

URDA.—Visión de lo pasado, maravillosa visión! Mas de qué sirve la ciencia de lo irrevocable? Presiento la ruina de nuestro mundo: así el ciego siente sobre sus mejillas el cálido rayo del sol, sin verle. *(A Verdandi)*. Hermana, consuela mi tristeza.

VERDANDI.—No menos maravillosa la visión de lo presente! La eternidad, desmigajada en sucesos actuales, torbellinea delante de mis ojos. Ay! de qué sirve la ciencia de lo inalterable? Estamos en el estiaje de los hijos de Odin. A los rojos guerreros que bañan sus brazos en la sangre roja siguen pálidos penitentes que sufren y perdonan. La sombra del leño negro de la colina es el ocaso de los dioses. *(A Skulda)*. Hermana, endulza la amargura de mis temores.

SKULDA.—Porvenir, tú eres el resplandor de la mañana, el sol que asaetea con flechas de oro al invierno y derrite la nieve! Corren sus rayos diluídos por las venas de los hombres rojos. Disminuído el número, no se amenguó el valor. Arden los templos del dios de la paciencia; sangran, degollados al pie de los altares, los sacerdotes del Miedo; el martillo de Thor pulveriza los vasos y lámparas del santuario. Pronto se consumirá en la hoguera el leño tétrico de la colina.

URDA.—Mi tristeza se consuela.

VERDANDI.—Mi temor se disipa.

SKULDA.—Pueblos cuyos nombres no me los habia repetido la Fama eran los viveros de la nueva fe. El Occidente deleitábase en el ensueño de pasear por el mundo el leño aciago de la colina. Pretendía grabar sus cruzadas líneas en cada una de las hojas del fresno Iggdrasil!

URDA.—Designio abominable. Habríase apagado el grito estridente de las Walkirias!

VERDANDI.—Las puertas de Walhalla no se habrían abierto para el impávido valor! Execrable designio.

SKULDA.—El Occidente espantado se tapa el rostro... las llamas penetran por los resquicios de los dedos y le abrasan los ojos. Fragor de armas... torrentes de sangre... rebaños de hombres y mujeres cautivos... negra ciudad que tiende al cielo las manos trémulas... corona real que se pierde en las aguas fangosas de un río... No le queda ni un templo siquiera al dios de los esclavos. *(Pausa larga).* Todo se obscurece. *(Skulda fija la vista en el horizonte, con suma atención).* Todo se oculta. Entre la niebla se borra el Walhalla, como el carmín de virginales mejillas con el beso frio de la Muerte.

URDA Y VERDANDI *(se levantan atemorizadas).*—Prosigue, hermana; no te calles, no enmudezcas.

SKULDA *(retorciéndose las manos).*—El ocaso de los dioses otra vez! Apenas vislumbro lo porvenir se espesan las tinieblas... Allí, entre verdes florestas, crece un niño, vencedor del gamo en ligereza, del oso, en vigor... Ay! mayor sombra, mayor obscuridad!... Batallas... el leño maldito de la colina conquista nuevas tierras... El niño es hombre... el niño es héroe... el niño es rey! *(Skulda se cubre el rostro con el manto).*

URDA Y VERDANDI.—Prosigue, hermana, no enmudezcas.

(Pausa larga. Se pintan en el rostro de Skulda sus conatos adivinatorios. Por fin prorrumpe con júbilo).

SKULDA.—Penetré el secreto del héroe. Su fuerza

proviene, no de la cabellera, ensortijada sobre los anchos hombros, sino de la pureza, ofrenda a divinidad ignota, pero de nuestros dioses enemiga. Nosotras te pondremos el peligro, nosotras provocaremos tu caída... Desátese la guerra, y ruede, a modo de desclavado tablón, entre rojos borbotones de sangre, el vil madero de la adusta colina.

(Viento tempestuoso. Disuélvense las rocas. Las nubes, después de caóticos remolinos, toman aspecto de nave. El fresno Iggdrasil se convierte en palo mayor del buque. Las Nornas, de pie en la popa, hacen señales con los mantos. Delante de ellas, el lobo Fenriss, erizado, sacudiéndose de los carámbanos de hielo prendidos en la grisienta piel pelosa, aúlla. El mar se llena de barcos negros que navegan con velas rojas. A pesar del fragoroso oleaje, se perciben los aullidos de Fenriss y las voces profundas y límpidas de las Vírgenes del Escudo).

I

LAS VIRGENES DEL ESCUDO *(cantan)*.—Luchad con las espadas, con las espadas escritas de mágicas runas. Vendaval del norte, recorre la vía de los cisnes, asido a la melena del oleaje que galopa por llegar a las costas! Los esclavos de Occidente tiritan de miedo y de frío. Los hombres del Norte, con el calor de su sangre guerrera licuan la nieve que la ventisca les arroja a puñados.

II

Luchad con las espadas, con las espadas escritas de mágicas runas. El viento hincha las rojas velas y el corazón valiente de los hombres rojos. Roja es la sangre, rojo el

incendio; blanca y hermosa la muerte, como las campiñas nevadas de nuestra patria. Qué torbellino enturbia el horizonte? Son las hojas obscuras de los sauces, barridas por el huracán? No; son las bandas de cuervos que se calan sobre los cadáveres enemigos.

III

Luchad con las espadas, con las invencibles espadas escritas de mágicas runas. Los siervos de Occidente oirán nuestra misa, la misa de las lanzas. Los altares de las iglesias servirán de pesebres a los caballos nórdicos. Los sacerdotes morirán en el degolladero de los bueyes. De la cruz sacudida se desclavará el cuerpo del Miedo divinizado. A la balanza donde pesan el rescate, echaremos nuestros escudos, exigiendo el triple de su peso en oro. Martillo de Thor, que forjas el rayo, no ceces de descargar tus golpes.

(Los guerreros de las naves profieren exclamaciones de entusiasmo. Los buques navegan velocisimos y se ocultan hacia el oeste. El mar queda desierto, manchado de oleaje espumoso. La pared pierde su transparencia lentamente y recobra su aspecto ordinario).

EL REY GARCIA IÑIGUEZ *(se despierta y se sienta en la cama).*—Horrenda y misteriosa pesadilla! Yo buscaré quien me descifre el enigma de estos arcanos ensueños. Apenas parpadee la aurora llamaré a la *aztiya* [1] de Belate. Mas el sol no se mueve por las agujas de nuestras ansias. Recemos. El dormir me da miedo. *(El Rey, envolviéndose*

---

[1] *Azti* (adivino, agorero).

en una capa talar, se arrodilla delante del crucifijo. Se oye el «alerta!» de los centinelas, a lo largo de la muralla).

ESCENA II

El Aula Regia

Sala parcamente alhajada, como de monarquía pobre y naciente. El rey García Iñiguez, en el trono; al pie de las gradas, mesa en forma de herradura, adonde están sentados por su orden, de derecha a izquierda, los consejeros Gulguerindo, obispo de Iruña; Fortuño, abad de Leyre; los ancianos de Eſonkari, Sarasaitzu, Baztán, Deyo-Eŕi, la Beŕoza, la Burunda, Laŕaun; Fortún Sánchez, señor de Sangossa; Otxoa Otxoiz, señor de Aybaŕe, y Lupo iben Mohamad, señor de Tafayla. En la extremidad de la mesa, fray Egidio, monje de Leyre, está dispuesto a desempeñar su cometido de escribano: tiene delante plumas, tintero y hojas de pergamino. El Obispo reza en latín una oración, permaneciendo de pie los consejeros. Terminado el rezo, se santiguan y sientan.

EL REY.—Magníficos, sabios y fieles consejeros. Os he reunido porque me ayudéis a resolver granados hechos que atañen a este nuestro reino de Pamplona, que el Soberano Señor de cielo, tierra e infierno se sirvió poner sobre mis flacas espaldas como una cruz. Tres poderosos enemigos roen de continuo nuestras fronteras, y a veces, con la furia de mar proceloso, las invaden y ocupan algunas de nuestras comarcas interiores: los sarracenos, los francos y los asturianos. Yo me he conformado siempre, según podía y con varia fortuna, a las lecciones de mi glorioso padre, el rey Iñigo Aritza: servirse de estos enemigos para contrastarlos unos a otros, sin apegarse demasiado a ninguno. Con esa prudencia conservé los estados de mi predecesor García I Jiménez, y logré aumentarlos. Entre vosotros toma hoy asiento por primera vez el gobernador de Tafayla y sus aldeas, Lupo iben Mohamad, de la clara

prosapia de los Beni-Fortún, de nuestra parentela por el matrimonio de mi hermana Assona con Musa, walid de Borja y Terrero. Pero este Lupo, cual amorosa paloma que retorna al Arca, reincorporó su fe a la verdadera de sus abuelos, recibiendo el Santo Bautismo. Tafaylа es la llave de esas risueñas campiñas por donde, con el favor de Dios, hemos de tocar las sacras orillas del Ebro. No esperéis de mí esa gallardía... Aun mantener los antiguos mojones del Reino excede de mi posibilidad; mi mano senil deja caer la espada, y mi cabeza trémula, la corona. Antes de que la arrastren ríos de sangre o se pierda en el fango de mi impotencia, prefiero apartarla de mi frente arrugada. Mi voluntad es que reine mi correy García Jiménez, señor de Abarzuza, duque de los Nabarros, asociado a mi hijo Fortuño, según la ley, hasta ahora inviolada, de los ilustres fundadores del Reino: Iñigo Aritza con García Jiménez; Carcia I Jiménez conmigo; Yo, García II Iñiguez, con García Jiménez, y ahora, García III Jiménez con el infante Fortún, mi hijo. Cuál es la vuestra, fieles, magníficos y sabios optimates del Consejo?

(Sorpresa de los consejeros, que se miran indecisos y cuchichean. Al cabo se levanta el anciano de Deyo-Eŕi, pobremente vestido de pieles y abarkas, las guedejas canas sueltas sobre los hombros).

EL ANCIANO DE DEYO-EŔI *(después de saludar con sumo respeto y con no menor entereza, dice).*—Contraria a la de Tu Serenidad.

EL REY.—Soy muy viejo. Quien cava la viña de sol a sol merece jornal y descanso.

EL ANCIANO.—Más viejo soy yo que Tu Serenidad.

No obstante, recorrí el largo camino que hay hasta tu palacio desde mis breñas de Eraul. Me convocan—y concurro—cabalmente porque soy viejo. Cómo, pues, los años que a mí me obligan, han de servir de excusa a Tu Serenidad? La vejez, a falta de brios, se adorna con las joyas de la experiencia. Por contemplación a ésta nos sentamos en el *Batzaŕe,* que los palaciegos llaman Consejo, los siete ancianos, reliquia viva de aquellos otros doce que levantaron sobre el pavés a tu padre Iñigo Jiménez Aritza, hijo del glorioso Jimeno, duque de Baskonia.

LOS SEIS ANCIANOS *(uno por uno).*—Y Val de Eŕonkari.—Y Val de Sarasaitzu.—Y Val de Baztán.—Y Val de la Beŕoza.—Y Val de la Burunda.—Y Val de Laŕaun.

EL OBISPO GULGUERINDO.—Bendita la voz que sale de las montañas.

EL ABAD DE LEYRE.—Bendita!

EL REY.—He oído el dictamen de los hombres de iglesia y de los hombres de la tierra: hablen ahora los milites que con sus brazos de hierro sostienen el peso de la monarquia.

FORTUN SANCHEZ, SEÑOR DE SANGOSSA.—Debajo de tu cetro hemos tenido a raya a francos, asturianos y sarracenos, los tres lobos que rondan los apriscos de nuestras ovejas pirenaicas. Si tu brazo, por viejo, desfallece, quédanos para blandir la lanza el vigoroso del Duque de los Nabarros. Continúe Tu Serenidad gobernando, y alumbrándonos a todos la luz de tu prudencia.

EL REY *(inclina tristemente la cabeza).*—Sea, puesto que de consuno me condenáis al suplicio de la corona. Pero quedáis advertidos: sea vuestra la culpa, y a mí no me alcance baldón alguno.

(Hace seña a los consejeros de que pueden retirarse. Estos se levantan y comienzan a besar la mano del Rey).

EL MINISTRO DEL AULA REGIA *(entra)*.—Señor, Aznar Galindez, conde de Aragón, pide audiencia a Tu Serenidad para comunicarle nuevas de mucha substancia.

EL REY.—Que entre. Los del consejo sentaos.

(Los consejeros se sientan. Entra el Conde de Aragón, hombre maduro, pero vigoroso, toscamente vestido de hierro y pieles: muy alto y rubio. Se prosterna en las gradas del trono, y así permanece hasta que el Rey le levanta y abraza).

EL REY.—Con júbilo te estrecho entre mis brazos. Cuán alegres resuenan en mi corazón gastado los latidos del tuyo, leal y animoso! Porqué eres tan avariento de este gusto mio?

EL CONDE DE ARAGON.—Sépalo Tu Serenidad; esa avaricia no anida en mi alma. Mil veces tu hija, y dueña mia, doña Oneca y yo, nos hubiésemos postrado en Iruña a besar la mano de tu realeza y las canas de tu ancianidad. Otras tantas nos ahuyentó la imagen del encarnizado enemigo de mi casa, así como los miasmas pestíferos de un pantano despueblan las feraces campiñas. La sierpe ponzoñosa duerme a la sombra del roble.

EL REY *(encolerizándose)*.—Ha poco me dolía de tus largas ausencias! A esto vienes? Quién dicta tamañas insolencias a tu lengua, contra el marido de mi hermana, la hija del gran rey Iñigo Aritza?

EL CONDE DE ARAGON.—Mi lealtad. Vengo a comunicarte un horrendo crimen; vengo a romper las mallas de una inesperada traición; vengo a referir estupendas desdichas, a levantar las nieblas que se espesan entre tu sagrada persona y el pueblo...

EL REY *(interrumpiéndole)*.—Vienes a demostrar la perpetuidad de tu rencor, la inexorabilidad de tu venganza. Vienes a alborotar el Reino con palabras coléricas y amenazadoras, a enemistar los ánimos que la lealtad debe mantener unidos y sujetos por los vínculos de la concordia. No quiero que la discordia descuaje el arbolito real plantado por mi padre en el Pirineo, y que sus astillas sean vendidas, al peso de ramas secas, en los mercados del franco y del sarraceno. Habla con moderación. Anunciáronme que traías nuevas.

EL CONDE DE ARAGON.—De tal naturaleza, que erizarán tus secos cabellos.

EL REY *(con amargura)*.—Los tengo ya erizados... No te exijo que olvides, sino que perdones. Acuérdate de que yo repuse a tu casa en el condado de Aragón.

EL CONDE DE ARAGON.—Mi gratitud es diamante que ni aún el fuego de los más acerbos agravios sabe fundirle. Dejado esto aparte, ahora escucha mis nuevas. El Duque de los Nabarros, tu socio en el gobierno real, ha asesinado a su madre, en Lako de las Galias; mi mismo hijo, el viudo de ella, me lo ha referido ayer.

(Conmoción violenta en el Consejo. El Rey se pone de pie, mesándose los cabellos. Los consejeros se arremolinan y hablan a voces, sin que nadie atienda y se entienda. La consternación se pinta en los rostros. El Obispo restablece el silencio. El Rey, agobiado, se deja caer sobre el trono).

EL REY.—Imposible que crimen tan atroz sea cierto!

EL CONDE DE ARAGON.—Más imposible aún que no siéndolo, le anunciase yo! Prosigo mi letanía de males. Los sarracenos han roto impensadamente las fronteras por las bardenas de Cáseda. Tres Infantes traidores, Jimeno,

Fortún y Sancho Iñiguez, les guían los pasos y entregan los castillos. Pretenden vengarse de que ninguno de ellos ha sido asociado a tu autoridad regia, no obstante de que su derecho, por hijos del primogénito del rey García I Jiménez, era preferente al de García Jiménez el Mozo, hijo del segundón. Las fronteras, mañosamente desguarnecidas, no resistieron. Los enemigos aprovecharon la ausencia de los gobernadores de Aybarre y Sangossa, entretenidos en las fáciles deliberaciones del Consejo y apartados del más arduo oficio de la milicia.

(Fortún Sánchez y Otxoa Otxoiz pronuncian palabras que no se entienden por el tumulto).

EL REY.—Los gobernadores están aquí porque yo les he llamado. Los tres Infantes les sustituían en el oficio de frontaleros. Sólo Dios ve los corazones. Nada nos dices del cuarto Infante: qué es de García Iñiguez?

EL CONDE DE ARAGON.—Escúchame, García Iñiguez, gobernador del castillo de Garipenzu, albergaba a tu hijo Fortún, que iba a sus devociones de Leyre. El castillo fué cercado y tomado en una noche. Tu hijo cayó prisionero; García Iñiguez, casi milagrosamente, logró escapar; reunió tropas; me llamó en su auxilio, y también al Conde de Erro. Yo, acudí. García el Malo—permita Tu Serenidad que le dé el mote inventado por el pueblo,—García... digo, el Conde de Erro, no. Con nuestras tropas, escasas en verdad, marchábamos sobre Liédena, donde estaban los sarracenos, camino ya de Leyre, con el propósito de arrasar el venerado monasterio. Nos proponíamos cortarles el paso y libertar a tu hijo. Peleamos reciamente, mas fuimos vencidos: el Infante leal García Iñiguez quedó muerto en los campos de Liédena. Los sarracenos, quebrantados,

volvieron la cara hacia Aragón. Hemos salvado el santuario de nuestra independencia patria, pero hemos perdido a Fortún, tu hijo. Dicen los sarracenos que se lo llevan a Córdoba, en rehenes, para fianza de tu veleidad. Porqué consentiste, señor, que García el Malo favoreciese la rebelión de Musa contra el Emir de Córdoba? El parentesco que te une a Musa te hace sospechoso al Emir. Por medio de Fortún se propone sujetarte. Con el favor de García el Malo hubiésemos escrito en tus fastos la victoria de Liédena! Tortuoso siempre, ahora le traerá cuenta amistarse con el Emir! Ojalá hubiese muerto el traidor, de las heridas que recibió en Monte Laturze, donde se eclipsó para siempre el sol de los triunfos de Musa!

(El Rey escucha la relación tapándose la cara con las manos. Largo silencio, que nadie turba porque a todos descorazonan las noticias).

EL REY.—Mi patria! Mi hijo! *(Llorando. Por fin se reporta).*

EL CONDE DE ARAGON.—Señor, deponga Tu Serenidad a García Galíndez del Condado de Erro.

EL REY.—Sin oirle? Sólo por tu enconada delación? Poco entiendes de justicia, y aun menos de gobierno. Convenía al Reino que entre él y los emires de Córdoba se interpusiera, a guisa de coraza, un poderoso estado muladi. Musa es de sangre baskónica, como nosotros: por eso, y porque serviría de ariete contra el poderío de Córdoba, le otorgó mi padre, el glorioso Iñigo Aritza, la mano de mi hermana Assona. Ahora pareció la coyuntura propicia, y bajo mano ayudé la franca rebeldía de Musa. Asistióle, a título de pariente, capitaneando vasallos propios, García. Pero mis anteriores alianzas con Ordoño de Asturias, por-

que en Oviedo miran las cosas a otra luz, me obligaron a enviar tropas a la Rioja: Asturianos y pamploneses, unidos, destrozamos a los Beni-Kassi en Laturze, junto a Albelda. Dime, Conde de Aragón, no les toca a Musa y a García, mis cuñados, algún motivo de queja contra mí? Pero ellos saben que yo no soy ni desleal ni mentiroso; yo prosigo el engrandecimiento del Reino pisando las propias huellas de Iñigo Aritza. Curado de sus heridas, presentóseme García a reiterar sus juramentos de añeja fidelidad, nunca desmentidos, a la corona iruñesa. Le recompensé, invistiéndole del condado de Erro. Si en Aragón le llamáis García el Malo, nosotros, en Iruña, García el Bueno. *(Con imperio).* Antes de consejos sobre negocios cuyos pormenores ignoras, pido de ti vigilancia de buen frontalero en la marca aragonesa.

EL CONDE DE ARAGON.—Tu serenidad será acatada sin demora. Mi pecho no respira holgadamente en las aulas de los reyes. Quedad con Dios, Señor, y El os libre de las asechanzas del enemigo. *(Se prosterna delante del trono, y el Conde sale de la cámara, reprimiendo, como puede, su enojo).*

EL REY.—El haz de las voluntades, por la atracción del contrapuesto interés, fácilmente se desune. Mano de hierro hace falta que las mantenga juntas, bien lo veis los de mi consejo. Nuestro plan vínose a tierra: prisionero mi hijo, indigno de reinar mi socio, quedo yo, mísero anciano, roble sin ramas, de carcomidas raíces, herido del rayo... Quién me ayudará a levantar las cargas de la realeza?

OTXOA OTXOIZ, SEÑOR DE AYBARE.—Ni duda cabe, Señor. Piden los tiempos brazos que sepan blandir lanzas. Dónde otro ni más diestro ni más forzudo que el de tu

yerno Aznar Galindez, Conde de Aragón, esposo de la princesa real, tu hija, Iñiga Carcés?

(Aquiescencia de unos consejeros; desaprobación de otros)

FORTUN SANCHEZ, SEÑOR DE SANGOSSA.—Mucho vale el de Aragón; pero García, conde de Erro, cuñado de Tu Serenidad, descuella sobre él. Fué capitán y consejero del gran Iñigo Aritza. La gloria besó su frente juvenil, casi de niño, cuando por segunda vez los montes de Oŕeaga contemplaron la derrota de los francos. Entre los prisioneros se contaba el Conde Aznar, abuelo del de Aragón. Porqué hemos de pedir caudillo a la sangre de quien vino a aprisionarnos? Más: el condado de Aragón no ha roto todavia todos sus lazos de dependencia a la corona de los francos. Pequeño es nuestro reino de Pamplona; cabe en la mano de un niño; pero el que le rija sólo ha de depender de Dios y del pueblo de la tierra.

EL ANCIANO DE BERÓZA.—No se cause novedad en el gobierno: éste es mi dictamen. Siga asociado al Rey nuestro García Jiménez. *(Los consejeros le interrumpen con vociferaciones)*. Ardid en la guerra, diestro en las armas, sabidor de razonamientos. *(Nuevas interrupciones de los consejeros. Voces de «¡Abajo el asesino!»)* Dejadme hablar... os escuché en silencio... a mi toca. . soy tanto cuanto cualquiera de vosotros... Ignoramos los motivos del parricidio; algunos habrá. Porqué, cuando la Iglesia le perdone, no hemos de perdonar nosotros?

(El anciano se ve forzado a callar, porque los demás consejeros ahogan su voz).

EL ABAD DE LEYRE.—Cada uno de vosotros habla según sus aficiones particulares. Los de Nabarra miráis

por los ojos de vuestros duques; los de las riberas sangossinas, por los de los condes de Aragón. Respetemos las leyes fundamentales de la monarquía: nadie cierra las puertas de la ley sin abrir al mismo tiempo las de la violencia. Esas leyes fundamentales mandan que reinen asociados los Príncipes de las dos familias fundadoras. Junto al rey efectivo, el honorario. Observémoslas, dentro de la posibilidad que dan los tiempos. El Conde de Aragón y el de Erro son príncipes de la casa de Aritza. García Jiménez el Mozo, de la Casa Jimena, acaba de perder sus derechos por indignidad dimanada de un delito atroz. Busquemos un príncipe de la Casa Jimena: no hay otro sino el niño Sancho Garcés, hijo póstumo de García I Jiménez el Mayor. Declaremos que ese niño, aún en pañales, es el heredero del Reino, y que reinará, asociado a García Iñiguez, nuestro Rey, y a Fortún Garcés, si vuelve de Córdoba y reina. Encontráis manera mejor de cumplir los pactos fundamentales y de mantener la concordia?

(Los consejeros se miran unos a otros; hablan entre ellos en voz baja).

EL ANCIANO DE BAZTAN.—La solución del nudo no es completa. Si nuestro Rey muriese—Dios no lo permita!—de qué nos servirá ese niño? Habría que proveerle de varón sazonado que...

EL ANCIANO DE LAŔAUN *(Interrumpiéndole).*—Entonces se proveerá. *(Asentimiento general).*

EL OBISPO *(al Rey).*—Todos los caminos al mismo sitio nos conducen. Proseguid reinando, Señor! Cuando vuestro hijo Fortún sea rescatado de los árabes sonará la hora de abdicar el cetro.

EL REY *(resignándose).*—Padre mio, hágase tu voluntad asi en la tierra como en los cielos.

(Los consejeros besan la mano del Rey, y salen de la cámara. Garcia Iñiguez y el Obispo quedan solos).

EL OBISPO.—Yo te vi, en los dias de la tribulación, salteado por enemigos y adversidades sin número, recibir de tu pueblo el nombre de Garcia el Impávido. Un momento de flaqueza derroca reputaciones bien cimentadas: ¡no desmerezca asi la tuya! Acaso disimulas ocultos avisos que destemplan la notoria fortaleza de tu ánimo?

EL REY.—Si, eso es, Padre venerable; presagios horrendos, porque nadie los entiende, proferidos por tartamuda boca sombria.

EL OBISPO.—Refiéremelos. La Religión es tesoro de donde mi mano puede sacar consuelos.

EL REY.—Fué un sueño, una revuelta aparición de estupendas imágenes... Tres ancianas, como esqueletos de flacas, hilan al pie de un fresno y hablan idioma extranjero, cuyos ásperos vocablos desgarran los oídos; después, el mar, y navegando sobre las plateadas guedejas de las olas, un navio del cual son pasajeras las espectrales ancianas, y piloto el mayor y más feroz de los lobos que haya hollado las sendas perdidas de Urbasa, Aralar o Leyre... Otros navios, innumerables, negros como ataúdes, con resplandores de las velas rojas sobre la negrura. Resuenan cantos ferocísimos que entonan los tripulantes, hombres corpulentos, blancos y rubios, color de fragua, parecidos a los francos...

EL OBISPO.—Son alemanes también: les llaman normandos.

EL REY.—Ah! por fin averiguo el nombre de esos misteriosos enemigos. No me lo supo decir...

EL OBISPO.—Quién? *(El Rey, sobrecogido, se calla).* Hable Tu Serenidad. Parece que te gustaría no haber pronunciado las últimas palabras...

EL REY *(titubeante).*—No... el ansia de saber... mi implacable inquietud... Sí, me pesa... era secreto... Perdona, Padre de nuestras almas! Llamé anoche a mi palacio a la *aztiya* de Belate... Me escuchó; me trazó sus círculos, quemó sus hierbas, y en el humo espeso del brasero vió lo porvenir. Una sanguinaria invasión de bárbaros va a caer pronto sobre esta tierra.

EL OBISPO.—Mas no supo decirte el nombre de los invasores! Sin duda la bruja es tuerta y ve un lado solo de las cosas. ¡Oh Rey, has cometido el pecado de Saúl! Si se te hubiese aparecido la sombra de Samuel, acaso te hubiera repetido las tremendas palabras: *Quid interrogas me cum Dominus recesserit a te et transierit ad aemulum tuum?* (para qué me interrogas, habiéndose retirado de ti el Señor y pasándose a tu rival?) Te revuelcas en las supersticiones de tu pueblo; menosprecias el decreto de Dios: *Non auguriabimini nec observabitis somnia,* (no predecirás según los augurios, ni honrarás los sueños). ¡Teme la cólera divina! Ruega a Dios que aparte de ti y de tu pueblo el condigno castigo de tu detestable culpa!

EL REY *(atemorizado).*—Perdón mil veces. Enséñame con qué palabras le pudiera alcanzar.

EL OBISPO.—Repite con entera compunción las que yo te dicto: *Domine exaudi orationem meam, et clamor meus ad te veniat; ne avertas faciem tuam a me. Pater noster...*

ESCENA III

Cámara de la reina Dadilde

Arquitectura y muebles románicos de poco lujo. El infantito Sancho Garcés en la cuna, que mece, canturriando un «Lolo», la nodriza Otxandeta. En otra cuna, Sanchol, hijo de Otxandeta, mecido por su tía y nodriza Belazkita. La Reina viste tocas y manto de viuda. Entra el rey García Iñiguez.

DADILDE.—Largo fué el consejo. Traes pálido el rostro.

EL REY.—Y despulsado el corazón. En un abrir y cerrar de los ojos cayó sobre mí tan gran número de noticias infaustas, que no las puede sobrellevar mi ánimo de padre y de rey. Los Infantes nietos de tu marido franquearon las fronteras a los sarracenos cordobeses. Mi hijo Fortún cayó prisionero en el castillo de Aybaŕe. El infante García Iñiguez limpió el honor de su casa, empañado por sus hermanos traidores, peleando reciamente, pero muriedo en Liédena. El otro nieto de tu marido, García Jiménez el Mozo, ha asesinado a su madre... *(Dadilde que escuchaba el relato con suma angustia, da un grito de horror)*. ¡Parece como que el crimen es la estrella polar de la dinastía Jimena! A ti te toca trocarla en pura estrella de la mañana.

DADILDE.—Cómo? No entiendo.

EL REY.—El Consejo declaró indigno de reinar a García Jiménez, y rey honorario y sucesor de la corona después de mis días, o de los de mi hijo Fortún, al tuyo, Sancho Garcés.

DADILDE *(mesándose los cabellos)*.—¡Determinación infausta, preñada de maldades! Condena a muerte a mi

hijo único, al hijo póstumo del gran Duque de los Nabarros, rey de Pamplona, que sobre mi joven pecho descansó la canosa cabeza ceñida de laureles. Piensas, oh rey! que el asesino de su madre se arrodillará con lealtad delante de la cuna de un niño a quien ni siquiera conoce? Las entrañas de la ambición son de hierro: ni el fuego las consume. Jamás convendrá García Jiménez con que le posterguen a un hijo del segundo matrimonio, siendo él hijo del primogénito. ¡Oh Rey! por la corona de espinas de Nuestro Señor te suplico: revoca esa ordenanza mortífera!

EL REY.—No puedo. A mí también me obliga.

DADILDE.—Con tu permiso, o sin él, huiré de Iruña; esconderé a mi hijo entre las más espesas nieblas de Ribagorza. Cerca de las águilas no le devorarán los astutos raposos.

EL REY.—Imposible! Nació a la sombra del trono; a esa sombra ha de vivir o morir. Los reyes estamos por encima, y por debajo, de los hombres comunes. Las leyes de la realeza no se amasaron con leche de humanidad.

DADILDE *(de rodillas)*.—Prefiero verle con el zurrón de pastor al hombro, antes que vestido de púrpura. *(Le toma la mano y se la besa)*. Cuenta mis lágrimas, oh Rey! no te abrasan la mano? Son lágrimas de reina! Di, son menos amargas que las de cualquiera otra mujer? Me escuecen los ojos cual si fuesen agua de mar. *(El Rey intenta desasirse; Dadilde se arrastra por el pavimento, sin soltar la mano)*. ¡Dios, que desde la majestad del cielo bajaste al pesebre de Belén, persuade con tu humildad a los reyes! ¡Corona!... menos que el humo de una borda de carboneros! Salva a mi hijo, perdónale la vida! No me atiendes? Voy a morderte la mano hasta el hueso.

EL REY.—Muérdeme en el corazón, y mátame. La vida me sobra para alcanzar ventura. En vano, como tú a mí, rogué al Consejo que me desciñese la corona. Estoy amarrado al trono como el esclavo a su prisión.

(Enternecida la Reina le suelta la mano y llora. El Rey se retira. Dadilde se sienta, acurrucándose en un rincón de la cámara. Otxandeta se pone delante y la contempla en silencio, pero llorando también. De pronto levanta la cabeza hacia el cielo, como si bajase sobre ella inspiración divina, y corre a la cuna, toma el Infante, se le lleva a Belazkita, y a ésta le quita Sanchol).

OTXANDETA *(tiene a su hijo en los brazos y le da muchos besos).*—Duerme, niño mío, en la púrpura que es sangre, hasta que por ti bajen los ángeles del cielo. Ya no soy la nodriza, soy la madre del Rey. Te meceré con mis más tristes canciones, con las canciones que inventaron las madres baskas en su hogar solitario. Duermen los niños, mecen las mujeres, los hombres navegan lejos, o lejos pelean. Duerme, niño mío, en la púrpura sangrienta que no es tuya. Descansa sobre suavísimas plumas, luz de mi aurora, leche de mis vacas, dorado fruto de mis manzanos; descansa, mísero usurpador de la muerte, hasta que bajen los ángeles a traerte una corona de flores trenzada por las manos de la Virgen Santísima! *(Pone a Sanchol en la cuna, y luego toma de los brazos de Belazkita a Sancho, y levantándole en alto, dice con voz entusiasta, pero quebrada de sollozos).* Perezca, si no hay otro camino, Sanchol de Urepel; pero, ¡viva Sancho Garcés!

(La Reina da un grito de admiración, de lástima y de júbilo a la vez, y abraza tiernamente a Otxandeta).

ESCENA IV

Camino de Zubiri

A la derecha, el Arga, muy bullicioso. A la izquierda, la vía romana. A derecha e izquierda, lomas cubiertas de bosque. Lejos, el puerto de Agoŕeta. El Conde de Aragón, con numeroso séquito, va; García Jiménez el Mozo y García el Malo, conde de Erro, acompañados de tres o cuatro mesnaderos, vuelven. Ambos grupos se paran al reconocerse.

EL CONDE DE ARAGON.—Manada de lobos, carnaza huele.

GARCIA JIMENEZ.—Huida de Gatos, calderada de agua hirviendo.

EL CONDE DE ARAGON.—No vayas a Iruña, García. Son capaces de sumergirte en el Runa. Todos clamorean contra el parricida; la hoguera es descomunal.

GARCIA EL MALO.—Cuando los soplones le dan aire. El mejor fuelle, la envidia.

EL CONDE DE ARAGON.—El mejor consejero de asesinos, asesino también.

GARCIA EL MALO.—Aun te pican el repudio de Matrona y la muerte de Centol? Glorioso es tu linaje: Matrona, deshonesta; Centol, insolente. Con mis manos le maté, y a ti, en su día, puesto que, viejo, no me amedrentan los osos de Jaca.

EL CONDE DE ARAGON.—Refrena tu lengua; llevo cuerdas, y hay corpulentos robles en el monte.

GARCIA JIMENEZ.—Porque sois muchos, galleas, aragonés fementido. Hombre a hombre, y aun hombre contra dos, no lo contarías.

EL CONDE DE ARAGON.—Atiéndeme; no entres en Iruña. Camina hasta tu Nabarra, y enciérrate en las cuevas

de Ameskoa, que, en Iruña, hasta los chicuelos de Zoñiburbu te escupirán a la cara.

GARCIA EL MALO.—No tanto como a tu abuelo Aznar el traidor, cuando le hicimos prisionero en el llano de Oŕeaga, después de matarle la mitad de sus guerreros. Paso, Aznar Galindez, paso!

(Los dos grupos, de mala gana, se ceden mutuamente espacio en la via, y se alejan al trote largo).

ESCENA V

Torre almenada del Palacio de Iruña

Vista panorámica de los suburbios y de la región noroeste y norte de la cuenca pamplonesa. El Runa, al pie de las murallas, murmura suavemente. Las lavanderas comienzan a recoger las ropas tendidas. Boyerizos abrevan sus yuntas. Por las puertas del Abrevador, de la Fuente vieja y de la Tripería, entran cuadrillas de villanos, con los aperos de la labranza al hombro, cantando en euskera. Tibio crepúsculo vespertino otoñal: los montes, sumamente azules, están como a la mano por la transparencia del aire. Cuarreo de ranas. García Iñiguez y el Abad de Leyre, sentados junto a una almena, se orean y departen.

EL ABAD *(sacando un cañuto de asta).*—La reina Dadilde me lo entregó. Mejor resguardado estará en el monasterio. Debajo de juramento de sigilo nos le iremos transmitiendo los abades de Leyre, hasta que amanezca el día de exhibirle.

EL REY.—Le has leido? Tu reverencia le estima bastante?

EL ABAD.—Nadie le pondrá tacha. El caso del trueque de los niños puntualmente le declara en sus pormenores y motivos. Le autorizan los signos indubitables de Tu Serenidad, del Obispo, del Capellán y del Cancelario. Si alguna

autenticidad le faltase, se la completaría el irrecusable testimonio de los depositarios de la carta. Espero que ha de ser precaución excusada.

EL REY.—Dios lo quiera. Pero junto al mal nos puso el remedio la adorable Providencia. Acaso en todo el orbe no exista hoy mujer que atesore mayor suma de finísima lealtad que la nodriza Otxandeta. Encarecer lo que ella ama a su hijo natural, será siempre encarecimiento tacaño: baste decir que no se avino a separarse de él, y puso por condición que se había de criar en el palacio mismo, a los pechos de su hermana Belazkita. A ésta la hicimos venir de la Ametzkoa, donde está casada.

EL ABAD.—De dónde es Otxandeta?

EL REY.—De Ultrapuertos son las dos hermanas. La casa nativa la tienen en los montes de Zisa. Belazkita casó en Zudaire con varón cuya familia, de padres a hijos, desde los más remotos señores de Abarzuza, sirven con lanza y corcel a los duques de los Nabarros. En Zudaire se cría Sancho Garcés.

EL ABAD.—De suerte que es vasalla de García Jiménez, del mismo que os infunde temores por la vida del Infante?

EL REY.—Sí. La Reina por ello cavila y teme. Mas Otxandeta, con impavidez admirable, dice: el lugar más seguro, la boca del lobo misma.

EL ABAD.—Profunda sabiduría la de los rústicos!

(Anochece. Atmósfera transparente de viento sur. La campana de Santa María toca la queda. Las casas de Jus la Rocha y la Magdalena encienden sus luces. El Rey se pone de pie y contempla el campo, respirando con gusto el levisi-

mo cierzo de la noche. Sus ojos se fijan en los montes de la Cuenca más lejanos).

El REY.—Mi vista de milano obscurecióse con la edad. Allá, en los montes del boquete de Oskia, distingo fulgores pálidos... Es el resplandor de alguna nueva estrella?

EL ABAD.—A fe mía, de milano siguen siendo tus ojos. Yo nada veo.

EL REY.—Avívanse los resplandores... Son enormes hogueras... arden en la cumbre de la Trinidad de Irurzun. Acaso respondan a otras de Aralar, de las Malloas... quién sabe? Mira, D. Fortún, aguza la vista...

EL ABAD.—Verdaderamente, son hogueras que extienden hacia aquí nuevas lenguas de fuego... Hogueras en Val de Ollo, en Sarbil...

EL REY.—En Ataburu...

EL ABAD.—En Orikain...

EL REY.—Son los vigías, nunca dormidos, de mi acosado Reino. Poseemos selvas impenetrables para alimentarlas. Ah! según la disposición de ellas, dan la alarma por un grave peligro... Anuncian incursión de enemigos... La señal, acaso, procede de Ipuzkoa, de las orillas del Océano... Ay! será esa la invasión que me pronosticó mi sueño? Voy a enviar mensajeros que, sin reparo a reventar caballos, nos hagan conocer la verdad.

(Barbulleo de gente en la muralla. Las cimas de muchos montes se coronan de llamas. El Rey y D. Fortún vanse).

ESCENA VI

Afueras del Portal de la Puente vieja

Rancherías de fugitivos, al pie de los muros y entre los fosos, desordenadamente esparcidas. Carretas desenganchadas, yuntas de bueyes, mulos,

asnos con carga de ropa y enseres domésticos. Montones de cosas diversas sobre el suelo. Hatos de vacas y carneros, piaras de cerdos aquí y allí. Grupos de gentes que hablan, preguntan y se lamentan. Muchas personas acostadas en la yerba, rendidas de cansancio. Entre varias mujeres que la auxilian, y la ocultan cuando pueden, da a luz una mujer joven. Por la cuesta suben incesantemente fugitivos a pie, en carros o montados, de toda edad y sexo. Fámulos del Capitol de Santa Maria y sirvientes de Palacio distribuyen calderos de comida. Muchos *iruñ-shemes* reparten pan, carne y vino, e interrogan a los socorridos. Las campanas de la ciudad tocan a rebato.

UNA MUJER DE IMOTZE.—Casi con lo puesto vinimos. Decían que esos demonios iban a entrar en el valle. Los ganados pasturaban en el monte. El marido y el padre se fueron a buscarlos. Nosotras, las mujeres, cargamos sobre la cabeza la miseria de las ropas: henos aqui.

OTRA.—Bien se ve ahora que nos sobraba tiempo para todo y dejar limpias las paredes de las casas. Los espantadores mucho mal hacen. No sabemos lo que fué de la pobre abuela; no podia seguirnos y se ha descarriado. El miedo, hasta la compasión quita.

UN HOMBRE DE LANTZ.—Deciase anoche que hoy llegaban a Belate los diablos rojos; que estaban ardiendo todas las aldeas de Bertizarana. Desde el alto de Gendulain vimos las llamas y el humo. Ah! cuánta compasión infundían los fugitivos: por correr más abandonaron en el puerto las carretas y los rebaños.

UN MUCHACHO DE AUZA.—Los *gaishto ɛ́ekatarak* llegaban sin aliento: varios, o más viejos, o enfermos tal vez, cayeron sin vida al pararse.

UN IRUÑ-SHEME.—Esos demonios, son sarracenos?

UNA DE LAS MUJERES DE IMOTZE.—Peores que el moro.

UN VIEJO DE OLAGÜE.—Alemanes, o de su casta.

UNA MUJER DE OROKIETA.—Anoche comenzaron a llegar los primeros *kokos* de Val-de-Lerín. Cuentan que por el Bidasoa una gigantesca sierpe de fuego subía. A la vez del incendio bogan rápidos esquifes negros, de los cuales saltan a tierra los demonios; compañías de ellos vienen, además, a monte atraviesa. Su primera acción es quemar las iglesias, ahorcar a los curas; los vasos sagrados los pisotean y arrojan al agua si no son de metal precioso; escupen a las cruces, las manchan de barro y excrementos, las arrancan de los altares y de los campos; apresan a las mozas y a los niños, degüellan a los viejos, sangran a los ganados...

EL MUCHACHO DE AUZA.—Tocan cuernos que se oyen a diez leguas, cantan y se rien como locos; de noche se acuestan borrachos en sus camas de piel.

EL IRUÑ-SHEME.—Les habéis visto?

EL HOMBRE DE LANTZ.—No; ni nadie todavía.

VOCES COLERICAS *(tumultuosamente)*.—La hora del dormir será la del degüello. Ellos entrarán... pero no saldrán vivos... También entraron los godos y los francos, pero no salieron. ¡Mueran las bestias feroces del norte, mueran!

(Estrépito de cornetas, timbales, armas y caballos. El Rey, capitán de corto ejército de jinetes y peones, baja la cuesta de Beloso, hacia el fondo del valle y orillas del Runa. La multitud se agolpa a su paso, aclamándole. Muchos le besan los pies, las piernas, los estribos. El Rey les estrecha las manos).

VOCES.—Viva García Iñiguez! Viva el héroe de las montañas! Viva el padre de su pueblo! Viva, viva!

ESCENA VII

La cumbre de Belate

De noche. Campamento de normandos. En el centro de un amplio círculo, sentado sobre un grueso tronco de árbol, el Wiking Wilhelm, rodeado de sus jarles, delante de una mesa de tablones toscamente asamblados. Sobre la mesa, enorme cantidad de vituallas: jamones, piernas de carnero, lomos de buey, sin aliño aderezados. Junto a la mesa, toneles que vierten su vino por las espitas, a cálices y copas de diferentes tamaños, de oro, plata, hierro, madera, cuerno, adquiridos en los saqueos. Detrás del Wiking, las Vírgenes del Escudo, cuadrilla de hermosas jóvenes rubias, vestidas de casco y coraza. Más lejos, pero dentro del círculo, con centinelas de vista, treinta o cuarenta cautivas baskas, sentadas en el suelo, hechas jirones las ropas, amoratados de golpes los cuerpos y las caras. Pocas lloran: el mayor número se muestran impávidas y no quitan los ojos, encendidos de odio, de sus raptores. Frente a ellas, un racimo de niños baskos, de dos a cinco años, sujetos con cuerdas a estacas plantadas. Fuera del círculo, los Bandes y los Herses, desceñidos de las corazas y cascos, pero puestos a proximidad de las manos con las mazas, espadas y lanzas, comiendo y bebiendo. Aquí y allá, los caballos de guerra y los carros de botín... Cuatro piras de leña embreada alumbran la orgía.

EL WIKING.—Por mi abuelo Odín. El vino me borra los recuerdos: como las olas, las runas trazadas sobre la arena! La memoria aviva el ansia de nuevas proezas. Dónde estás, Gorm el venerable?

GORM *(enseña un pergamino cubierto de runas).*—Aquí me tienes, señor, cansado de anotar los banquetes que has servido a los lobos.

EL WIKING.—Cuántos son?

GORM.—Más fácil fuera contar el número de las hojas, adorno de diez mil abedules! Desde Burdigala a Izurun, la costa es un brasero de pueblos consumidos.

EL WIKING *(apura un cáliz de vino).*—Cuántos cuervos siguen a mis tropas?

GORM.—Sus bandas obscurecen el sol; sus graznidos descuellan sobre el oleaje iracundo del mar.

EL WIKING.—Ponedme delante del plato la cabeza del viejo mago que en Lapurdun quiso ahuyentarnos con sus conjuros. Revistióse de ricas vestiduras, la mitra cubrió su cabeza, el báculo publicó la autoridad de su oficio. ¡Vanos gemidos e imprecaciones vanas! Tanto valdría pedir que de un témpano de hielo brotase un chorro de cerveza. ¿Recordáis cómo anduvo, cinco o seis varas de camino, llevando la cabeza en la mano? Pero el inmundo brujo cayó en tierra, apenas exprimió el cuello su última gota de sangre. Estaría borracho como nosotros? *(El Wiking y los jarles se rien estrepitosamente. Un guerrero trae a la rastra un saco lleno de huesos. De él sacan la cabeza de San León, ceñida de su mitra. Ponen la cabeza delante del Wiking, que toma la mitra y se la ciñe a si mismo. Los jarles baten palmas).* Hasta cuándo se mantendrá fresca esa carroña? Las carnes no se han despegado de los huesos todavía. Parece como que le peinan las barbas y cabellos diariamente. A la tez no se le pega ni polvo ni barro. De ese agujero negro del cuello se exhala una fragancia de flores desconocidas. Pura hechiceria que no me arruga el corazón. Toma, carroña, dime quién te dió! *(Pega una bofetada a la cabeza, que rueda por el suelo. La vuelven a poner sobre la mesa).* Erick, préstame tu casco para que en él beba a honra de mi abuelo Odín, nuestro dios, nuestro viejo y familiar dios, que a ningún otro pueblo favorece con su soberana protección. Los hombres rojos nacieron para imperar: nosotros somos la fuerza, el heroismo, la soberanía universal. La fuerza es el derecho; la fuerza, la virtud. La fuerza encendió el sol en el negro firmamento, la fuerza levantó las montañas, la fuerza llenó los abismos de la tierra con el mar. Nosotros, los hombres del Norte, hicimos del mar nuestro caballo:

muge, se encabrita, espumajea, pero su lomo jadeante nos lleva a la dominación del mundo! *(El jarl Erick se quita el casco, le llena de vino y le presenta al Wiking, que, pausadamente y sin tomar aliento, le vacia. Suenan palmadas unánimes y golpes de lanza sobre los escudos).* Yo también me siento dios, como mi abuelo Odin. El calor de la divinidad se difunde por mis venas desde el estómago. ¡Hombres libres, compañeros de la victoria! Parodiemos a los sacerdotes del vil judío crucificado! Cantad mis alabanzas, publicad en voz alta mis títulos!

EL JARL ERICK.—Salve, Wilhelm, violador de los tratados! Salve, Wilhelm, perjuro!

EL JARL LEWULFR.—Salve, Wilhelm, padre de los lobos, nodriza de los buitres!

EL JARL ULFRAMN.—Salve, Wilhelm, el incendiario!

EL JARL HOROFF.—Salve, Wilhelm, alimentador de tiburones!

EL JARL RACHBERT.—Salve, Wilhelm, degollador de viejos!

EL JARL CHODRAMN.—Salve, Wilhelm, devastador de provincias!

EL JARL ASBJORN.—Salve, Wilhelm, derrocador de templos!

EL JARL ASHUNDR.—Salve, Wilhelm, espanto del enemigo! Salve, Wilhelm, inexorable! Salve, Wilhelm, corazón de hierro!

(Fervorosas aclamaciones en todo el campamento. El jarl Erick rompe con el hacha de armas uno de los toneles mayores; el vino se derrama. Muchos de los guerreros se echan de bruces y le beben en postura de animales).

EL WIKING.—Me hastia el vino. Corra sangre, y su

suavísimo aroma refresque mi olfato. *(A las Vírgenes del Escudo).* Hermosas hijas de Odín, cantad el himno a las estrellas de la mañana.

(Las vírgenes toman sus arpas de piedra, y apenas preludian el himno, muchos guerreros se juntan delante del Wiking y levantan las lanzas formando haz y gritando destempladamente. Otros corren al lugar donde están los niños, y tomándolos uno por uno, los arrojan sobre las lanzas. Si quedan ensartados a la primera, suenan ensordecedores vítores; si caen al suelo, silbidos y vociferaciones burlonas. A cada niño le arrojan cuantas veces es necesario, hasta verle clavado. Para que no se suelten, les tiran de las piernas, con el fin de que el hierro les atraviese de parte a parte.)

LAS MUCHACHAS BASKAS *(a media voz, apiñándose unas con otras por el espanto).*—Inhumanos malhechores que en los tormentos de los niños se recrean! Que las lágrimas de las madres caigan en el mar, y fermentándose sus olas, se enfurezcan contra los navíos piratas! Y habremos de soportar nosotras, hijas libres de las montañas, las caricias inmundas de esas execrables fieras? Dicen que van a repartirnos entre ellos, como ganado prendido por salteadores. Antes mil veces morir. Cuando se duerman borrachos, correremos a la vecina peña y desde allí nos arrojaremos a la sima negra de Belate. Preferimos los picotazos del buitre en las caras, a los besos del alemán enardecido.

ITURGARBIYA.—Compañeras del dolor, no penséis en morir; pensad en matar. La muerte es fruta que fácilmente alcanza nuestra mano. Esos hombres no son de otra casta de la que tantas veces vencieron nuestros padres. Sus carnes blancas, sus cuerpos descomunales, son el acostumbrado festín de los cuervos de Baskonia.

Las Vírgenes del Escudo

I

Férreas mazas que despedazáis los cráneos: vosotras sois las estrellas de nuestras mañanas; vosotras, los rayos del sol de nuestro verano. Las rosas de nuestros jardines cierran sus pétalos a las gotas del rocío, pero los dejan abiertos a las gotas de sangre. Por eso rojas son las melenas y las barbas de nuestros invencibles guerreros.

II

Férreas mazas, despedazad mayor número de cráneos! Agudas lanzas, dilacerad mayor número de cuerpos! Dure la matanza desde que el sol descorre los vapores de la tierra, hasta que fulguran las estrellas de la aurora siguiente. Las rosas piden sangre que torne el color de la salud a sus hojas descoloridas; sangre, las mujeres que a los pinos del Norte vencen por blancas y esbeltas.

III

Qué fulgor brilla en el firmamento? Es la estrella de la aurora? No: es la maza de nuestros guerreros que entran en el Walhalla de Odín. Retumba el galope rápido de las Walkirias, despeñadas desde los riscos lejanos del cielo. Vienen a dar el beso de elección a los héroes que escriben con rasgos de sangre su nombre glorioso en las batallas. La dicha mayor del hombre es morir valientemente entre los valientes. Quien no abrió o recibió heridas no entrará en el Walhalla de Odín. *(Aclamaciones)*.

EL WIKING.—El vino me agasaja con el sueño. Veinte leguas de espantos forman nuestra muralla infranqueable. Durmamos sin recelo. Mañana descansaré en el lecho del Rey de los baskos, junto a la más hermosa de las cautivas.

(El Rey, los jarles y los guerreros se acuestan. Las muchachas baskas se echan a dormir. Los centinelas, las observan, y cuando las creen dormidas, se acuestan a su vez. Poco a poco se apagan los ruidos del campamento. La cabeza de San León comienza a resplandecer. De la boca y de los ojos de ella salen rayos que se mueven en diversas direcciones, como si alumbrasen los caminos de Iruña a Belate. Las muchachas baskas cesan de fingir sueño. Enseguida lleva su atención la cabeza resplandeciente. Se santiguan y arrodillan un momento.

LAS MUCHACHAS BASKAS.—Prodigio estupendo! Nuestra Religión nos lo enseña: de la muerte nace la luz! Sin duda el Obispo es santo. *(Se levantan)*. Podremos huir. La maravilla es de buen presagio.

ARTIZAR.—Empuñemos las espadas de esos cerdos borrachos. Si nos descubren, defenderemos con ellas nuestra honra. Antes muertas que cautivas!

ITURGARBIYA.—Matemos siquiera a unos cuantos de esos piratas. Degollémoslos: así no darán un grito. Venguemos el incendio de nuestros valles, la matanza de nuestras familias, la crueldad para con los niños. Hemos perdido cuanto amábamos: qué nos importa morir? Mañana, si logramos escapar, llevaremos a Iruña, cual nuevas ronkalesas, una cabeza de rey en el enfalde de nuestras sayas.

(Se desparraman; acércanse a los guerreros, pisando

muy quedamente, y les quitan espadas y lanzas. Iturgarbiya degüella al Wiking. Salta un chorro de sangre sobre el jarl Erick, que se despierta).

El JARL ERICK.—Traición! nos matan al Wiking! Arriba, compañeros! Socorro, favor!

(Los dormidos comienzan a sacudir el sueño, pero como están borrachos, casi no se enteran de lo que sucede. Las muchachas baskas cortan las ataduras de los caballos y los espantan con sus gritos para que la confusión aumente. Matan a muchos normandos.La cabeza de San León resplandece con deslumbrante claridad. Alrededor del campamento resuenan alegres y fieros iŕintzis. *El rey García Iñiguez y sus soldados penetran por todas partes, matando y desbaratando a cuanto se les pone por delante).*

ESCENA VIII

Torre almenada del palacio de Iruña

La reina Dadilde y algunas *etxandras* de su servicio. El Obispo Gulguerindo y varios clérigos. El mayordomo de la Casa Real y criados de ella. Todos tienen la vista fija en el campo. En las murallas, soldados de centinela.

EL OBISPO.—Las aldeas que arden nos jalonan la aproximación enemiga. Suya es la región norte de la Cuenca. Al paso que vienen, esta tarde los veremos al pie del muro.

DADILDE.—Y el Rey?

EL OBISPO.—Según dicen, marchó hacia Belate. El Conde de Erro le envió nuevas de esta rápida invasión por los valles de Araiz y Lafaun, creíase que los normandos no venian sobre Iruña, pues desde Azpirotz retrocedieron

y se ladearon a la derecha. Ardid de guerra por despistarnos y sobrecogernos. *(Entra Garcia el Malo)*. Qué ocurre?

GARCIA EL MALO.—Noticias faustas. Anoche, el Rey, guiado de luz sobrenatural, que luego se supo salia de la cabeza de un santo obispo martirizado en Lapurdun, sorprendió en las crestas de Belate a los enemigos. El mayor número fué degollado; el capitán o rey de ellos fué muerto por una valiente mujer que, con otras, tenian cautiva. El Rey, advertido, retrocedió sobre sus pasos por cortar el camino de Iruña a los Madjus.

DADILDE.—Quiénes llegarán antes? Ellos, o los nuestros?

GARCIA EL MALO.—Los nuestros. Los pies de los vencedores tienen alas de paloma. El corto presidio de Iruña está ya prevenido. En cuanto asome la cabalgada real iremos a juntarnos con ella. Los enemigos, encima de valientes, son muchos. Obispo, rogad por nosotros. *(Vase)*.

EL OBISPO.—Dice bien: oremos.

(Todos se arrodillan y rezan largo tiempo. Luego vuelven a asomarse a las almenas).

DADILDE.— Si no mienten mis ojos, el enemigo toca ya los términos de Iruña. Mirad allí lejos una gran mancha de la cual saltan chispazos de acero.

UNA ETXANDRA.—No te engañan, no. Es gente de a caballo, y detrás, otra línea negra que se mueve despacio: estos son los peones.

DADILDE.—Orikoyen y Arazuri arden.

LA ETXANDRA.—Y Beŕio-Zaŕe y Artika y Sancho-gain.

DADILDE.—Infelices moradores de ellas! Nuestras

aldeas son montones de ceniza. El enemigo nos rodea de un círculo de fuego. Pronto golpeará a nuestras puertas.

OTRA ETXANDRA.—No, señora; ahí viene quien le ataje los pasos. Las tropas del rey García, sin duda, bajan a la llanura por la cuesta de Ezkaba. Mirad hacia allí: no veis como una especie de río cuyas aguas relucen? El río es de acero baskónico.

EL OBISPO.—Entre el Runa y San Cristóbal se librará la batalla.

DADILDE.—Abren la poterna de Aitzpea. Las tropas Iruñesas pasan el río... El Duque de los Nabarros y el Conde de Erro las acaudillan. Conozco sus corceles. ¡Dios mío, cuán pocos son!

EL OBISPO.—Los normandos parecen enjambres de abejas, bandas de aves emigradoras que obscurecen el cielo. Observaron que el Rey venia sobre Iruña, y se aprestan a cerrarle la entrada. García Jiménez les herirá por la espalda.

DADILDE.—Con cuánta velocidad corren unos y otros a encontrarse! Sacará ventaja quien más corra. ¡Ah, si el Rey pudiese entrar en Iruña! Andarines sin igual son nuestros montañeses!

LA ETXANDRA.—Pero la menor distancia favorece a los lobos del mar.

EL OBISPO.—Ya se embistieron.

DADILDE.—Polvareda, brillo de armas! Están todavía lejos. Nada se ve distintamente. *(Largo silencio. Todos, ansiosos, se asoman a las almenas).* Qué es ello? Los iruñeses se repliegan, perseguidos.

LA ETXANDRA.—Pero mantienen a raya, con sus certeras flechas, a los persecutores.

EL OBISPO.—Los normandos pugnan por penetrar en Aitzpea. Llevan teas para incendiar el barrio.

DADILDE.—Retroceden ante las saetas y piedras que los ballesteros de la ciudad les arrojan. Huyen ¡loado sea Dios!

UN MENSAJERO *(entra cubierto de polvo: casi no puede pronunciar las palabras).*—Señora, el rey García cayó prisionero... le mataron el caballo... la mitad del ejército queda tendida en tierra, en torno del Rey... De ellos los cadáveres no se podrán contar... Huyen los lobos desordenadamente... ¡pero se llevan al Rey!

DADILDE.—Jesús bendito! Te asemejas a los mensajeros de Job, que libraban con vida por anunciarle la desventura. Jesús! mil veces bendito Jesús! *(Llora).*

ESCENA ULTIMA

Aposento en el Palacio de Iruña

De noche. Apenas se distinguen las cosas a la luz pálida de una lámpara que cuelga de la bóveda, que es de poca altura. García el Malo da vueltas sin cesar, como fiera enjaulada. Se descorre un tapiz y entra García Jiménez.

GARCIA EL MALO.—Saludo al Rey?

GARCIA JIMENEZ.—Saluda al criado despedido. El Consejo apartó mi nombre. Me estiman indigno de coronarme, porque cometí la fiera justicia de vengar la honra de mi padre, en el momento mismo que la tardía casualidad me reveló el secreto. Pues qué, la honra de los reyes no es la del Reino? Hay otro más alto y noble justiciero que quien, retorciéndose el corazón y escaldados los ojos

de lágrimas, vierte su propia sangre? Algunos abogaron por mi... no les atendieron. Qué entienden de estas cosas de gobierno esos frailes y esos ancianos? Recen los unos, apacienten ovejas los otros. Sancho Garcés nos capitaneará desde su cuna contra los enemigos del Sur y los del Norte. Con el fin de que el poder no se aleje demasiado de la Casa de Aritza, han nombrado amo, tutor del Rey, al Conde aragonés. Qué dicen de ese nuevo bofetón las mejillas de García Galíndez?

GARCIA EL MALO *(Furioso, desenvaina a medias la espada)*.—Que correrá la sangre a medida del agravio. ¡Aznar Galíndez, yo iré a descolgarte de tu nido de Jaca, con todos los moros de Sarcosta y de las riberas del Ebro! tu cabeza rodará por las cuestas pirenaicas. Oye, García Jiménez, duque de los Nabarros, tú serás rey de Pamplona!

GARCIA JIMENEZ.—Oye, García Galíndez, conde de Erro, tú serás conde de Aragón. *(Se dan las manos)*. Ese rey niño...

GARCIA EL MALO.—Sobra. Arrojemos el muñeco por la ventana. La patria pide hombres... las lanzas entenderán nuestro idioma.

GARCIA JIMENEZ.—Lo demás no se cuenta. El pueblo vil aplaude siempre al que gana.

GARCIA EL MALO.—El que osa, obtiene. Ese rey niño...

GARCIA JIMENEZ.—Sobra. Dios pide nuevos ángeles para su cielo.

GARCIA EL MALO.—Mientras, el rey García Iñiguez espera preso en Lapurdun a que paguemos a los Madjus su rescate...

GARCIA JIMENEZ.—Esperará largo tiempo. El res-

cate es cuantioso y nosotros muy pobres. Mientras, Fortún Garcés en Córdoba espera a que le devuelvan la libertad...

GARCIA EL MALO.—Esperará largo tiempo. También a Córdoba llega mi voz: la sumisión completa de los Beni-Kassi la estribaré en las puertas de la cautividad.

GARCIA JIMENEZ.—Mientras García Iñiguez vuelve o no vuelve...

GARCIA EL MALO.—Reina tú sobre Pamplona y sus montañas, sobre Nabarra y las suyas. Mientras Fortún Garcés vuelve o no vuelve a restablecer el orden ordinario de las cosas...

GARCIA JIMENEZ.—Reina tú sobre Jaca y sus Pirineos.

GARCIA JIMENEZ Y GARCIA EL MALO *(se aprietan las diestras)*. —No volverán: reinemos!

GARCIA EL MALO.—Ese rey niño...

GARCIA JIMENEZ.—Hemos dicho tres veces que sobra... El sueño reina en Palacio. Estamos en un ángulo de él, muy distante de las demás habitaciones; desde aquí al dormitorio de Dadilde hay unos cuantos pasos; cerca de ella, en el camarín, duerme la nodriza con el Rey. *(Se ríe)*. Escucha, y oirás pronto cuán suavemente baten las alas de los niños que suben al cielo.

GARCIA EL MALO.—Cómo? Tú mismo...

GARCIA JIMENEZ.—Conozco ya los gritos de la sangre familiar derramada. *(Con amargura)*. No me espanta. *(Desaparece detrás del tapiz. García el malo se apoya en la pared, y espera. En su rostro se pintan la congoja, la impaciencia, el temor. Cualquier ruido le causa estremecimiento. García Jiménez separa de un tirón el tapiz y entra con el vestido ensangrentado)*.

GARCIA EL MALO.—Ah, sangre!

GARCIA JIMENEZ.—Es la púrpura real.

GARCIA EL MALO.—Y la Reina?

GARCIA JIMENEZ.—No salió de su lecho. Metió la cabeza entre las sábanas, que se movian con el aleteo de los sollozos.

GARCIA EL MALO.—Y la nodriza?

GARCIA JIMENEZ.– Se despertó, apenas abri la puerta. Plantándose delante de la cuna, defendió al niño como una loba, con pies, uñas y dientes. Es una montañesa robusta. Hube de acuchillarle la mano, y se desangró. Entonces pude ahogar al niño. Encerré a Dadilde con los dos muertos.

GARCIA EL MALO.—Corramos! tú a las montañas de Nabarra, yo a las de Iruña. Movamos las razones del bien público, de tu derecho preferente, y sobre todo, el hierro de nuestras lanzas!

SEGUNDA PARTE

ESCENA I

La aldea de Otxarte

Vallecito escondido entre las faldas del Pirineo; muy cerrado de montañas al sur, más abierto y espacioso al norte. Tupidas selvas de robles, encinas y arces. Un riachuelo de resplandecientes aguas serpentea entre cónicas colinas bajas, cubiertas de castaños y nogales. A la izquierda, los picos de Izterbegi, Urtiaga y Ali; a la derecha, el monte y bosque de Hayra; en la misma dirección, pero lejos, varias cumbres, blancas de nieve. En el centro de la pradera, plantada de manzanos, la aldehuela de Otxarte. Veinte o treinta casas de madera, en semicirculo; una ermita románica y la herrería de Hrodbert, de piedra, cuya fachada ocultan casi enteramente pilas enormes de leña. El torreón o *etxafi* de Urepel, a un tiro de ballesta,

sobre una loma; detrás, sobre otra loma más alta, el convento de monjas de Santa Magdalena de Menditxu. Es la tarde de un día de mayo, sin viento, ni sol, ni lluvia; finamente gris el cielo e intensamente verde el suelo. Los aldeanos se pasean o meriendan a la puerta de las *etxolas*. Una cuadrilla de muchachas baila al tamboril. No se ve un solo mozo: todos son hombres graves. Llega el *etxeko-jaun* de Urepel: los labriegos le saludan con respeto, pero sin muestras de sumisión. El viste como ellos, aunque de mejor tela. Les contesta llanamente.

GARCIA DE UREPEL.—Volvieron?

PERO ISCHTEBENEIZ.—No tardan. Subir y bajar a la peña de Aŕanoitz no es pan comido. De aqui a Mendimutz se cuentan muchos pasos. Experimentáis algún temorcillo?

GARCIA DE UREPEL.—Temorcillo? No es para tanto. Mas el varón prudente sólo descansa cuando termina el trabajo. Ninguno ha de decir «acabó», estando pendiente todavia. A todo padre le duele perder un hijo; pero a mí me doleria más que a ningún otro. Es toda mi familia, ya lo sabes; la única prenda que me dejó mi *etxandra*, cuando murió tan impensada y aun misteriosamente en Iruña. Si pierdo a Sanchol se secan las raices de mi vida.

GARCIA PERITZ.—Bien se te conoce la ceguera. Le cuidas con no igualada solicitud y le educas con tanto esmero! No solo de armas, sino de letras le enseñas. Piensas hacerle rey?

GARCIA DE UREPEL.—*(riéndose)*.—Quién sabe? Mientras tanto, cava, laya y aguijonea a los bueyes. Estos son los primores de su educación de principe. Al oirte, cualquiera pensaria que le saco de su clase de *etxejaun* libre y rico.

GARCIA PERITZ.—Si, Sí; pero observo cierta mezcla de cosas diversas. Te alaga meterle hombre de orden o de iglesia?

GARCIA DE UREPEL.—Eso, cuando yo sea sacristán! Hoy hace años me lo trajeron de Nabarra, donde su tía Belazkita le crió tan fuerte como uno de aquellos riscos de Zudaire. Líbreme Dios de entristecer el grato aniversario con algún suceso infeliz. Las condiciones de la malhadada apuesta, cuáles son?

GARCIA PERITZ.—Oye: que Sanchol Garceitz habia de subir solo al nido del águila y arrebatarle los aguiluchos. Los compañeros no debian pasar de los árboles, hito donde comienza la calva del monte. Tengo para mí que es imposible llegar al nido. Aquellas peñas lisas no muestran resquebrajadura donde descansen y agarren los pies y las manos: además, rematan en estrecha cornisa, cortante como espada.

GARCIA DE UREPEL.—Imposible, dijiste? Esa palabra no la conoce Sanchol: o sube, o se mata.

PERO ISCHTEBENEIZ.—Pues, se mata.

GARCIA PERITZ.—O le mata el águila, porque ésta defenderá su cría desesperadamente.

GARCIA DE UREPEL.—No lo permita el Salvador! *(Se sienta en un banco, a la puerta de la* etxola *inmediata a la herreria; Pero Ischtebeneiz y Garcia Peritz, a los dos la-dos de él).* Quién sabe lo que nosotros y el mismo reino de Pamplona perderiamos? Es mozo valientísimo, tierno como el pan recién cocido, inocente como una monja, amigo de servir y dar; hígado sin hiel, brazo de oso, piernas de gamo, vista de halcón. Aprendió a leer y escribir en cinco o seis semanas, con el capellán de Menditxu; habla nuestra lengua y la de los monjes. Manejo de lanza, escudo, espada y caballo, le aprendió de mi, que soy discípulo del gran Iñigo Aritza. De disparar el *azkona,* sin duda le dió lecciones el

demonio, porque es capaz de partir por la mitad a una mosca volandera. Os lo juro, amigos, pienso que le hemos de ver rey. *(Otxoa Ischtebeneiz y García Peritz se rien estrepitosamente).*

GARCIA PERITZ.—En la lista de las habilidades se te olvidó meter su destreza para guiar una yunta de bueyes.

GARCIA DE UREPEL.—Arte de gobierno es esa habilidad también.

GARCIA PERITZ.—Oigo voces, risas, batir palmas... Suenan hacia el monte de Hayra.

(Los tres se levantan y miran hacia la derecha).

GARCIA DE UREPEL.—Multitud de personas viene. Es el cazador de águilas, sin duda, y su séquito. De veras que ya comienza como a ser rey.

(Sancho Garcés, joven de hasta diez y ocho o veinte años, de cuerpo bien templado por el ejercicio y la intemperie, pero de formas señoriles, facciones finas y ojos claros y grandes, entra. Otros jóvenes de su edad le rodean. Viste el traje ordinario de las montañas: túnica de paño negro a la rodilla, kapusay *del mismo color y tela, de mangas cortas,* abarkas *sin curtir, piernas desnudas. Lleva suspendido del cuello un cuerno de tres* azkonas, *y de la cintura, la* ezpata, *ancha y corta. Colgadas de la espalda, y boca abajo, trae dos águilas enormes, leonadas, que aún destilan sangre y le manchan, al andar, las pantorrillas; en la mano derecha, entre yerbas y ramas, un aguilucho de quince o veinte días. Los aldeanos le acosan a preguntas. Las mozas suspenden el baile. Sancho Garcés agarra a las dos águilas con la mano izquierda y las enseña al público durante largo rato, sin que le tiemble el brazo extendido. Los hombres le aplauden, las mozas tocan los panderos).*

GARCIA DE UREPEL.—Loado sea el Salvador! Ni garras ni despeñaderos te rasguñaron la piel, loco atormentador de juiciosos.

SANCHO GARCES.—Así parece a quien mira las cosas desde fuera. *(Tira al suelo las águilas, remanga el* kapusay, *y muestra una desgarradura en linea curva que le ensangrienta el tercio superior del brazo derecho).* Se escurrió la presa; buen ojo el de la rapaz, pero tampoco es malo el mío.

VARIOS MOZOS *(hablando a la vez).*—Parecía una piedra desprendida de un murallón!—Mejor un rayo de la nube!—Sanchol sólo es capaz de eludir el golpe.— Y de llegar al peñasco aquel del águila.—Nada ni nadie le cerrará el paso.—Con él bajaríamos a coger los nidos del infierno: sin duda subiría con satanás encadenado.—¡Viva Sanchol Garzeytz!

GARCIA DE UREPEL.—Callad, vocingleros! Habláis tanto, que ni aún las mujeres pueden meter la hoz. Silencio todos! Ahora, refiere tú, muchacho: por el agujero de nuestras orejas cabe el regatón de una lanza.

SANCHO GARCES.—Padre, cuidad antes de que me den un cacho de queso, otro de pan y unas cuantas lágrimas de Artazu, Obanos o Medigoría: que mi lengua está pegada al paladar de puro seca, y hay que engrasarla como a los carros.

(Cuatro o cinco personas entran en las casas vecinas por traer la merienda de Sancho. Antes que otra ninguna se la ofrece, sacándola de casa del herrero, Helmwige, muchacha de singular belleza, sumamente alta, de cutis blanquísimo, ojos azules y cabellera roja: ejemplar puro de la raza nórdica. Sancho toma el vaso de cuerno, y después de decir: «A tu

salud, hermosa, luz de los valles», bebe la mitad. Helmwige se ruboriza. Sancho toma asiento, y merienda. Los aldeanos examinan las águilas, las pesan, las miden y platican sobre su edad, sexo, fuerza y costumbres).

SANCHO GARCES.—Amigos! voy a narraros la historia de mi cacería, sin quitar ni poner, como la narraré en el valle de Josafat. Sabéis todos que el bosque de Mendimutz termina repentinamente, y no poco a poco: dais dos pasos, y vuestra cabeza sale de la selva lóbrega al esplendor del cielo. Entonces comienza una especie de meseta cuyo suelo son rocas arraigadas y piedras movedizas. Andáis obra de ochocientos pasos, subiendo sin cesar: la vista, que crece, y no las piernas, os lo hacen saber, porque es muy mansa la subida. Llegáis al cabo a una empinada muralla de losas enormes que os cierra el paso. Sobre ellas, cual espadaña de torre, se alza Aránoitz: desde abajo vista, aguja solitaria; pero desde cerca, hacinamiento de peñas gruesas y puntiagudas. Borrascas y nevazos han lamido las losas, de suerte que igualan a una superficie de acero donde sólo pueden andar las moscas. Quien no vuele como el pájaro, serpee como la culebra...—dije entre mí—. Poco a poco, buscando con las manos los sitios de algún declive, apoyándome en codos y rodillas, estirando y encogiendo el cuerpo, conseguía ganar terreno. El sol, sin nubes, reverberándose en las losas, me escupía al rostro llamaradas... Cerca de Aránoitz el piso casi era llano. Me senté, enjugué el sudor y respiré abiertamente. A treinta varas estaba el nido, ancha oquedad entre rocas que la defendían; en el centro vi un montón de ramas gruesas que llegaría a mi cintura; encima de las ramas, otras más menudas, y encima de todo, hierbas y musgos. La hembra, en el nido,

me clavaba sus ojos centelleantes, acaso desde que comencé a trepar. Me puse de pie; anduve cuatro o cinco pasos; chisporrotearon los ojos del águila, erizáronsele las plumas de la nuca, abrió el pico, salió afuera la lengua colgante, se le estremecieron las alas y las garras... Adiviné que iba a lanzarse sobre mí, y le disparé la *azkona,* clavándosela en mitad del pecho. Gritó de dolor y de ira, pero se desfalleció sobre el nido. Yo corrí, orgulloso, a gozarme en los postrimeros aleteos de la codiciada presa: a punto estuve de perder la vida. Entre la cumbre del monte y el nido del águila se abre una grieta sin fondo, una sima negra. Echando atrás los brazos y refrenando con músculos de acero el movimiento de mis piernas, paré en seco: medio paso, y me sorben las fauces del abismo. *(Viva emoción de los oyentes).* Creo que palidecí. Maldito impensado obstáculo! Iba a impedirme ostentar la prueba fehaciente de mi arrojo. Cómo evadir la dificultad? Delante del nido se extiende un borde o labio cuya anchura es de un codo, o menos. El salto era peligroso, de abajo arriba, para plantar los pies en la cinta de la roca, sin chocar contra los salientes de la cueva ni perder el equilibrio. El salto era muy peligroso... Le di, como gato montés sobre su presa o ciervo perseguido. Caí a plomo. El suelo desigual fué causa de que me tambalease. Metí la mano, magullándomela, en una raja de la peña, y me sostuve. Entré en la gruta; lancé al otro lado de la sima el cuerpo del águila; busqué en la cavidad del nido al aguilucho, y le eché, envuelto en ramitas y hierbas, al fondo de mi capucha. Disponíame a repetir el salto, menos peligroso ahora, por de arriba abajo y la anchura sin cabos del espacio frontero, cuando sentí que se conmovía el aire, se obscurecía la luz con una sombra volante que, rauda, se me

venía encima. Desvié el cuerpo cuanto pude, y el águila macho se caló, rozándomelo, y desgarrándome el brazo. Nos quedamos tocando uno a otro: yo de frente, dentro de la gruta; ella de perfil y fuera; erizada, abiertos y crispados los garfios de sus garras. Titubeó unos instantes, discurriendo sobre la nueva embestida. Yo, sin titubear, desenvainé la *ezpata,* y en el momento mismo que iba a revolverse y me saltaba al rostro el cascajo, impelido por tremendo coletazo, le asesté velocísima cuchillada al cuello, y rodó a la sima, en un nimbo de sangre, la cabeza. Aquí estoy, contra todos los vaticinios, vivo y vencedor.

(Los aldeanos estrechan a porfía la diestra de Sancho Garcés, y le abrazan).

VOCES.—Viva el rey de los cazadores montañeses!

GARCÍA DE UREPEL.—Ven a mis brazos; quiero estrecharte sobre mi corazón. Esta es sonada. Muchas hiciste con jabalíes y lobos, mas ésta las obscurece a todas. Tu fama, sin duda, atravesará los montes y llenará los oidos del rey Fortún. El día menos pensado te concede en honor algún castillo.

PERO ISCHTEBENEIZ *(despreciativamente).*—Si hubiese rayado ayudando a misa, no digo! Las cosas de la guerra le importan poco al amador de las cogullas.

GARCIA PERITZ.—No así a su consocio García Jiménez. Este anda a la rebusca de los más finos halcones para soltarlos sobre los sarracenos.

GARCIA DE UREPEL *(estremeciéndose).*—Por el nombre bendito del Salvador, no se lo llevará García Jiménez. ¡Servir al asesino de su propia madre! Antes morar en Lapurdun y alistarse entre los normandos, que también son halcones finos.

PERO ISCHTEBENEIZ.—Sanchol nos pertenece; es nuestro: halcón fino, criado en nuestros montes, no se le ha de llevar nadie. Escuchad las palabras de un anciano que ya solo sirve para aconsejar. Mañana es el dia del tributo de las tres terneras blancas a las Deodevotas de Menditxu. Cabalmente le toca, por el turno que guardamos, a un varón del *etxaŕi* de Urepel conducir las tres terneras al cenobio. Tú, *jaun* García, no tienes fuerza para mantener en hilera delante de la señora abadesa, inmóviles y sumisas, según gala de los boyerizos del tributo, a las terneras monteses. Sus corcovos y topetadas te arrojarían al suelo. Pero, en cambio tu hijo Sanchol obscurecerá la fuerza y habilidad de todos los boyerizos sus predecesores; con mayor efecto que ninguno de ellos humillará la cerviz de las cornigeras a recibir la suave coyunda del convento. Pues bien, decía, y si no, lo digo ahora, que nos aprovecharemos de la presencia de Sanchol Garzeytz para decirle a la señora abadesa: «Este que aquí ves es el mozo predilecto de nuestro valle; forzudo, según lo observas ahora; valiente, que al nido remotísimo de las águilas sube para robarles la cria; leal y bueno, según lo publica la mirada de sus ojos. Nosotros te lo pedimos por capitán de la tierra. Nómbrale y pintale en el campo del escudo una águila roja pasmada. La vecina comarca de Baigoŕi tiene su capitán: porqué no le hemos de tener nosotros?»

(Alborozo de los oyentes; unos baten palmas, otros gritan: «¡Si, si!»).

GARCIA DE UREPEL.—Sanchol Garzeytz delante de la señora abadesa? No es posible.

VARIAS VOCES.—Porqué?

(A Garcia de Urepel no se le ocurre ninguna contestación oportuna, y se queda con la boca abierta, turbado y desatendido de la gente que se arremolina alrededor de Sancho Garcés, gritando: «¡Viva nuestro capitán!» Dos aldeanos levantan sobre sus hombros a Sancho Garcés).

LAS MOZAS *(a Helmwige).*—Tú, que sabes hacerlo, improvisa versos en su honor.

HELMWIGE *(acompañando su canto con suaves chasquidos de las rodajas del pandero):*

I

Allá, entre inaccesibles peñas que sólo el frío y sus hijas vírgenes, la nieve y la helada de las cumbres, visitan; en las tenebrosas fauces de una cueva que nunca retemblaron con el hervoreo de las calderas mágicas, cuyos vapores escruta la adivina; inspirada por el amor invencible y sutil a la prole, el águila, reina del aire, construyó su nido, porque defendiesen a los polluelos, además de las garras y del pico materno, el doble círculo infranqueable de la soledad y del espanto.

II

«Quién llegará hasta aquí?» pregunta el águila, batiendo jubilosa las alas a los rayos del sol, que mantiene limpio de nubes el cielo deslumbrante, dosel del nido real. Ni el lobo, ni la serpiente, ni las nieblas del valle, ni los árboles mismos, que no encuentran tierra para extender las raíces que les han de alimentar. «Este es mi imperio, mi mundo y el de mi prole, la cual, viendo debajo de si a todo animal que vuela, corre y repta, aprenderá el orgullo de los

reyes, el ansia de la dominación. El rayo que pulveriza, el torbellino que arrasa, la nube que anega, cuando pasen junto a mi peña, dirán: «Saludemos al águila, nuestra hermana».

III

Cierto día, el águila—y fué el último de los suyos—observa cómo un hombre, que aun conserva en el labio la tersura del niño, atraviesa impávido el doble círculo, repudiado por infranqueable, del espanto y de la soledad. «Aquí de mi pico, que rompe la roca, y de mis garfios, que arrancan las más ocultas vísceras de la presa: reventaré los ojos, destrozaré el cráneo, dislaceraré el corazón del atrevido y marcaré en sangre humana el sello de la inviolabilidad de mi frontera...» Antes de que ponga por obra su designio, un dardo veloz franquea a la muerte el pecho del águila. ¡No hagas confianza de tu hazaña, audaz matador de reinas! La venganza te atisba, te acecha y cae sobre ti desde la altura de las estrellas! Pero no el cuerpo del audaz, sino el del águila vengadora es el que retuerce sus miembros en la agonía.

IV

Cuál es el nombre del vengador de las águilas? El nombre de quien pisó el suelo adonde no llegan los lobos hambrientos, las serpientes golosas, las nieblas pálidas del valle ni los árboles verdes del bosque? De quien besó con ardiente amor a las hijas del frío, a la nieve y a la helada de las cumbres? De quien el rayo que abrasa, el torbellino

que asuela, la nube que inunda, dirán: «¿es nuestro hermano?» Recógele, Fama, y préstale tus alas para que vuele sobre la tierra baskónica. Su nombre es Sanchol Garzeytz el fuerte, Sanchol Garzeytz el bueno, y desde ahora será el capitán de nuestro valle, el escudo de nuestra montaña!

LAS MOZAS *(tocando el pandero).*—Su nombre es Sanchol Garzeytz el fuerte, Sanchol Garzeytz el bueno, y desde ahora será el capitán de nuestro valle, el escudo de nuestra montaña!

(Los montañeses se llevan en hombros a Sancho Garcés, camino del etxaŕi *de Urepel, cantándole y vitoreándole).*

GARCIA DE UREPEL *(pensativo).*—Singular presagio. Ahora empieza a reinar el incomparable muchacho. *(Solo y de lejos sigue a la comitiva que sube hacia el* etxaŕi).

ESCENA II

La huerta y el parque de Santa Magdalena de Menditxu

Bandeo alegre de campanas. La puerta interior del convento se abre y salen las Deodevotas procesionalmente, precedidas de la abadesa, con báculo: lleva el velo muy echado sobre el rostro. Recorren, entonando cánticos religiosos, la huerta, y se detienen delante del parque, plantado de corpulentos tilos. A la sombra del más frondoso de ellos hay un sitial destinado a la abadesa; junto al sitial, una mesa y un taburete bajo para el notario, que, después de saludar con suma reverencia, saca de la cintura tintero de cuerno y dos hojas de pergamino. La portera abre de par en par la puerta del parque, por donde penetran oleadas de gente de ambos sexos, vestida de fiesta. Después entra el tamborilero tocando, y Sancho Carcés conduciendo las tres reses blancas, sujetas por anillas de hierro metidas dentro del caño de la nariz. Agarra las tres sogas con la sola mano derecha, y las sostiene tan firme e igualmente que las novillas se mueven como si estuviesen enganchadas a un carro. Detrás de las novillas, García de Urepel y los cuatro ancianos del *Ibaŕ-Biltzaŕe:* Pero Ischtebeneiz, García Peritz, Jimeno Jimeneiz y Otxoa de Igartze, que besan la mano a la abadesa. Esta y el notario se sientan.

GARCIA DE UREPEL *(después de un saludo cortés).*— *Andrea!* quisiera tener la lengua de oro de un monje de Leyre. Yo, en achaque de lengua, sólo sé menear la de acero de mi *ezpata*. Además, lo que ahora y aquí se dice, se ha dicho tantas veces antes!... Hasta los tilos se lo saben de memoria. Mas si yo he venido y hablo, cabalmente es porque se ha de decir cosa nueva, y estos leales hombres piensan que saliendo de mi boca será mejor atendida. Volvamos al tiempo viejo. Hace siglos que unas cuantas familias, huyendo de las depredaciones y muertes que en su tierra de la Baskonia llana causaban los hombres del Norte, llegaron a este pequeño y recóndito valle. Entonces no vivia en este país ningún otro ser humano, sino las Deodevotas de Santa Magdalena y la familia de Urepel. La abadesa repartió tierras, árboles, prados y aguas a los fugitivos, debajo de la condición de que defendiesen siempre y contra todos el convento, y cada dos años le pagasen tres novillas, blancas desde el morro a la cola, sin enfermedad oculta ni manifiesta, nacidas y criadas en el monte común. Se ha establecido la costumbre de que turnen los *jaunas* de las casas pobladoras en la operación de presentar las tres novillas, o persona que haga sus veces. A mí me corrrespondía este año; no porque mis antecesores recibiesen tierras, aguas, árboles y prados del convento en el reparto de antaño, sino por razón de buena correspondencia entre vecinos y respeto al santo cenobio. *(Se oyen algunos murmullos de repulsa).* Hablo la verdad, fundada sobre la tradición constante y sobre escrituras.

VOCES.—Bueno, bueno; prosiga!

GARCIA DE UREPEL.—Yo, *andrea,* contra toda mi voluntad, sin meter nada de mi cosecha, he envejecido y

me falta vigor de brazos para presentarte las novillas con el decoro competente, domando su fiereza y obligándolas a poner su cerviz debajo de tus manos. Pero vive a la sombra familiar de mi techo quien leones, en vez de novillas, domaría. Y ese tal es mi hijo Sanchol, que aquí tenéis delante. *(Conmoción reprimida de la abadesa. Alza un instante el velo para ver sin estorbo a Sancho Garcés, y le deja caer enseguida sobre la cara, mortalmente pálida.) Andrea!* dignaos recibir el tributo de las tres novillas blancas, que os ofrecemos en nombre de esta tierra y sus parroquias, si, como pensamos, son de recibo.

EL NOTARIO *(llamando con solemnidad).*—Barbero, barbero, barbero! *(Se presenta el barbero, y saluda).* Catadlas, según es de costumbre. *(El barbero examina cuidadosamente las novillas).*

EL BARBERO.—Buenas! sin vicio interior ni mácula exterior. Para mi las quisiera! *(Saluda, y vase).*

(Una deodevota entrega a la abadesa tres largas y anchas cintas de lana blanquísima. Las toma y se pone de pie. Sancho Garcés se arrodilla, acorta la soga de las reses y mantiene, durante el tiempo necesario, sus tres cabezas con el morro sobre el suelo, en fila recta y perfectamente inmóvil. Baten palmas los montañeses).

LA ABADESA *(extiende la cinta y la anuda en las astas de la novilla de la derecha, a modo de coyunda).—Jugum enim meum suave est et onus meum leve. (Repite la imposición y las palabras en la segunda y tercera novilla).*

LAS DEODEVOTAS *(cantando).*—Recordad y acatad, cristianos, las palabras de mi Señor: *Tollete jugum meum super vos, e discite a me quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. (Repican las campanas).*

GARCIA DE UREPEL.—No te retires, *andrea,* te lo ruego, sin oir esas nuevas palabras que te anuncié. Los tiempos son muy calamitosos y duros. Los normandos nos acechan al Norte; los sarracenos, al Sur. El labrador lleva al campo, junto con el arado y las layas, la *azkona* y la *ezpata:* antes de sentarse a comer, con la bota de vino en la mano y el pan aun sin partir, escruta al temeroso horizonte. Los valles vecinos pelean debajo de *buruzagi* propio [1]: porqué hemos de pelear nosotros debajo del ajeno? Nuestro *Ibañ-Biltzañe* ([2]) te pide que nombres *buruzagi* de esta tierra y sus parroquias a Sanchol Garzeytz, mi hijo, de quien esperan coger los frutos que las flores de sus hazañas contra osos, lobos y águilas prometen. De mí, soldado de Iñigo Aritza, aprendió el manejo de las armas, las astucias y movimientos de la guerra. En los días de paz adiestrará a los mozos, y en los de guerra vencerá con ellos.

LA ABADESA *(irguiéndose orgullosamente).*—Sea como lo pedís.

(Alborozo de los montañeses, que forman calle, por cuyo centro se retiran procesionalmente la abadesa y las deodevotas, cantando: Jugum enim meum suave est et onus meum leve).

VOCES.—Viva la abadesa! viva Sanchol Garzeytz!

(Repican las campanas).

---

[1] Cabo, caudillo, capitán.

[2] Reunión, concejo del valle.

ESCENA III

El bosque de Hayra

Día de invierno. En el pico de Uriña, tempestad de nieve: relámpagos, truenos, nubes blancas y negras revueltas. En un claro del bosque, varios leñadores cargan carros. Hrodbert, el herrero, y Helmwige inspeccionan los troncos recién cortados. Helmwige lleva sobre la mano un aguilucho. Llega un muchacho conduciendo a un borriquillo con víveres.

HRODBERT *(en euskera; pronunciación gutural germánica muy cerrada).*—Es hora de que reconfortéis el estómago y le calentéis con la vitualla y el vino que ahora llegan: pan floreado, del que mi hija amasa, y un recental que se ahogó de puro gordo. Comed hasta volverle esqueleto; y sobre todo, bebed, bebed; quien no bebe, no vive.

UN LEÑADOR.—Lo mismo pienso yo, sin atreverme a decirlo porque no me llamen borracho.

HRODBERT.—Eso no es injuria, sino alabanza.

EL LEÑADOR.—En tu tierra, *jaun* Troberto.

HRODBERT.—En mi tierra.

OTRO LENADOR.—Según eso, tú beberás mucho?

HRODBERT.—Ps, ps! Si tuviese cerveza a discreción, me emborracharía todas las noches. Pero mis compatriotas me la tienen jurada porque abracé el cristianismo y me apartaron de la mala vida los milagros que vi de León, el obispo a quien martirizamos. Yo me valgo de mil artificios para sacar cerveza de Lapurdun; pero a pesar de las personas intermediarias y de los nombres supuestos, suele darles a la nariz el engaño y me decomisan la cerveza en el camino. Cuántos carros cargaréis hoy?

EL LEÑADOR.—Once o doce. Parece mentira la leña que consumes.

HRODBERT.—La fragua es más voraz que baskos y normandos juntos. Hay muchos pedidos esta temporada. Sin duda García Jiménez prepara alguna correría militar. Yo os he enseñado el arte de las puntas de lanza y de flecha, de los yelmos y escudos. Cuando me muera, espero que recordaréis mi nombre durante muchos años. Esa herrería de Banka será célebre. Sentaos a comer. Mi hija y yo nos vamos monte arriba.

OTRO LEÑADOR.—A qué, Dios mío? Corréis riesgo de que se os venga la nevada encima.

HRODBERT.—Mejor. Vamos a proseguir el amaestramiento del águila. Caza pájaros. Ahora la adiestramos contra animales pequeños y mansos; después, contra grandes y fieros. En cuanto sepa hacer presa sobre los raposos y los lobos... *(Los leñadores le interrumpen con exclamaciones de incredulidad).* En este país no saben sacar provecho de las águilas; en otros, sí! No juzguéis por vuestra ignorancia! Empapaos de nuestra superior cultura. Decía que en cuanto esté completamente amaestrada, se la cambiaré al Wiking de Lapurdun por diez toneles de cerveza.

HELMWIGE.—Dejad ese propósito, padre, semilla de penas que no querréis causarme. El águila, regalo del buen Sanchol Garzeytz, ha de vivir conmigo hasta que ella o yo muramos. *(Con zalamería).* Verdad, padre? *(Hrodbert se rie y alza los hombros con aire de duda).* Me la tengo ganada; fué el precio de mi canción. *(Helmwige quita la caperuza al ave, y la suelta. Padre e hija vanse. El águila les sigue, volando).*

LOS LEÑADORES *(admirados).*—Estupenda habilidad! *(Descargan del asno los víveres y se sientan en el suelo a comer).*

UN LEÑADOR.—Ese forastero es liberal de veras. Vaya el conducho que nos sirve! Aun más copioso que el prometido. Amo bueno y hombre mejor, de excelentes portes, pienso que sin pero.

OTRO LEÑADOR.—Hum!

EL LEÑADOR.—Que hum ni humos, seor descontentadizo.

EL OTRO LEÑADOR.— Nunca mira de frente: quien desvia la mirada no es leal. Acaso la buena hombría, llaneza y jovialidad que pintan sus dichos y hechos son pura mueca. Todo lo huele y palpa: de caminos y veredas podría dar lecciones a los cazadores de Gurbindo. Con eso de que fabrica armas, habla al rey, conoce a los grandes, entra en los castillos, anda por los montes de Iruña y de Nabarra, ante maese Troberto el armero todas las puertas se abren.

EL LEÑADOR.—De suerte que, según tú sospechas Troberto será algún espia de los normandos de Lapurdun, de los que vencieron al rey García Iñiguez y nos hicieron sudar el oro de su rescate?

EL OTRO LEÑADOR.—Acaso.

EL LEÑADOR.—Largo espionaje el suyo y de ningún efecto hasta ahora, después de quince y más años. Y para allanar el camino a los enemigos nos vende armas mejores que las buenas? Porque las armas...

EL OTRO LEÑADOR.—Si, son excelentes!

EL LEÑADOR.—Secóse el manantial de los «acasos»? Suelta otro, amigo! *(Los leñadores se rien)*.

EL OTRO LEÑADOR.—No, porque ahora voy a decirte cosa segura. Troberto parece bonachón, condescendiente, compasivo, blando de genio... Eso está en la pelleja; por dentro es muy duro. Si bulle la olla, le echa agua fria.

Cinco años le serví en la fragua. Le he visto la cara cuando se la ven y cuando piensa que no se la ven. Dos operarios de quienes recibía ofensa murieron con las *abarkas* calzadas, sin que, no obstante, se le pueda culpar.

EL LEÑADOR.—Acaso tengas razón. Mientras se descifra el enigma, ataquemos al pan, a las berzas, al jamón, al cordero, a las nueces y manzanas, al vino y queso que nos provocan, y que no están hechos de agüeros.

LOS LEÑADORES.—Bien dicho: mejor es comer que no disputarse ni murmurar de quien nos agasaja. *(Comen)*.

ESCENA IV

Otro paraje del bosque de Hayra

Hrodbert y Helmwige suben por un sendero de leñadores. A lo lejos, claro del bosque, que interrumpe en corto trecho circular la espesura de la selva. Detrás, muy alta, la cumbre recién nevada.

HRODBERT.—Por el nombre terrible de Odín, nuestro padre, lo juro! Paréceme que profesas demasiado amor al aguilucho, para que no le alcance la parte mejor al donante mancebo.

HELMWIGE.—Amar yo a un hombre que todavía no ha muerto a otro? a un hombre de manos encallecidas con el manoseo de los azadones? a un segador de helechos? a un boyatero?

HRODBERT.—Veo el fondo de tu corazón. Le amas!

HELMWIGE.—Porqué lo dices?

HRODBERT.—Porque, en vez de retenerle en la humildad de sus pensamientos, procuras iluminárselos con los resplandores de la gloria guerrera. Le sacas del establo

y le metes en la tienda de los campamentos. No le envileces ni le corrompes.

HELMWIGE.—Nadie logró trocar el oro en plomo. Las voces de la abyección no forman sonido en sus orejas.

HRODBERT.—Pues hay que matarle.

HELMWIGE.—No; mejor es hacerle nuestro. Sobre esos caminos piso, llevándole de la mano. Le canto las sagas más célebres, caldeándole y descarriándole la imaginación. Es como el noble caballo a quien le destraban los pies, y mostrándole la inmensa llanura, le dicen: «Corre!» El menosprecio de su tierra se le sugieren el conocimiento de un mundo nuevo y la comparación. Antes de mucho lo verás alistado debajo de las banderas del Wiking de Lapurdun, como otros muchos baskones aventureros. Esta es gente indómita, servidora de su propio albedrío. Junto y sobre la Baskonia sarracena asentaré la Baskonia normanda.

HRODBERT.—O la cristiana. Ay de ti!

(Ademanes amenazadores. Helmwige se rie de ellos y silba al aguilucho que se le posa sobre el puño. Siguen andando, pero sin hablarse. Llegan al raso de la floresta. Sobre las raices de un fresno está sentada una mujer muy envuelta en su manto negro).

HRODBERT *(en mal euskera y tono bonachón).*—Es una abuelita, verdad? Cansada de recoger ramillas secas? Perra estación para los viejos el invierno. Beba un traguillo de mi bota. No es de la tierra, según pienso. Quién es?

(La mujer se levanta con trabajo. Es muy anciana, alta y escuálida. Su rosto conserva vestigios de majestuosa hermosura. Entre los pliegues de su túnica negra brilla una tijera de oro. Al movimiento de la anciana sale de la espesura

un lobo muy decrépito, casi pelado, aullando lastimeramente).

VERDANDI.—Soy yo.

(Hrodbert se estremece y guarda silencio, sobrecogido de respeto y temor).

HELMWIGE.—Reina del tiempo, permíteme que adore el ruedo de tu vestidura.

VERDANDI *(solemne y tétricamente).*—Imer, el proscripto, rotas sus cadenas, se enseñorea del mundo, se acerca rodeado de su jauría: el granizo saltarín, la silenciosa nieve, tejedora de sudarios, el viento boreal que cubre de escarcha los hombros morenos de la tierra. Del abismo insondable, abierto como la boca del último suspiro, humea la gigantesca nube glacial, envolviendo, cubriendo y penetrando todas las cosas. Enmudecen las fuentes, páranse los ríos, se petrifica el mar. La rubicundez de las mejillas, la verdura de los árboles, se apagan en turbia palidez. La luz, roída por el hielo, chispea agónicamente entre los torbellinos de la eterna ventisca. Las aves de presa, hambrientas, traspasan la línea que nunca enturbiaron las más remotas nubes, por descubrir desde allí bestias vivas que devorar; y mientras se ciernen, extendidas las alas, la flecha del frío les paraliza el corazón, y se despeñan y aplastan contra el suelo, quebrándose a pedazos las rígidas plumas cristalizadas. Las manos blanquísimas del gigante Imer enrollan el firmamento, como un rey el pergamino donde escribió el inventario de sus tesoros. La sombra llega al camino del infierno. El sol se ennegrece; en el hogar de su fragua, los rutilantes tizones se van trocando en opacos carámbanos. Ay de ti, Iggdrasil, árbol frondoso de la universal existencia! Ay de ti, clara fuente de Urda, manantial de la Sabi-

duría! No volverán los Dioses a beber de tu agua, debajo de las hojas del fresno, de tu agua que descifra los Misterios del Mundo! Cesó el zumbido de los husos, precursor de la primera aurora. Ay! sumióse la Maestra fuentecilla, desgajóse el fresno Iggdrasil; de las tres sacras hijas venerables de la Noche y del Destino, dos, Urda y Skulda, yacen muertas debajo de las ramas. Equiparáronse a los hombres los Dioses. No sabrán de lo pasado ni de lo porvenir; a tientas caminarán por las encrucijadas de lo presente. Oid lo que dice la boca de Verdandi, la efímera sobreviviente de las tres irreprochables Informadoras: lo Presente se llama el Crepúsculo de los Dioses. En el Walhalla penetra la negra oleada fría crepuscular. ¡Mundo de los héroes! el insondable abismo, abierto como la boca del último suspiro, va a sepultarte, cubriéndote de la invencible bandera del Espanto!

HELMWIGE.—¡Hija sagrada de la Noche y del Destino! Es demasiado joven el Mundo para que acabe el reinado de nuestro padre Odín. Yo romperé la Klepsidra de las horas tempraneras, yo empujaré atrás los rayos apresurados del Sol! Tú, sabedora de lo que Es, prescribe el remedio.

VERDANDI *(airada)*.—Me lo preguntas tú, una Walkiria?

HELMWIGE *(sorprendida y confusa)*.—Yo una Walkiria?

HRODBERT *(incrédulo)*.—Mi hija una Walkiria? *(Se rie groseramente)*.

VERDANDI.—La pérdida de la memoria es uno de los castigos mayores que imponen los dioses. Aunque bastante rebajada, aun retienes algo de la estatura de tu casta

gigantesca; pero permaneces tan necio como cuando tu hermano Fafner, el avaricioso, te indujo a fabricar dobles llaves para las puertas del Walhalla, por robar sus tesoros: herrero desleal a los Dioses! Tú, Helmwige, perdiste el puesto entre las Intrépidas Doncellas inexorables que distribuyen la muerte y la victoria en las batallas. Manos de hombre enamorado desciñeron tu coraza virginal; cuida de que el humano amor no te prenda otra vez en sus envilecedoras mallas. Con el olvido de vuestra condición propia expiáis los dos vuestra culpa. El Destino dirige vuestros impulsos a fines que no os propondría vuestra voluntad, a su arbitrio dejada. Seguidlos dócilmente hasta el oculto hito lejano. Destruid la semilla del héroe de la cruz. Los hijos de Odín perdieron, en las mullidas camas que adereza la victoria, la natural valentía. La paz quebró su audacia, el placer chupó su sangre roja. Los Héroes, los Dioses perecen. El frío, padre del terror y del egoismo, resquebraja los muros del Walhalla; sólo el férvido mar de sangre podrá detener los pasos del nivoso gigante Imer, destructor de la Vida. La sangre retardará el Crepúsculo de los Dioses; pero vencerá, al cabo, la noche negra helada. *(Señalando el pico de Aránoitz).* Yo subo allí, a esperar la aurora de la sangre, o a dejarme vencer, y caer yerta sobre la peña del águila que hollaron las plantas del héroe execrado. *(Vase lentamente, seguida del lobo Fenriss).*

HRODBERT.—Los caminos de la astucia son largos: llevamos recorrida la distancia mayor. ¡Terrible despertar el de los hombres rojos! Los siervos de la Cruz serán vencidos por los hijos de Odín. Helmwige, destruye en flor el heroísmo enemigo. No ames ni te apiades.

HELMWIGE.—La noticia de mi estirpe divina me ha hecho inaccesible a la piedad.

ESCENA V

La fragua de Hrodbert

Helmwige, en la puerta, despide a los ferrones; luego se sienta en el banco exterior. Pasa Sancho Garcés, armado, como para tomar el camino de Urepel.

HELMWIGE.—Hay guerra? Caen sobre nosotros los sarracenos de Huesca o los normandos de Lapurdun? Tu traje anuncia temibles cabalgadas.

SANCHO GARCES.—Ojalá! Ansio medirme con cualquier enemigo, sea rojo o moreno. Pero el caramillo de la paz cansará, durante mucho tiempo aún, mis oidos con su insípida sonada: mientras reine el pacífico Fortún Garcés, que se mete y no acaba de meterse monje. Vengo de la instrucción de armas, de adiestrar a mis *mendi mutilak*. [1] Nadie les sobrepuja en el arremeter y la carrera, ni en la escucha y ardides, ni en lanzar piedras a honda, ni en disparar saetas y venablos, ni en esgrimir la *ezpata*, ni en clavar el chuzo.

HELMWIGE.—Habilidades de villanos! Qué valen junto a la clava y lanza de un jinete forrado de hierro?

SANCHO GARCES.—Pregúntaselo al ejército de Carlomagno! *(Con tristeza)*. Elbiga, menosprecias mi oficio, y a mi mismo me desprecias: soy maestro de villanos.

HELMWIGE.—Oh! no pronuncies palabras mensajeras de la mentira que desfiguran los afectos mios forjados

---

[1] Montañeses jóvenes; lit., «muchachos del monte».

por la admiración! Quién te ha puesto más alto que te puse yo? De quién, si no de mí, aprendieron los montañeses a cantar la estrofa que de valle en valle ensancha tu fama por la tierra? *(Canta)*. «Su nombre es Sanchol Garzeytz el fuerte, Sanchol Garzeytz el bueno, y desde ahora será el capitán de nuestro valle, el escudo de nuestra montaña».

SANCHO GARCES.—Dices verdad. Por eso me sorprendieron e hirieron tus palabras.

HELMWIGE.—Resabios, aun no extinguidos, de costumbres diferentes a las vuestras. A los que labran la tierra, los normandos les comparamos con el buey y el jumento, bestias que ninguna nobleza pueden alcanzar, al revés del caballo y del halcón. Tú eres un halcón que vive entre cuervos. *(Muy cariñosamente)*. Entremos en la herrería. Beberás un vaso de aguamiel, fermentada a estilo de mi tierra. Verás el aguilucho que me regalaste, cuya maestra soy, como tú de los villanos. Mas el águila es animal noble.

SANCHO GARCES.—Y los que tú llamas mis villanos, también. Desde que el mundo es mundo son libres los baskones, de padres a hijos. El que nos vence no nos sujeta: nos volvemos a sublevar.

(Entran en la herrería. Algunas llamas del hornillo semiapagado iluminan el lugar con su luz trémula. Cerca de la entrada, sobre su percha, el aguilucho encapuchado: en cuanto oye la voz de Helmwige bate alegre las alas).

HELMWIGE.—A quien mire las cosas por encima podrá parecerle que este taller obscuro, lleno de pesados instrumentos, manchado de carbón, no es la pajarera que conviene a la reina de las aves. Pero lo que aquí se ve, se oye y se hace, compensa la ruindad de la estancia. *(Melo-*

samente). Una jaula de oro me parecería pobre para la inestimable dádiva de Sanchol.

SANCHO GARCES *(riéndose)*.—No obstante, la guardas en la herrería.

HELMWIGE.—Sí, en la herrería donde fundimos y forjamos hierros de lanzas, puntas de flechas, espadas, cascos, petos... No es la nuestra fragua de arados, ni de hoces, ni de herraduras de bueyes y mulos. Al son de cánticos guerreros fabricamos las armas que dan la muerte, las agudas dislaceradoras de vientres y pechos. Por eso te dije que la jaula no desdecía completamente del águila. El chisporroteo del fuego, el calor de las llamas, el chirrío de la fusión,el golpeo estridente de los martillos, la alentada resoplante del fuelle movido por mi brazo, y sobre todo, los cánticos ensalzadores de la valentía, comunican al ave un temple que no hubiese recibido en el nido materno. Dentro de un año los más feroces lobos serán presa de ella. Cuando oye mi canción de las Walkirias se enseñorea del águila tan encendido coraje que ya no le causa espanto ningún peligro.

SANCHO GARCES.—Las Walkirias? Nunca te he oído pronunciar ese vocablo. Qué son? Mujeres acaso?

HELMWIGE.—Bebe de esta copa el *hydromel* que yo misma preparé según las recetas inmemoriales de mi tribu. Es la bebida que embelesa los días de los Elegidos en el Walhalla e impide que el aburrimiento entre en la Eternidad. Bebe; tu espíritu, clarificado de los vapores terrenos, entenderá mejor mis palabras.

SANCHO GARCES *(bebiendo lentamente)*.—Delicioso licor que, en uno, junta el fuego del vino meridional, la suavidad de la miel y la frescura del agua. Corre la sangre

más de prisa por mis venas, y los mazos del corazón golpean sobre los yunques de la vida con doblada fuerza. *(Apura de un trago la copa)*. Elbiga, yo quiero llevar a mis cabalgadas de ese estimulante licor.

HELMWIGE *(aparte)*.—Comienzas a ser mío. *(En alta voz)*. Te lo prepararé cuantas veces hayas de combatir. Para ti solo. Deseo que descuelles mil palmos sobre los más valientes. Es el precio del águila *(Le sirve otra copa)*.

SANCHO GARCES.—Beberé a sorbitos porque no me embriague. El borracho se pone por debajo del más inmundo animal. Mi divisa es: «Arriba, siempre arriba», como cuando maté a las águilas. Quiénes son esas mujeres por ti nombradas?

HELMWIGE.—Son las nueve hijas del Padre de los Ejércitos, las nueve Virgenes castas cuyo beso fatídico confiere la gloria. En el seno de las nubes que obscurecen los campos de batalla, galopan en sus desmelenados caballos por entre los guerreros, eligiendo a los más bravos que, poco después, reciben la muerte por mano de alguna inaudita hazaña. Entonces las Walkirias recogen el desangrado cuerpo, y colgándole del arzón, a saltos sobre los más anchos valles, a galope tendido sobre las crestas de las más empinadas montañas, a través de las nubes del cielo, que al contacto de sus lanzas se condensan en mortíferos rayos tronantes, pavor del mundo, entran en el sagrado Walhalla, donde el Padre de las Victorias acoge al héroe muerto y le galardona con vida bienaventurada de torneos y festines.

SANCHO GARCES.—Sin duda esas mujeres serán muy hermosas.

HELMWIGE.—Dicen que se parecen a mí. Bebe, Sanchol.

SANCHO GARCES.—Poquito a poco. Son, por tanto, esbeltas como los pinos de Irati, blancas como la nieve de Izterbegi, rubias como la miel de las abejas de Urtiaga, azules sus ojos como... como... no sé a qué compararlos: ni el cielo ni las aguas de esta tierra son francamente azules. Diré, sin otro aderezo de palabras, azules como los tuyos, Elbiga. Y no diré bien, porque los ojos de esas mujeres de la mortandad no pueden poseer la dulzura de los tuyos.

HELMWIGE. Dulces en la paz, feroces en la guerra. Miramelos bien, Sanchol. *(Se acerca a Sanchol, le pone muy cerca de la suya la cara, y le mira).*

SANCHO GARCES.—Cual me los imaginaba! Expresan ternura, cariño, benevolencia... Son ojos de mujer, puestos por Dios en el rostro para inspirar y corresponder amores, no para repartir la muerte. *(Contempla largo rato a Helmwige).* Ladea un poquito la cabeza; échala hacia atrás; cambia de postura. Sin duda la fragua refleja en tus ojos un fulgor extraño: vetas de acero endurecen la suavidad incomparable de su azul. Miran altivos, severos, inexorables: así deben de mirar tus Walkirias.

HELMWIGE.—Acaso mis venas llevan sangre de ellas.

SANCHO GARCES.—Prefiero tu mirar amable, pero no me espanta tu mirar riguroso.

HELMWIGE.—Porque eres un héroe. Rásgase el velo que te ocultaba; confírmanse mis sospechas. Tú eres el que ha de venir, el Esperado!

SANCHO GARCES.—No entiendo esas palabras.

HELMWIGE.—Otro hombre cualquiera hubiese caído yerto a mis pies. Sólo resisten esa mirada los Héroes. Dime, Sanchol: cuando labras la tierra, cuando unces el tardo buey al arado, cuando llevas a pasturar las tímidas ovejas, experimentas a menudo una especie de tristeza?...

SANCHO GARCES.—Sí.

HELMWIGE.—Una misteriosa pena del bien perdido?...

SANCHO GARCES.—Sí; muy misteriosa e incomprensible.

HELMWIGE.—El ansia de trocar tu condición de rústico por la de guerrero. Entonces piensas en los soldados valientes, en los capitanes famosos. Les envidias, estimándote capaz de obscurecer su fama con tus méritos propios.

SANCHO GARCES.—Cuán acabadamente puntualizan tus palabras los pensamientos y los deseos míos, hasta ahora, larvas sin forma de mi imaginación.

HELMWIGE.—El pajarillo criado en sórdida jaula, canta de repente la no aprendida canción de los bosques... Escúchame, Sanchol. Te nombraron *buruzagi* del valle. Es el bocado de pan al hambriento que, en vez de aplacársela, le recrudece el hambre. Rústico capitán de rústicos soldados, pelearás deslucidamente entre estas breñas, si algún enemigo descaminado llegare a pisarlas. Mas nunca te llamarán a la *huest* del Rey. Estás condenado a ser de por vida centinela y guardián de monjas. Es digno ese oficio de tu valor? Escúchame. A pocas leguas de aquí existe la ciudad de Lapurdun. Los Normandos, después de conquistarla, desmantelaron sus antiguas murallas. «Nuestros escudos la protegerán mejor. Detrás de las murallas siempre hemos hallado cobardes». Estos dichos abonan el

estupendo valor de ellos. En la ría, amarrados, los *Draken* negros están dispuestos a hacerse a la vela en cualquier momento. De Lapurdun salen las invencibles bandas, asoladoras de la despavorida costa entre esa ciudad y el tenebroso cabo céltico del mar cántabro. Diariamente crean nuevos principados en las desembocaduras de los ríos caudales de Francia la hermosa. Santiago de Galicia y San Martín de Tours les rindieron vasallaje. Hoy se asientan en la región tolosana, al pie de los montes Pirineos. El espanto amojona el imperio del valor. En donde ellos pueden llegar nadie siembra. Los vigías costeños escrutan de continuo el horizonte, y apenas con la señal de la hoguera o de la campana anuncian la presencia de los *Draken* negros, huyen los habitantes como manadas de ovejas. Sabes quién reina sobre ellos? El más valiente, aunque sea un aldeano como Hastings. Sanchol, atiéndeme; busca a tus iguales, a los dignos de codearse contigo, a los que justipreciarán tus prendas, a los que galardonarán tus méritos. Vivirás en peligro siempre, combatiendo siempre, atesorando gloria siempre. A los peligros de la tierra sumarás los del mar. Si descuellas sobre ellos, te elegirán duque, príncipe, rey acaso. Ahora los Normandos no son ya un pueblo aparte; son la Cofradía de los Héroes. Hallarás muchos baskones alistados debajo de sus banderas. Sanchol, escucha la voz de tu Walkiria, de la que cuida de tu águila como quisiera cuidar de ti! *(Le besa en la frente)*. Recibe la promesa irrevocable de tu triunfo.

SANCHO GARCES *(levantándose del banco)*.—Visiones deslumbradoras de victorias campales vuelan delante de mis ojos! Oigo trompetas y tambores... Gloria! mi alma sube hacia ti como las alondras a la luz, como la mariposa

se arrima a la llama que la ha de consumir! Resplandeces aún más hermosa que la tierra natal! A ti, mi vida entera! Guíen mis pasos tus Walkirias: yo les seguiré. *(Permanece largo tiempo suspenso en sus imaginaciones. Poco a poco se modera la exaltación de su ánimo).* Ese *hydromel* desordenó mis potencias. Parece como que un hombre nuevo se alzaba dentro de mi, pero vence el hombre antiguo. *(Sonriéndose).* Elbiga, no estoy hecho a beber licores embriagantes; el agua y la sidra inocente son mis ordinarias bebidas. También tu hermosura ayudó a enajenarme. Tu beso... ¡ah, ingrata! me diste el beso de la muerte: yo le hubiera preferido de amor. Me oyes? Hablé y hablo cual si creyese en la patraña de tus Walkirias.

HELMWIGE *(fogosamente).*—Patraña mis Walkirias?

SANCHO GARCES.—Crees en ellas? Su historia, no es uno de vuestros cuentos guerreros que me arrebatan porque refieren batallas y actos heroicos? *(Pensativo).* Esas creencias se oponen a nuestra santa fe. *(Receloso).* Fué fingida tu abjuración? Elbiga, no eres lo que aparentas?

HELMWIGE.—Si me juzgas por capaz de tamaño fingimiento, a qué propósito me preguntas? Duda de mi entera veracidad.

SANCHO GARCES.—Comprendo que las leyendas de tu tierra, porque las mamaste en el pecho de tu madre, avasallen tu mente y las recibas casi por ciertas. Centuplican la fuerza de tu natural persuasión. Como a un niño de la mano, tus labios me condujeron hasta las puertas mismas de Lapurdi.

HELMWIGE.—Entra!

SANCHO GARCES.—Y mi fe? Cómo se compondría con los saqueadores de conventos, incendiarios de iglesias,

degolladores de obispos y sacerdotes? Dices que compatriotas míos militan debajo de sus banderas? Sí; los foragidos cuya cabeza se pregonó en los mercados. Junto a ellos forman los siervos prófugos, los insolventes, los pródigos que desbarataron su hacienda, los criminales de toda casta y laya. El valor de los Normandos me admira, pero sus actos a menudo son delitos enormes. *(Riéndose)*. Sabes cómo llamábamos en nuestra lengua a la ciudad, antes de que los Normandos la presidiasen? *Ibai-une,* «el sitio, el lugar del río»; ahora, *Lapurdi,* «ladronera». Y me estimulas a meterme allá? Sanchol Garzeytz es un pobre mozo de *abarkas,* pero no viene de casta de ladrones.

HELMWIGE.—Sanchol Garzeytz es la fina hoja de acero usada en la matanza de los cerdos domésticos; la moneda de oro perdida en el montón de estiércol; la tira de púrpura cosida a los andrajos del pordiosero; el águila criada entre cuervos, que grazna como ellos y picotea como ellos la carroña. Sanchol Garzeitz es...

SANCHO GARCES *(enojado)*. – Es el que echará de Lapurdi a los Normandos!

HELMWIGE.—Deliras! Ahora es cuando se te sube el *hydromel* a la cabeza. *(Con risa insultante)*. Temed, reyes del mar! aparejad las velas rojas, que sobre vosotros caen las gavillas de boyateros!

SANCHO GARCES.—Teman o no, es igual. Por mi nombre te lo juro: Elbiga, yo entraré en Lapurdi...

HELMWIGE.—Muerto, o prisionero.

SANCHO GARCES.—Y le restituiré su nombre honrado de *Ibai-une* o *Ibay-ona*.

HELMWIGE.—O te ganarás el apodo de Sanchol el presuntuoso, de Sanchol el necio.

(Sancho Garcés titubea entre replicar o callarse: con un gesto indica que estima ineficaz la controversia, y vase).

HELMWIGE.—Llevas metido un arpón que no se te desclavará.

(Helmwige se reconcentra en sus pensamientos. Hrodbert sale con sumo cuidado de entre sacos de carbón, donde estuvo escuchando. Se acerca a Helmwige y la sorprende, echándole las dos manos sobre los hombros. Helmwige da un grito).

HRODBERT.—Estás loca? Espolear el orgullo de un mozo atrevido y empujarle a la conquista de la ciudad de nuestros hermanos! Insensata la que trenza la corona de un héroe basko, con las fibras a nuestro poderio arrancadas! Voy a prevenir a Lapurdun de lo que ese mozo trama.

HELMWIGE.—Temes? Recelas de unos despreciables rústicos? Tu inteligencia de tosco gigante sólo sabe disponer trampas y lazos de espía. Sanchol Garzeytz corre a su muerte, arrastrado por mi.

HRODBERT.—No le amas?

HELMWIGE.—Sí. Pero desde que la Sabia me descubrió mi calidad no le amo a la manera de los mortales. Peleará y morirá por igual de los Héroes. Recibió mi beso fatídico. Le corté la flor de su vida porque no quiso hacerse de los nuestros. O yo, repuesta en mi oficio de Walkiria, o alguna de mis hermanas, le subiremos al Walhalla galopando sobre el impávido caballo que, al pisar las nubes, enciende las centellas de la tempestad.

ESCENA VI

La aldea de Otxarte. Movimiento desusado de la gente. Unos se asoman a las ventanas, otros a las puertas, otros bajan a la plaza. Se interrogan con la mirada, pero hablan de cosas sin substancia. Hrodbert observa todo desde la fragua.

HRODBERT.—Hum! ocurre algo que aun quieren mantener oculto. La impaciencia corroe a los vecinos. El temor, mezclado a la esperanza, se pinta en sus caras. No hay un mozo en la aldea. Hum! estos montañeses son zorros. Cuando les conviene, hasta las mujeres se vuelven mudas. Helmwige, busca a tus amigas, interrógalas.

HELMWIGE.—No soy espía. Mis preguntas tampoco cambiarán el curso de las cosas.

HRODBERT.—El mejor espia es el mejor patriota. Saber es vencer. Me temo que esa idea descabellada tuya del asalto a Lapurdun la haya acometido Sanchol Garzeytz.

HELMWIGE.—Peor para ellos. En la pelea de Normandos y Baskones la victoria no puede estar en balanzas. Acuérdate de García Iñiguez.

HRODBERT.—También me acuerdo de Belate.

(Ruido de caballos. Tres montañeses entran a todo correr: llevan ramas de árboles en las manos, y las menean).

HELMWIGE *(gozosa, sin fijarse en pormenores).*—Ahí llegan los primeros fugitivos.

HRODBERT.—No son fugitivos, sino mensajeros de algún próspero suceso. Montan caballos normandos.

(Los vecinos se arremolinan en torno de los mensajeros. Hrodbert se mete en el grupo, y escucha).

UN MENSAJERO.—Compatriotas queridos! somos dueños de Lapurdi. La marcha se llevó al cabo sin que

nadie la advirtiese. La noche nos cubria con el más negro de sus mantos. Llegamos cuando la astucia de Sanchol Garzeytz estaba produciendo todo su efecto. Sabéis cuál fué el ardid? Pues, pasar cerca de donde los piratas vigilan, como quien yerra la ruta, un convoy de gabarras repletas de preciosos vinos bordeleses. Los piratas se apoderaron de las barricas y se las bebieron. Ni los cuerpos de guardia ni los centinelas estaban borrachos, mas no pudieron resistir nuestra impensada acometida. A los demás los degollamos como a bueyes en el matadero, o los capturamos como el gato a los ratones. Cuando nosotros tres salimos de allí, por dar la noticia a los valles, ardían, formando inmensa pira en medio de la plaza de armas, los tablones de los bajeles negros y los lienzos de las velas rojas. Los aldeanos de los contornos entran a borbotones, buscando botín. Los antiguos vecinos fugitivos retornan a sus casas, después de tantos años de destierro. Lapurdi ha vuelto a ser Ibay-ona.

(Alborozo general: vítores, palmoteos, cánticos).

UN ANCIANO *(encarándose con Hrodbert).*—Mala hora para los tuyos, herrero! Ocúltate cuando se publique el nombre de los muertos. Acaso algún pariente pretenda vengar en la tuya la sangre vertida.

HRODBERT (*procurando encubrir su emoción).*—Vosotros sois los «míos», no ellos. Les vaticiné que el Dios de los cristianos castigaría su infidelidad. *(Vase).*

CORO DE MOZAS *(con panderos).*—Repite su nombre, Fama, y hazle volar sobre la tierra baskónica. Su nombre es Sanchol Garzeytz el fuerte, Sanchol Garzeytz el bueno, y desde ahora será el capitán de Iruña, el escudo de Nabarra.

HRODBERT *(entrando en la herrería)* —Escucha, Helmwige, la estrofa que compusiste. *(Se acerca a la fragua y toma un enorme mazo que levanta en alto, sin descargar aun el golpe).* Vete ahora a referir a tu Padre Odín el adúltero, cómo el héroe cristiano escapó a las asechanzas de la bastardeada Walkiria. *(Descarga el mazo sobre la cabeza de Helmwige, y contempla el ensangrentado cadáver, riéndose ferozmente).* Los gigantes vencen a los Dioses! *(Arrastra el cadáver y le oculta debajo de sacos de carbón. Cubre el charco de sangre con paladas de cisco)* ¡Venganza! acude a mi evocación y pronuncia tus más crueles sentencias! *(Pausa larga; cruza los brazos sobre el pecho y apoya la barba en la mano derecha. Sale a la puerta de la herrería y escruta el cielo).* Nubes de huracán al sur; detrás de las hijas vendrá el padre. ¡Suspende tus resoplidos hasta que el fuego te llame!

(Obscurece. Gran concurso en la plaza. Paseo de tamboril. Las mozas le siguen al son de los panderos. Chicos, mujeres y viejos acarrean leña y la amontonan).

HRODBERT *(sale de la herrería y discurre de grupo en grupo, afectando en el tono de la voz ingenuidad suma).* —Excelente idea. Hogueras como en San Juan; eso, eso. No merece menos la victoria de nuestros muchachos y de su *buruzagi*.

UN ANCIANO.—Maese Troberto, no le duele?

HRODBERT.—A la verdad, en el fondo del corazón, siento un poquitín de lástima. Durante muchos años fueron mis compatriotas; ahora lo sois vosotros. El paganismo que aun profesan no se compone con mi fe verdadera. ¡Castigo de Dios! Regocijémonos francamente; mal padrastro se le ha quitado a esta tierra. Una hoguera es poca

muestra de júbilo: encendamos, por lo menos, diez o doce, una por cada casa, si es posible llegar a tanto. Esas pilas de madera delante de mi portal, os las regalo. Son de leña excelente.

VOCES.—Gracias, maese!—Tu corazón late al unísono del nuestro.—Aunque adoptivo, eres baskón perfecto. —Quien se alegra de lo que me alegra es verdaderamente mi amigo.

(La gente, capiteneada por Hrodbert, levanta pilas de madera delante de las casas).

HRODBERT.—Cada casa su correspondiente hoguera; no es eso? Muy bien. Me permitiréis que os agasaje con cierta bebida usada en la que fué mi tierra. *(Riéndose fingidamente)*. Es la única afición antigua que conservo. La probó nuestro Sanchol Garzeytz y aún se está relamiendo los labios. Os la serviré yo mismo, ahí, en medio de la plaza, o mejor dicho, os pondré medio tonel, y beban todos sin la cortapisa del gasto. Mas no os imaginéis que ese licor tiene el aguante de la *sagardoa*. A las pocas cosquillas que le hacen se agarra a la cabeza y cocea. *(Saca de la herreria un tonel pequeño y vasos de cuerno)*. ¡Bebed a mi nombre, alabando mi doble fe de baskón y de cristiano.

UNA MOZA.—Porqué no viene Elbiga a bailar con nosotras?

HRODBERT.—Está componiendo unos hermosos versos en loor de la toma de Lapurdun. Apenas los termine —y no pasará una hora—vendrá a cantarlos.

(Palmoteo. Alegria. Comienzan a arder las hogueras. Bailes en torno de ellas).

UN HOMBRE *(junto al tonel)*.—Puach! este licor del Norte es una porquería: semidulce, semiagrio. *(Derrama al suelo el contenido de su vaso)*.

OTRO.—Esa es su gracia; pica y rasca a la vez.

OTRO.—Y no cuesta dinero. *(Gran bullicio. Unos beben; otros piden* sagardoa).

(Hrodbert, dentro de la herrería, levanta una enorme pila de carbón y madera, casi hasta el techo. Encima coloca el cadáver de Helmwige. Luego, entra en la cuadra, ensilla el caballo, le saca por la puerta trasera y le ata a la reja. Vuelve a la herrería, toma el mazo y se sitúa junto al yunque).

HRODBERT.—Thor divino! presta a mi brazo la fuerza con que conmueves los cimientos de las montañas. *(Levanta el martillo y le blande largo rato)*. Venganza! enlaza en tus anillos de fuego a los enemigos de los hombres rojos y blancos. *(Descarga un tremendo martillazo que parte en dos el yunque. Salta una centella que inflama la pira. Retumba un trueno. Las hogueras de la plaza chisporrotean y caen las chispas sobre los tejados. Se desencadena el huracán. Las llamas de la herrería se propagan a las casas vecinas. En pocos momentos arde la aldea entera. Los habitantes, enloquecidos de terror y sorpresa, apenas intentan sofocar el incendio. Alaridos y llanto. Hrodbert monta a caballo)*. Ahora, a encender otras llamaradas mayores en el corazón de los normandos de Tolosa. Y con ellos, a destruir el nido del Reino pirenaico, a calcinar los ingentes sillares de Leyre! Te borraremos del mundo, como borramos al monasterio de San Zacarías! *(Riéndose)*. No en vano aprendí los caminos de las montañas, las veredas que conducen a las madrigueras de los zorros!

(Sube a escape la cuesta de Urepel. Se detiene, por contemplar la inmensa hoguera. Abrese la puerta del etxaŕi, *y salen el* jaun *Garcia y sus criados, con ánimo de prestar auxilio. Al ver a Hrodbert, el* jaun *Garcia hace seña a sus acompañantes de que se detengan y guarden silencio).*

HRODBERT *(riéndose sarcásticamente y dando voces por la exaltación de su ferocidad satisfecha).* Vencedores de Lapurdun, regresad a vuestras casas! En ellas os esperan blandas y calientes camas de Ceniza.

(Carcajada estrepitosa. Al volver el caballo para proseguir su ruta, se encuentra frente a Garcia de Urepel, que le amenaza con la azkona *en la mano).*

GARCIA DE UREPEL.—Malvado! hipócrita! traidor! siempre sospeché de ti. Llamas que no se apagan te recibirán ahora. *(Le lanza la* azkona).

HRODBERT *(cae del caballo mortalmente herido).*—Ah, baskón pérfido! Malditos tú y tu Dios! *(Garcia de Urepel y sus criados marchan hacia Otxarte).*

ESCENA VII

La peña del Aguila

Mucha nieve. Ultimos fulgores del crepúsculo vespertino. Algunos puntos, aun claros, del Poniente se apagan, como ojos que se van cerrando. Verdandi, en el suelo, apoya la cabeza en una piedra, junto a la resquebradura del monte. Su mano derecha, inerte, dejó escapar las tijeras de oro. Al otro lado de la sima, agazapado dentro de la cueva, el lobo Fenriss: sus ojos fosforescean.

VERDANDI.—La ola negra de la noche glacial sumerge las cumbres. El frío impera en el firmamento, en la tierra, en los mares. Congélase la sangre que fué roja. Las resplandecientes puertas áureas del Walhalla se ennegre-

cen. Las esmeraldas, los zafiros, las turquesas, las calcedonias, los ópalos, corona de las marmóreas almenas, caen sobre la nieve del suelo, trocadas en carbones. La noche y el frío matan a los Dioses uno por uno. El vendaval helado de Imer barre sus cadáveres, como hojas secas. No es un día semejante a sus predecesores el que anochece hoy: es un Mundo, el Mundo de los Héroes que escribían las leyes, con las puntas de las lanzas, sobre el cuero de los escudos. Desvanécese en el universal crepúsculo el ejército de los siempre audaces adoradores de la Fuerza. El Destino cierra el libro antiguo con un broche de hielo en forma de cruz.

(Muere. El lobo Fenriss se levanta, y apoyándose sobre las patas traseras, extiende las delanteras. Sacude la escarcha de sus pelos, aguza las caídas orejas y da un aullido que el eco repite desmesuradamente).

TERCERA PARTE

ESCENA I

El «Etxarí» de Abarzuza

Cámara pequeña, de ruda arquitectura románica, parcamente amueblada. García Jiménez se pasea dando muestras de suma agitación. Viste túnica corta de paño rojo obscuro, calzas de piel de cabritillo negro, sandalias sujetas con correas a las pantorrillas, capa de piel de zorro hasta la corva, cintura de cuero dorado, tahalí y *ezpata* baskónica. Lleva suelta y larga hasta los hombros la melena canosa, y a guisa de corona, un sencillo cerco de oro. Sancho Jiménez, sentado, le mira, esperando a que le hable. Viste traje de milite más rico que el común.

GARCIA JIMENEZ.—La resolución del Rey es inquebrantable. Dentro de ocho días profesará y designará el

Príncipe —un Aritza, sin duda,—que habrá de sucederle y sucederme. Los próceres, el Obispo, los abades, el pueblo, han sido convocados a Leyre: hoy suenan las bocinas en las comarcas. *(Se quita el cerco de oro de la cabeza y le contempla largo tiempo).* ¡Orbita de fuego que durante treinta años recorrió el sol de la realeza en torno de mi pensamiento, ahora, por fin, le pones en el punto inmutable de su plenitud! No permitiré que te transfieran a la estirpe de Aritza, ni que la capucha tosca de un monje obscurezca tus rayos inmortales! Rayos que secan la sangre, que consumen las culpas... La suprema autoridad es la absolución suprema. Aquí, en mi *etxañi* de Abarzuza, en la cabeza de mi ducado de Nabarra, delante de ti, Sancho Jiménez, mi hermano, repudio la ley vieja de la sucesión alternativa. La corona será hereditaria en nuestra casa Jimena. Después de mis días reinará mi hijo único Jimeno, y si éste falleciere sin prole, tú o la tuya.

SANCHO JIMENEZ.—¡Cómo se frustran los designios humanos! Cuentan que los fundadores de este Reino, conociendo la propensión de los baskones a las banderías, por evitar que los descendientes de los dos príncipes, hermanos de sangre y méritos, libertadores de la tierra, se disputasen algún día la corona, establecieron el turno de ceñírsela. Alabóse de sabio el ordenamiento. Ochenta años de paz interior le debemos. Meditalo, García, antes de embarcarnos en ese peligroso mar.

GARCIA JIMENEZ.—Y mi crimen?

SANCHO JIMENEZ.—Fué contra tu propia sangre!

GARCIA JIMENEZ.—Sustituía a unos Jimenos con otros; daba la preferencia a mi línea... Piensas que le cometí de balde? Corrí el riesgo de las penas eternas y de las

temporales. Sirva de provecho duradero. Las bocas yertas de Sancho Garcés y de su nodriza Otxandeta se abren y me gritan: «¡atrévete!».

SANCHO JIMENEZ.—El fuero del turno goza del favor popular. No será cosa fácil desarraigarle. Cuáles son tus medios?

GARCIA JIMENEZ *(desenvainando a medias la* ezpata).—Este, principalmente.

SANCHO JIMENEZ.—La violencia sin el favor popular es una espada sin puño.

GARCIA JIMENEZ.—Le ganaré. Cuento con poderosos hombres de iglesia. El abad de Iratxe propondrá el establecimiento de la monarquía hereditaria en favor de la estirpe Jimena.

SANCHO JIMENEZ.—Emulaciones de monjes! Envidias de claustros! Iratxe anhela asentar su cátedra junto a la del venerabilísimo San Salvador, y encima si pudiere.

GARCIA JIMENEZ.—Las breñas de Monte Ijura son menos bravas que las de la sierra legerense? También Andia y Urbasa son los castillos naturales de nuestra independencia, al igual de Astobizkar, Abodi y Belate. Ennoblézcase cada tierra con su cenobio insigne: Nabarra con Iratxe; Iruña y sus montañas con Leyre. Al cántico del Abad de Iratxe responde el de Iranzu. Las gentes de armas de las fortalezas, los *jaunas* de los valles, están debajo de mi mano y a mi devoción, desde los confines de Araba hasta los picos de Val de Goñi. En las balanzas del Pirineo, el Duque de los Nabarros pesa mucho.

SANCHO JIMENEZ.—Si, pero hay pesas de calidad diferente: de oro, de cobre.

GARCIA JIMENEZ.—Hagan bajar el platillo y nadie recusará su metal.

SANCHO JIMENEZ.—Mas algunos podrán decir que, bajando, tocó el platillo en fangosa tierra ensangrentada.

GARCIA JIMENEZ.—Ah! las manchas de sangre y la lepra del cuerpo no se purifican nunca. Los crímenes se siguen unos a otros como los perros lascivos... De los dos que cometi, el más atroz fué el más honrado! Yo amaba a mi madre sobre todas las cosas del mundo, como habia amado a mi padre, como amo a mi único hijo Jimeno, a quien aparejé el camino del trono derramando la sangre inocente de Sancho Garcés. ¡Yo soy el Bautista rojo del Mesías real! Pero mi madre, ah, mi madre!... le hice gracia de sus segundas nupcias, domando mi enojo... Le enconmendé la crianza de mi hijo, huérfano, pensando que le cuidaria solicitamente, como a flor preciosa, mientras yo me consumia en las guerras sin ventura del rey García Iñiguez. La nueva prole suya trocó en madrastra a la que fué hasta entonces amorosísima abuela. Hambre y desnudez afligieron a mi Jimeno en el siniestro castillo de Lako. Recibia peor trato que el más despreciable siervo. Cierto dia, el despecho por mercedes no logradas desclavó las bocas de dos antiguos servidores de nuestra madre. ¡Bocas de infierno fueron las suyas! Ojalá se las hubiese tapiado la muerte, o a mí los oidos! Descubriéronme las penalidades de mi hijo y el secreto nefando del adulterio de mi madre con el que fué su segundo marido. Ni tú ni yo, acaso, somos hijos de aquél que de nosotros recibió siempre el nombre dulcisimo de padre. Pagué con bolsa de oro, arrojada al rostro de los delatores, el precio de mi infelicidad terrena, y aún de la eterna. Monté a caballo,

traspuse los puertos, y en un breve punto fuí trasunto de la justicia divina y profanador de la naturaleza humana. La animadversión de la tierra me constriñó a publicar la afrenta de nuestra familia. Retóme el aragonés, y le vencí, aunque no logré matarle en el juicio de batalla. Ya ves, hermano, que también Dios ha solido favorecerme paladinamente. Entonces eras tú muy joven... Conviene que estos sucesos los aprendas de mi boca, porque no los sabes, o los sabes mal. *(García Jiménez inclina la cabeza sobre el pecho, agobiado por la acerbidad de sus recuerdos. Pausa larga).*

SANCHO JIMENEZ.—En la ocasión del reto de Galindo Aznárez sustentabas la verdad y te mostrabas punidor, aunque descomedido, de una imperdonable mancilla. Mas si hubieses de reñir batalla por la muerte de Sancho Garcés, Dios te entregaría al castigo de la lanza retadora. Hermano, cómo fuiste capaz de hacer presa en la vida del inocente niño? de verter tu propia sangre Jimena, recién brotada de la fuente que le da el nombre?

GARCIA JIMENEZ.—Al monje de Iratxe que me enseñó gramática le oí referir que en Grecia corrían unas aguas cuya era la virtud de infundir invulnerabilidad a los cuerpos mojados en ellas. Así, quien manche sus manos con la sangre de su madre, se vuelve inaccesible a la misericordia.

SANCHO JIMENEZ.—Sobresee en tus propósitos. No dejes el camino trillado por la senda fragosa. Observa los fueros viejos. Yo te lo ruego, hermano, en nombre del bien común del Reino!

GARCIA JIMENEZ.—El bien común demanda otras providencias. El orden de vincular la sucesión de la corona

en dos familias se ha hecho ya caduco y contradice el fin de su instituto. Observa cómo la ambición de reinar se infunde en cada uno de los miembros de los linajes regios. Las ramas se olvidan del tronco y procuran aumentar la robustez propia. Por eso nos casamos entre nosotros, sin tener en cuenta el parentesco ni la edad, atentos solamente a espesar la riqueza y el poder en provecho de la rama, o aun de la hoja particular. Los nuestros son linajes de incestuosos. Hasta los nombres de pila nos los disputamos, por si poseyesen la virtud oculta de transferir la realeza. Todos somos Garcías, Iñigos, Sanchos y Jimenos. Fortuño, nombre de monje, no procreará descendientes... Los dos linajes llevamos traza de formar dos tribus que se combatirán reciamente, destrozando al Reino. Mas el dedo de la Providencia traza el remedio. Observa cómo la monarquía propende a vincularse en una sola de las dos familias. De los cuatro monarcas que han reinado, tres fueron de la casa Aritza: Iñigo, García Iñiguez y Fortuño Garcés. Uno, de la casa Jimena: nuestro abuelo García Jiménez. Antes de que ellos ganen la monarquía, personalmente hereditaria, yo la he de ganar para nosotros, a buenas o a malas. El árbol que yo regué con la sangre de Sancho Garcés, extenderá sus ramas tupidas sobre el Pirineo, y cuantas veces sea preciso, otras tantas brotará flores rojas. Me ayudarás, hermano?

SANCHO JIMENEZ.—Procuré disuadirte: mi conciencia está serena. *(Con resignación triste)*. Soy tu hermano menor y tu vasallo. *(Garcia Jiménez abre la puerta de la cámara)*.

GARCIA JIMENEZ *(gritando)*.—Jimeno, Jimeno! *(Entra Jimeno Garcés, mozo de diez y ocho años, de talle y cara*

muy gentiles). Mírale, Sancho! Verdad que no me ciega el cariño de padre? Digo que no hay en Nabarra quien le aventaje en prendas del alma y del cuerpo. *(Con tristeza).* Es lo que yo pude ser. *(Mira a su hijo largo tiempo).* Jimeno Garcés, tú serás rey!

JIMENO GARCES.—Y para qué, padre mio? El reino que colma mis deseos es el que encuentro en tus brazos. *(Se echa en los de García Jiménez).*

ESCENA II

El locutorio de Sta. Magdalena de Menditxu

García de Urepel aguarda, sentado en un banco corrido de madera a lo largo de la pared. En medio del aposento hay un sillón de brazos, de estilo románico.

GARCIA DE UREPEL.—Los tiempos se aproximan. Soplan vientos de mudanza. Esta llamada, la prevención de que me acompañe el mozo, la venida del mensajero de Leyre, con tanta prisa que reventó el caballo... ¡Dios santo, no cierre yo los ojos sin ver la reparición de la injusticia!

(Se abre la puerta y entra la abadesa; Garcia se postra y le besa la mano reverentemente).

LA ABADESA.—Mi leal Garcia: álzate. No son necesarias esas ceremonias: mejor las expresa tu vida, que mis labios no se cansarán de ponderar. Y Sancho?

GARCIA DE UREPEL.—Fuera aguarda. Le llamo?

LA ABADESA.—Todavia no! Aun titubeo. Contrapuestas decisiones me solicitan. Siéntate aqui: hablemos. *(La abadesa se sienta en el sillón;* jaun *Garcia a sus pies, sobre un cojin).* El mensajero de Leyre me ha traido una

carta del obispo Basilio. Mañana, el rey Fortuño abdica la corona, y los monjes de San Salvador le reciben en su hermandad. Se niega a proponer sucesor que durante los días de García Jiménez le asista en el gobierno, a título de rey honorario. Los Aritzas, singularmente, y entre éstos Aznar Sánchez de Lafaun, que pretende excluir a sus primos cuñados, llevan muy a mal la inhibición del Rey; pero éste se obstina, escudándose con la humildad cristiana, cuyo imperio sobre su alma no quiere suspender en el momento mismo de entrar en el claustro. Mala razón, y peligrosa para el sosiego público.

GARCIA DE UREPEL.—Allana nuestros caminos.

LA ABADESA.—Yo entiendo que el pobre Rey, siempre apocado, alma que perdió el temple heroico de los Aritzas durante el luengo cautiverio de Córdoba, no sabe decidirse por ninguno de sus hijos. La verdad; criados en la corte del Khalifa, son medio sarracenos! Vuelvo a los avisos del Obispo. Sabe, por secreta confidencia, que el Abad de Iratxe, concertado con García Jiménez, propondrá la derogación del fuero de la sucesión real. Los ambiciosos, mirando al provecho que de la derogación podría sobrevenirles, alabarán el pedimento. Establecido un nuevo fuero hereditario, contenderán los dos o tres pretendientes: García Jiménez, el yerno del Rey, Aznar Sánchez de Lafaun, por su hijo Sancho, y el primogénito del Rey, Iñigo Fortúñez. A García Jiménez le seguirán los nabarros; a Aznar Sánchez, muchos de las Montañas y los aragoneses; a Iñigo Fortúñez, otros de las Montañas, y le favorerán los sarracenos de las Riberas, los benikasis y muladíes de Sarkosta. Los dos linajes regios se embestirán por fin reciamente. La entre nosotros desconocida planta de la

guerra civil derramará su ponzoña; pero el linaje de Aritza, dividido contra sí mismo, será asolado. Así piensa el Obispo, y yo también. ¡Ay! García Jiménez es príncipe insigne, capitán ardit y gobernante sabidor: porqué mora Satanás en su alma? Dice el Obispo: «Si la corona entra en la casa de García Jiménez, jamás saldrá de ella: piénsalo, Señora!» Lealísimo García, qué hacer? No percibo un rayo de luz.

GARCIA DE UREPEL.—Perdone Tu Serenidad la osadía rústica de quien mil vidas perdería por ti y por los tuyos. Yo veo el sol claro.

LA ABADESA.—Habla. *(Sonriéndose)*. La obscuridad de las celdas apocó mi vista: tú vives al aire libre.

GARCIA DE UREPEL.—Dije que el rey Fortuño allanaba los caminos; pues si antes de meterse monje nos nombra rey honorífico a cualquiera de sus hijos, le comían el pan del zurrón a Sanchol Garzeitz... Perdone; ¡pícara costumbre! a Sancho Garcés. Cuando menos, habíamos de esperar a la muerte de García Jiménez, y no lleva trazas de morirse el maldito! Se disputarán tres pretendientes la corona. Me alegro! ¡Ojalá fuesen trescientos! Los hombres de la tierra no son mentecatos: verán que está en ciernes la guerra civil: ésta no es viña ni trigal para dejarla que madure. Cuando sepan cómo García Jiménez quiso matar al inocente infante, y cómo *(enterneciéndose)* por a él matarle, mató a mi hijo y a su madre... ¡desdichados de ellos! *(reprimiendo sollozos)*, llorarán los baskones, que, aunque se les parecen, no son piedras... Baskón lloroso, hierro derretido: recibe cualquier forma. Pienso que alguna admiración sentirán por mí. Me tomarán un poquillo de envidia, desearán imitarme... Los tres pretendientes significan la guerra fratricida; Sancho Garcés, la concordia. En su de-

rredor bailan tres hermosas muchachas: la paz, la alegría y la abundancia. *(Se pone de pie).* Está o no el sol claro?

LA ABADESA *(súbitamente decidida).*—Llámale! *(De nuevo indecisa).* Sacarle del seguro y meterle en los trances de esas desbocadas ambiciones, me da espanto.

(García de Urepel abre la puerta exterior y llama a Sancho Garcés. La abadesa, por ocultar su turbación, se echa el velo sobre el rostro. García de Urepel se arrodilla delante de Sancho y le besa la mano).

SANCHO GARCES.—Padre, besarme tú la mano? padre, tú a mis pies? Qué sucede? Algún fantasma trastorna tu imaginación, o al revés, soy yo quien delira?

GARCIA DE UREPEL *(levantándose).*—Sanchol, tú no eres mi hijo...

SANCHO GARCES.—Día horrendo, que me hace huérfano del mejor de los padres.

GARCIA DE UREPEL.—Eres hijo del gran rey García Jiménez. Tú eres mi rey: por eso te besé la mano.

SANCHO GARCES *(cubriéndose el rostro con la mano).*—Yo hijo de rey? tú un extraño para mí? También las voces de la sangre mienten, pues las mías me afirmaban tu paternidad. A quién creeré en el mundo? Es como si la luz mintiera. No, no; tú eres mi padre: no te quiero perder...

GARCIA DE UREPEL.—Pierdes padre postizo, pero ganas madre verdadera. Mirala! *(Señalando a la abadesa, que se levanta el velo y descubre su rostro inundado de lágrimas).* Es tu madre; la reina Dadilde; la egregia viuda de García I Jiménez.

(Sancho Garcés, en medio de la estancia, duda de lo que ve y oye. No sabe si sueña o está despierto, y permanece con los pies clavados en el suelo. Dadilde, que le aguarda

con ansia de abrazarle, se desconsuela, y perdidas las fuerzas, se sienta sobre el sillón, sollozando amargamente).

SANCHO GARCES.—Ah! sólo las madres lloran así. *(Se acerca a la Reina y se pone de rodillas).*

LA REINA DADILDE *(echando los brazos a Sancho Garcés).*—Hijo mio! un beso, otro, otro... tantos como estrellas en el cielo... Quiero mirarte de cerca; inclina hacia atrás la cabeza... Eres el vivo retrato de tu padre... negros los ojos, pero los cabellos rubios: ese color te lo he dado yo... No comprendes cómo, amándote tanto cuanto publican mis demostraciones, te abandoné... No des crédito a las apariencias. Durante diez y ocho años he seguido, desde estas apartadas celdas, tus pasos en la vida. ¡Diez y ocho años, rezando a Dios y pensando en ti, súbdita de austera regla, monja y madre a la vez! Te he visto sin verte, he oido tus palabras sin hablarte. Así como los ángeles traen las noticias de Dios a los mortales, Garcia de Urepel, el mejor de los hombres, me subia las tuyas todos los domingos. Diez y ocho años sujeta por los lazos de la prudencia, por las cadenas del terror, a la fria roca oscilante del sobresalto, sabedora de que un ademán o palabra de madre te costaría la vida. Suplicio más atroz, por más largo, del que experimenta el marinero que se muere de sed en medio del mar. Escucha, Sancho, la parte de historia tuya que no conoces, brevemente referida. Tenemos el tiempo tasado: los pormenores, después, en el camino. Siéntate sobre este almohadón. Hijo de rey, te eligieron para reinar los hombres cuando aun eras inerme niño, en la cuna: valía esto tanto como echar el cordero a los lobos. Te criabas en el palacio de Iruña, junto al rey García II Iñiguez, a los pechos de tu nodriza Otxandeta, esposa de García de Urepel, se-

gunda, y aun no sé si decir primera madre tuya. Temí que Garcia Jiménez, el Duque de los Nabarros, por ambición de reinar, te matase: ¡habia dado muerte a su propia madre! La ambición escupe de la boca la leche de la humanidad, y se refresca los labios con el veneno de los áspides... Otxandeta te sacó de tu cuna, y en el mismo hueco, tibio, que habia ahondado tu cuerpo, acostó a su hijo Sanchol Garzeitz...

GARCIA DE UREPEL *(impulsado por la conmoción que recibe).*—Yo no lo hubiera consentido!

LA REINA DADILDE.—Porqué empañas a deshoras el lustre de tu lealtad? No te creo: te conozco bien, García. Yo debi rehusar el sacrificio, pero... soy madre *(con orgullo)* y reina. La adoración de los súbditos a sus reyes la recompensa Dios. Dije sacrificio, y lo fué. Una noche execrable, el alma herodesiana de Garcia Jiménez mató al niño expiatorio de su realeza postiza. Otxandeta le defendió como a hijo...

GARCIA DE UREPEL.—Como te hubiese defendido a ti Sancho.

LA REINA DADILDE.—Hasta perder la vida. *(Sancho Garcés da un grito de enfurecimiento y pena).* Tú, puesto a mucho recaudo dias antes, viviste sin conocer asechanzas, entre las peñas y bosques de la Ametzkoa, mamando el pecho de Belazkita, hermana de Otxandeta.

SANCHO GARCES *(se levanta conmovido y se acerca a Garcia).*—Permiteme, madre y señora, que siempre le llame padre.

GARCIA DE UREPEL.—No se caiga ese titulo de tus labios: le compré con la sangre de mi hijo. *(Sancho y García se abrazan tiernamente).*

SANCHO GARCES.—No castigaron a García Jiménez?

LA REINA DADILDE.—Quedó impune porque se ocultó el delito. El rey García Iñiguez temió al escándalo que su divulgación causaría. Los peligros exteriores eran graves. Yo, por lo que a mí hace, abrigaba recelos de que, ahondando el caso, fuese descubierto el artificio: tu seguridad estribaba en la opinión común de tu muerte. Yo fingí desavenirme con el Rey, y me retiré a mi condado de Pallares, de donde más tarde, secretamente, vine aquí cuando te trajeron, ya criado, de la Ametzkoa. El secreto de varios nunca mantuvo su arcanidad. Así, sobre la supuesta muerte del Infante corrieron voces, rumores, sospechas; pero al modo popular, entre patrañas y absurdidades que los sucesos adversos ocurridos en el Reino borraron pronto. A desvanecerlos concurrió el acertado gobierno de García Jiménez, restaurador de la paz interior y exterior *(pausa)*. Hijo mío, tu derecho a reinar ha estado suspenso durante veinte años. La renuncia de Fortuño I parece cosa ordenada por la adorable Providencia. Discordias, de gravísimo riesgo aparejadas, amagan al Reino que tu nombre pudiera sosegar. Tu derecho es claro y le califica tu hazañosa reconquista de Lapurdi. Debajo del accidente de persona distinta, el Reino te conoce ya y te aclama. Pero se conciarán contra ti odios terribles. La inocente rusticidad de las aldeas no ha podido descubrirte la faz horripilante de la ambición. Yo la he visto muchas veces cara a cara. Junto a ella, los más feroces lobos son inocentes corderillos. Me hallo perpleja entre empujarte o retenerte. Mi vacilación dimana, cabalmente, de que yo he probado esa fruta depravadora de la realeza. Si fuese una madre de estofa común, te diría: Sanchol mío, quedémonos en la aldea!

SANCHO GARCES.—Asimismo conozco yo, madre mia, esas fluctuaciones. No en vano mis venas recibieron sangre caldeada al calor impuro de la corona. Desde el terruño de la campesina faena levanté más de una vez la cabeza hacia el sol de la gloria. Dentro de mi convivían dos hombres: pacífico y humilde el uno, altivo y guerrero el otro. Llamaba virtuoso a aquél y pecador a éste. Puro efecto de la condición social; ahora pudieran trocarse los epítetos.

LA REINA DADILDE.—Los peligros son enormes.

SANCHO GARCES.—Enormes? desvanecióse la perplejidad. Adiós, tranquilas montañas de mi niñez, cuna, vergel y sepulcro del baskón incontaminado, adiós! A Leyre, madre mia.

GARCIA DE UREPEL.—¡Viva el Rey! Esas fueron palabras de hombre: lo demás, Dios lo hará. Y para escardarle el sembrado, baja a la plaza a publicar tu derecho. Todos dejarán gustosos su labor de reconstruir las casas que incendió aquel malvado, y te darán escolta. No hemos de presentarnos en cueros. A éste se juntarán otros valles.

LA REINA DADILDE.—No cometas imprudencias. Yo, Sancho y tú, García, convoyados por media docena de ballesteros, en cuanto ensillen mi mulo y los caballos. Los demás, sigannos dos horas después: así se lo manda la señora abadesa. No nos falten lanzas y espadas si fuere preciso.

(Sale García de Urepel a disponer el viaje y la expedición).

ESCENA III

El monasterio de Leyre

La iglesia, de estilo carlovingio muy rudo y basto. Capiteles enormes, de tradición artística latina, sobre delgadas columnas hincadas, sin basa, en el pavimento. En el altar, tosca escultura del Salvador. Delante del altar, de espaldas al mismo, el trono donde se sienta el rey Fortuño, muy grueso y anciano. Detrás del Rey, de pie, los Grandes de palacio. A la derecha del Rey, el obispo de Iruña Basilio, sentado en su cátedra. Junto al Obispo, hilera lateral de sillería, ocupada por el abad de Leyre Sancho Centuliz, y los abades de Cillas, de Igal, de Burdaspal, de Iratxe, de Iranzu y de Urdax. A continuación, los monjes de Leyre; delante del último de la fila, que es el monje Egidio, recado de escribir sobre una mesita baja. Detrás de los abades, en la segunda carrera de sillas, las abadesas de cinco o seis conventos y las señoras de vasallos; entre aquéllas, y con el velo muy echado sobre la cara, la reina Dadilde. En la hilera lateral izquierda, varios infantes y príncipes de ambos linajes, de distintos sexos y edades: entre ellos, Jimeno Garcés, hijo de García Jiménez; Aznar Sánchez de Lafaun, yerno del Rey; Toda Aznárez, su hija; el conde de Aragón Galindo II Aznárez, padrastro de García Jiménez. De cara al altar, en una tercera hilera de sillas, los gobernadores de los castillos, los condes de las fronteras, los ancianos del Consejo, los *jaunas* de los valles. A la espalda de éstos, multitud de soldados, vasallos, labradores, que a duras penas mantienen en su raya los cazadores de Gurbindo y Leranoz. En primera fila de la multitud, Sancho Garcés, apoyado en el respaldo de la silla de García de Urepel. Por la puerta de la iglesia entra el rumor de la muchedumbre que se ha quedado fuera por falta de sitio.

EL OBISPO DE IRUÑA.—Hemos rogado a Dios nos conceda su gracia, y al Espíritu Santo su luz. Escuchemos ahora, con toda reverencia, las noticias que va a comunicarnos el muy poderoso príncipe Fortuño Garcés, rey de Pamplona.

(Silencio completo en la iglesia).

EL REY *(se levanta).*—Yo, Fortuño, rey, hijo del rey García, «viendo que los bienes que parece tenemos se nos desvanecen entre las manos como el humo en el aire, y que es de brevísimo tiempo nuestra permanencia en esta peregrinación del mundo, en que, armándonos siempre diver-

sos lazos el Enemigo antiguo, ni una hora vivimos sin pecado»; afligido, además, de los años y de las dolencias que del todo abaten el vigor del cuerpo, impidiéndome levantar, según la conciencia manda, el peso de la realeza, «vengo al monasterio de Leyre a recibir la santa hermandad de sus monjes, como vi recibirla a mi padre el rey García, y a rogar al Santo Salvador me perdone, como perdonó al ladrón pendiente de la cruz. Y humildemente ruego a las santas mártires Nunilo y Alodia, cuyos cuerpos en este monasterio reposan, me sean buenas intercesoras con el Señor, por cuyo nombre no dudaron de derramar su sangre». Y a ti, en Cristo venerable hermano, Sancho Centuliz, abad de este monasterio del Santo Salvador, te ruego que, depuesta, como depongo, toda autoridad humana de que me hallo revestido, te dignes admitirme en el número de tus súbditos los monjes. Y a vosotros, Obispo y abades, príncipes de las estirpes reales, optimates y próceres del Palacio, señores de mi Consejo, gobernadores de las fortalezas, condes de las fronteras, *jaunas* de los valles y de los pueblos, milites de las mesnías, abadesas de las santas moniales, señoras de vasallos, y a ti, el pueblo de la tierra presente y ausente, sabed: que por pisar con libertad santa los abrojos de la penitencia y apartarme del pecado que en el mundo anda suelto, y con el orgullo de la dominación prepara su cebo, y sobre todo, por seguir de alguna manera el ejemplo de Aquél que siendo Dios tomó cuerpo de carne mortal, renuncio a la corona, y con ella a la dignidad y al poder reales. *(Muy conmovido)*. No os olvidaré jamás; rezaré diariamente por vosotros. *(Murmullos de diversos afectos. El rey Fortún se sienta)*.

EL OBISPO DE IRUÑA.—Parece como que las pala-

bras del Evangelio fueron escritas para Tu Serenidad. «Pero el Señor le respondió: Marta, Marta, hacendosa estás, y con los quehaceres fatigada. A la verdad, una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada». Señor, permite que después de haberte alabado con tan memorable sentencia, ponga delante de tus ojos la orfandad en que dejas al Reino. Prerrogativa de nuestros reyes fué designar persona de su sangre que *ad honorem* le sucediere. El buen pastor no deja su oficio sin entregar a otro el cayado.

EL REY FORTUN *(aparte).*—Ah, si supiese y pudiese elegir! La designación que yo hiciere, en vez de acallar, fomentaría la rivalidad de mis hijos con el supuesto agravio de mi preferencia. *(En alta voz).* Renunciando a la corona renuncié a todas sus prerrogativas. *(Imperiosamente).* Fueros tenéis; cumplidlos; y si ya más no os cumplieren, dictad nuevos ordenamientos. *(Silencio general. Pausa larga).*

EL ABAD DE LEYRE.—A ti, Fortuño, principe preclaro, el monasterio de San Salvador, corazón del Reino, por mi boca te recibe en la santa hermandad de sus monjes, y por mis manos te impone su humilde hábito.

CORO DE MONJES.—*Te Deum laudamus.*

(Repique de campanas. Mientras los monjes cantan el Te Deum, *Fortuño se arrodilla delante del Abad, que le corta la cabellera y le impone el hábito; después se sienta en el último puesto del banco de los monjes).*

EL OBISPO DE IRUÑA.—El preclaro príncipe que tomó para sí la parte de María nos ha dicho sabiamente: fueros tenéis; cumplidlos o mudadlos. Si lo primero, hemos de alzar sobre el pavés al ilustre duque de los Nabarros,

García Jiménez, señor de Abarzuza. Si lo segundo, vosotros manifestaréis vuestra voluntad.

EL ABAD DE IRATXE.—Yo opino que conviene al bien común establecer nueva forma de suceder en la corona. Oíd lo que nos enseña la historia. Cuando el año 824, Iñigo Jiménez, apodado Aritza por su fortaleza, y su hermano Garcia Jiménez, destrozaron en la garganta de Luzaide a las tropas de Ludovico Pío, y apresaron a sus condes Eblo y Aznar, retoñaron entre los vencedores las envidias y reyertas que siempre afeaban las victorias de los baskones sobre el reparto del botín... Entonces los monjes de Leyre les aconsejaron que pusiesen rey sobre ellos que por todos mirase. Plugo el consejo. Mas como en la facienda, tanto Iñigo Aritza cuanto García Jiménez iguales pericia y valor mostraron, establecieron que primero reinase Iñigo Aritza, que era el viejo, y después de sus días Garcia Jiménez, que era el joven, y así después de ellos, alternativamente, la prole de cada uno. El ordenamiento fué sabio y evitó los daños de la emulación; no así otros más ocultos. Las dos familias, aunque mezclan su sangre con los matrimonios, han llegado a ser como dos banderías ramificadas por todo el Reino. Otra cosa pide la naturaleza de las cosas. El poder real es uno, y por una persona que se perpetúe mediante la herencia ha de ser ejercido, si queremos cumplir los cánones de la recta razón. Ahora la corona salta de rama en rama, cual pájaro volandero. El nombramiento de rey *ad honorem* causa muchos descontentos en las estirpes regias: uno es el favorecido, varios los agraviados. La ambición es pecado común de los hombres y especial de los príncipes. No lo dudéis; día llegará—y acaso está ya rompiendo con sus luces la obscuridad del

horizonte—, en que la corona, posándose sobre una sola cabeza, se vinculará en la familia del monarca, o por guerra civil o por usurpación. Probablemente, ésta abrirá la puerta a aquélla. Evitemos los males cuando aun es tiempo. Yo propongo al Concilio que establezcáis el fuero de heredar: a todo rey que hubiere hijos de leal conyugio, dos, tres o más, o hijas, el mayor le herede el reino y la otra hermandad parta el mueble. *(Agitado revuelo. Demostraciones de aprobación y disgusto. Los principes se levantan de sus asientos y forman corrillos que departen animadamente. Los monjes recorren los bancos, restableciendo el silencio).*

EL BURUZAGI DE LA ZENDEA DE OLZA.—Las palabras del venerable abad no me han convertido. Sabe mucho de libros, pero yo entiendo mejor del arte de plantar árboles y de la labranza que no él. *(Risas).* Y digo: cuando una planta viene bien al terreno y al clima, no la mudo por otra, aunque me digan: allá, a ochenta leguas de tu casa, esta simiente nueva produce ochenta por uno. Qué sé yo de aquellos aires y de aquellas labores? Nuestros padres pusieron lo que el señor abad quiere quitar. Yo me conformo con la experiencia, que es maestra verdadera. Si los reyes se heredan el cetro unos a otros, como yo heredé mis casas y haciendas de Ororikoyen y de Ororibia, se llenarán de orgullo y nos tratarán como a jumentos. Así pensamos yo y las demás zendeas: verdad, Sanchogain, Galaŕe, Zizur e Iza?

LOS BURUZAGIS DE LAS ZENDEAS.—Si, si, verdad!

EL BURUZAGI DE OLZA.—Y aun la Cuenca entera, me atrevo a decir.

EL JAUN DE ULZAMA.—Pero no los valles.

EL JAUN DE ILZARBE.—El mio mantiene el fuero viejo.

GRITOS OPUESTOS DE LOS JAUNAS.—El mio, sí! —El mio, no!

EL OBISPO DE IRUÑA.—Porqué os encrespa un negocio que, si se miran atentamente las cosas, no os toca? Reflexionad que la designación del Rey *ad honorem* le hacen el Rey y su Consejo. Ahora fué reunido el *Buru Batzaŕe* o general Concilio, porque ocurrió un caso nuevo y granado: la abdicación del Rey. El derecho a reinar está como difundido entre los miembros de las dos estirpes reales. A todos en general y a ninguno en particular pertenece hasta el acto de la designación. Los príncipes, por boca de Aznar Sánchez de Laŕaun, esposo de la princesa real Iñiga Fortúñez, y el rey socio García Jiménez, cabezas de ambos linajes, me han declarado que estiman beneficioso el fuero de heredar. De ninguna facultad se desnuda al pueblo de la tierra; si los interesados se avienen, qué les hemos de argüir? *(Muestras de asentimiento. Después silencio largo).* Punto resuelto. Ahora nos corresponde designar el príncipe que ha de ceñir la corona y trasmitirla a sus hijos o hijas por orden de primogenitura. Asunto arduo que fácilmente puede enconar las pasiones. Nos asemejamos a los navegantes que han de atravesar un estrecho proceloso antes de navegar en aguas tranquilas. Padeciendo los vaivenes de ahora buscamos la estabilidad de mañana. Poned la mente en el bien común de Baskonia, no en el provecho particular de éste u el otro príncipe, ni en razones de parentesco, amistad, interés o vasallaje con ellos. Levantad el corazón a Dios, que dijo: «Por Mí reinan

los reyes». Pidámosle fervorosamente al Espiritu Santo sus luces.

(Todos se arrodillan. Los monjes entonan el Veni Sancte Spiritus. *Terminado el cántico, y después de sentarse, la asamblea permanece muda. Nadie se resuelve a romper el silencio, que denota desconfianza, temor y embarazo. Unos y otros se dan con el codo e incitan a hablar).*

EL ABAD DE LEYRE.—Declaren su parecer los *etxe-ko-jaunas* y los *ibaŕ-jaunas* [1]. Después hablarán por su orden los gobernadores de los castillos y los condes de las fronteras, a lo último, los optimates del Palacio y la gente de iglesia. Esta es la costumbre. *(Irónico).* ¿Las campanas de las zendeas, que tan madrugadoras sonaron, han perdido ya su badajos? *(Risas).*

EL BURUZAGI DE OLZA.—Se callan por el mismo motivo que os calláis todos: no saben a qué tocar, si a vísperas o a maitines. Pero la mía se va a ensayar con algunas campanadas. Puesto que, según me demostraron antes, al *Baizaŕe* no le atañia decidir sobre si la corona había de heredarse entre los demás muebles de la casa, siendo ese asunto que competia a los mismos príncipes, porqué hemos de meter nosotros la mano en el saco, y a tientas elegir la fruta mejor sazonada? Todos ellos son, sin duda, excelentes: pretendan, pues, los que sientan vocación de gobernarnos, y entonces elegiremos al más digno. *(Muestras generales de aprobación. Los príncipes no expresan la suya. El* buruzagi *dice en voz baja a sus compañeros):* Los interesados callan; veréis cómo les abro la boca metiéndoles este aguijón. *(En voz alta).* Si nadie pre-

---

[1] *Ibaŕ-jaun* (señor de valle).

tende, no hay cuestión: quédese de rey efectivo el asociado Garcia Jiménez. *(Viva conmoción. Unos aprueban; otros desaprueban. Marejada de los príncipes. El* buruzagi, *en voz baja):* Se abrió la boca; saldrán sapos y culebras. *(Se sienta, riéndose).*

AZNAR SANCHIZ DE LAŔAUN.—Digna de alabanza me parece la proposición del agudo *buruzagi* de Ulza, y por lo que a mí toca, la ejecuto sin demora. La corona no puede salir de la casa de Aritza, en cuyos príncipes viene, de hecho, perpetuándose por una u otra causa, superior a la voluntad. De cuatro reyes que hemos tenido, tres fueron Aritzas: Iñigo Jiménez, García II Iñiguez y Fortuño Garcés. Yo, Aznar Sánchiz de Laŕaun, hijo del príncipe Sancho, hermano menor del rey Fortuño y esposo de su hija Iñiga, pido que sea alzado rey mi hijo Sancho Aznárez. *(Aprobación; desaprobación).*

IÑIGO FORTUÑEZ.—¡Pretensión desaforada, digna del menosprecio público! Fruto podrido de la ambición! El nuevo ordenamiento previene que los hijos sucedan, y cuando no los hubiese, las hijas. Porqué a mí y a mis hermanos varones nos ha de excluir nuestra hermana? Ceñirá el Concilio la corona a las sienes de un menor? Más sinceramente procedería pidiéndola para sí Aznar Sánchiz de Laŕaun.

AZNAR SANCHIZ DE LAŔAUN.—No es esta la hora de heredar la corona, puesto que no hay monarca, sino la de alzar rey. Nadie todavía adquirió el derecho de trasmitirla a sus hijos o hijas.

IÑIGO FORTUÑEZ.—Yo pretendo a la corona que ciñó mi padre. Yo no quiero ser súbdito de un rey niño.

AZNAR SANCHIZ DE LAŔAUN.—Te propones es-

conder bajo de ella el cerco que te imprimió el turbante mahometano? Vuélvete a Córdoba, a morar entre tus queridos sarracenos. *(Agitación, ruido, voces confusas).*

EL JAUN DE ABAIGAR.—Mirad cómo los Aritzas se disputan, a modo de canes hambrientos, la corona de las montañas! Anuncio de futuros disturbios que ensangrentarán al Reino. Volvamos los ojos a cumbres más serenas. Ahí tenemos el egregio príncipe García Jiménez, descendiente de aquel García I Jiménez a quien los nabarros elegimos duque. García III Jiménez unirá indisolublemente a los hermanos de distinto nombre, hijos de la misma sangre: baskones y nabarros. Contestad a mi pregunta: cuál otro príncipe puede hacer a la corona una dádiva más preciosa? *(Asentimiento de muchos).*

EL ABAD DE IRATXE.—Seguramente, ninguno. Pensad, además, a cuánto nos obliga nuestra santa Religión. Hemos de raer de las feraces riberas el poder sarraceno. No ha mucho el preclaro príncipe Aznar Sánchiz nos recordaba el cautiverio del rey Fortuño y sus hijos en Córdoba. La casa de Aritza empañó el brillo de la cruz con inmundo hálito mahometano. Iñigo Aritza, para casar a su hija Assona, tomó por yerno el renegado Musa, señor de Borja y Terrero. El mismo nombre de Fortuño nos le han ingerido en la nómina real los Beni-Fortún, de quienes ese Musa procede...

(Los partidarios de los Aritzas cubren con sus clamores la voz del abad).

AZNAR SANCHIZ DE LAŔAUN *(furioso).*—Y los tres príncipes traidores que coadyuvaron al triunfo sarraceno de Liédena, no eran príncipes Jimenos?

EL CONDE DE ARAGON.—A ese fin caminabas reptileando, monje avieso, al entronizamiento de García Jiménez el parricida. Juro a Dios nunca obedecerle ni servirle. Rechazo a ese pretendiente.

GARCIA JIMENEZ *(con orgullo)*.—Pretendiente yo? Llevo puesta la corona. Ven, vil adúltero, a desceñirmela.

(La asamblea se pone de pie, sumamente agitada. Muchos gritan: «¡Viva García III Jiménez!»; otros, «¡Viva Sancho I!»; otros, «Viva Iñigo II!». Algunos desenvainan las espadas. El pueblo asistente clamorea. El rey Fortuño se arrodilla delante de la cruz, con los brazos extendidos. El abad y los monjes de Leyre recorren los bancos, apaciguando los ánimos exasperados. Paulatinamente se restablece la calma).

EL OBISPO DE IRUÑA. – Temed la cólera de Dios. Reverenciad su santo templo. Esta es casa de oración, de penitencia y de mansedumbre. Todo reino dividido será asolado. Discurrid con sosiego en el alma, razón en la mente y caridad en el corazón. Unid vuestras voluntades en el amor a la patria.

EL JUAN DE IBAIGORI.—Sí, venerabilísimo Padre, la sabiduría habla por tu boca. Unámonos. Cómo? Os diré llanamente mi manera de pensar; perdonadme si yerro. Hablo lo que me enseñan las canas, mis maestras. La unión no puede nacer de la división. Las estirpes reales, según hemos visto, se aborrecen, emponzoñadas por ambiciosa codicia. Apartémoslas de nuestro lado. Supongamos que han vuelto los días aquellos de mi infancia, en que nuestros progenitores alzaron el primer rey. Busquemos al hombre que no está corrompido por el ansia de reinar.

VOCES.—Quién es? dónde está? su nombre! dinos su nombre!

EL JAUN DE IBAIGOŔI.—Os le diré enseguida. Es de mi tierra. Se llama Sanchol Garzeytz. De edad, mozo; de ánimo, esforzado. Todos sabéis cómo conquistó a Ibayune con sus pocos *mendi-mutīlak*. Alcémosle por rey.

(Asentimiento de unos; disentimiento de otros; sorpresa e indecisión de los más. Los príncipes se confabulan en voz baja).

AZNAR SANCHIZ DE LAŔAUN.—Los príncipes de las dos casas, por mi boca, paladinamente declaran que si fuese alzado algún hombre que no fuere de sangre real, como ese Sanchol, o cualquier otro, le combatiremos con todo nuestro poder y el de nuestros parientes, amigos y vasallos.

GARCIA DE UREPEL.—Por Dios vivo te juro, Aznar Sánchiz de Laŕaun, que tus labios mintieron villanamente. Sancho Garcés no es hijo mio, aunque haya llevado este nombre. La estirpe suya es regia, de la casa Jimena. Su padre se llamó Garcia I Jiménez. *(Enorme sorpresa)*.

GARCIA JIMENEZ.—Está loco; maniatadle; sacadle de aquí. El Concilio no se ha reunido para escuchar necias consejas.

GARCIA DE UREPEL.—El *Batzaŕe* y tú me escucharéis. Yo soy la Verdad que asciende desde el fondo de la tierra. Sancho Garcés es el hijo póstumo de Garcia I Jiménez, y a quien lo niegue, le reto a juicio de batalla, y a ti el primero, Garcia Jiménez, cobarde asesino de niños.

(Los parciales de Garcia Jiménez clamorean airadamente. Garcia de Urepel sale al espacio vacio de bancos).

GARCIA JIMENEZ.—Echadle de aquí! Se propasa a

desafiarme! En verdad, no es pretensión desproporcionada de quien pide la corona para su hijo.

(Algunos soldados de García Jiménez se acercan por prender a García de Urepel. El jaun *de Ibaigoŕi y otros de Ultrapuertos se ponen a su lado con las espadas desnudas).*

EL OBISPO DE IRUÑA.—Refrenaos, hombres violentos. No consentiré que a ninguno de los congregantes se le impida hablar. Sin libertad no hay Concilio. García de Urepel, prosigue.

GARCIA DE UREPEL.—Digo que estoy dispuesto a probar, debajo de juramento sobre los Santos Evangelios, o por juicio de batalla, o de hierro candente, o de cualquiera otra manera de fuero y costumbre, que el llamado Sanchol Garzeytz no es mi hijo, sino Sancho Garcés, hijo póstumo del rey García I Jiménez.

GARCIA JIMENEZ *(fuera de sí, ciego de cólera).*—Miente el bellaco! A Sancho Garcés le maté yo mismo en su cuna.

(Gritos de horror. Asombro general).

LA REINA DADILDE *(levantándose de la silla que ocupa entre las abadesas).*—Te equivocas, García Jiménez: le creíste matar.

GARCIA JIMENEZ.—Qué mujer osa desmentirme, oponiéndome imaginaria equivocación?

LA REINA DADILDE.—Yo, la propia madre de Sancho Garcés. *(Se echa atrás el velo).* Me reconoces, García Jiménez, a pesar de las canas y de las arrugas que me desfiguraron el rostro durante veinte años de inquietud, por ti causada?

GARCIA JIMENEZ.—¡Dadilde de Pallares!

MUCHAS VOCES.—Si, es la Reina! No hay duda! Dios la guarde!

LA REINA DADILDE.—Temerosos de tu malvada ambición, con anuencia del rey García II Iñiguez, trocamos los niños en las cunas. En vez de matar a mi hijo, como te proponías, mataste a Sanchol Garzeytz, hijo de la nodriza Otxandeta.

GARCIA JIMENEZ *(aparte)*.—Cielos! por eso le defendió tan obstinadamente.

LA REINA DADILDE.—Y de ese lealísimo vasallo a quien denostaste de loco, García de Urepel. Mi hijo se crió primero, durante dos años, en casa de su segunda nodriza, Belazkita de Zudaire, hermana de Otxandeta; después, en el *etxaŕi* de Urepel, a la sombra de García, que buscó en Sancho el hijo que tú le asesinaste. Yo, desde mi asilo de Santa Magdalena de Menditxu, de cuyas deodevotas soy abadesa, maternalmente le velaba. García Jiménez, dos años se crió el niño en tus estados, al alcance de tu mano sanguinaria... La Providencia desgarra tu trama! Abad de Leyre, en nombre de Dios te requiero a que exhibas la carta que de tu antecesor recibiste.

EL ABAD DE LEYRE.—Es verdad; de sus manos recibí un cañuto lacrado, transmisible a mis sucesores, obligados, ellos y yo, debajo de santa obediencia, a conservarle sin detrimento y exhibirle cuando a ello fuéremos requeridos en forma. Voy a traerle del archivo. *(Vase)*.

GARCIA DE UREPEL *(volviéndose hacia el pueblo)*.—Sancho Garcés, sal de la obscuridad a ocupar tu puesto, vacante en la silleria de los príncipes.

(Sancho Garcés se adelanta; la gente le abre calle, para dejarle pasar. Prendados de su apostura, todos le aclaman).

CORO DE MENDI-MUTILAK DE ULTRAPUERTOS.—Recoge su nombre ¡oh Fama! y hazle volar sobre la tierra baskónica. Su nombre es Sancho Garcés el fuerte, Sancho Garcés el bueno: desde ahora será el *buruzagi* de Iruña, el escudo de Nabarra!

MUCHOS GRITOS.—Viva Sancho Garcés! Viva el Rey!

(Vuelve el abad de Leyre, enseña un cañuto sellado en lacre rojo. Le entrega al obispo, que rompe los sellos, saca el instrumento, le desenrolla y le lee para si atentamente. Silencio completo y curiosidad sin par).

EL OBISPO DE IRUÑA.—Es una carta narrativa del trueque de los niños: la firman y signan con sus anillos el rey García Iñiguez, la reina Dadilde (viuda del rey García Jiménez), el obispo de Iruña Gulguerindo, Odoardo (capellán del aula Regia), y Fortuño (camerario). Voy a leerla, traduciéndola en idioma rústico.

VOCES DEL PUEBLO IMPACIENTE.—Para qué? Las escrituras son cosas de sabios! Nos basta la viva voz. ¡Proclamadle, proclamadle! Queremos por rey a Sancho Garcés.

GARCIA JIMENEZ.—Os asemejáis a los judíos que pedían a Barrabás! *(Con desprecio).* ¡Pamploneses, enorgulleceos de vuestro rey que calza *abarkas!*

SANCHO GARCES.—Yo las haré famosas en el mundo.

GARCIA JIMENEZ.—Los monarcas fundadores no reciben su corona de la vil multitud, sino del hierro de las lanzas. ¡Leales nabarros! seguidme; a las Ametzkoas!

(Le siguen unos pocos. La multitud le abre calle, apartándose como de un apestado. Al pasar por delante de San-

cho Garcés, Jimeno Garcés se arrodilla y le besa la mano).

JIMENO GARCES.—Ah, señor primo! y con cuánto placer de mi alma permanecería a tu lado!

GARCIA JIMENEZ *(volviéndose, hace signos imperiosos a su hijo).*—Sígueme. Hijo ingrato, porque fueses rey no reparé en medios. *(A duras penas reprime los sollozos).*

JIMENO GARCES.—Corona de espinas ibas a ceñirme, padre mio. *(Vanse los dos).*

EL OBISPO DE IRUÑA.—El Concilio elige por Rey de Iruña y las Montañas a Sancho Garcés, hijo de García I Jiménez. Jure, y alzadle.

(El obispo toma del altar el libro de los Evangelios, y le abre delante de Sancho Garcés, que se arrodilla y pone la mano derecha sobre la página abierta).

EL OBISPO DE IRUÑA.—Sancho Garcés, hijo del rey Garcia I Jiménez, elegido rey de Pamplona: juras por estos Santos Evangelios, que manualmente tocas, guardar las costumbres de la tierra según cada cual las tiene de sus padres recibidas?

SANCHO GARCES.—Sí, juro.

EL OBISPO DE PAMPLONA.—Juras no administrar justicia, ni con otro rey o reina hacer guerra, ni paz, ni tregua, ni otro hecho granado, sin consejo de doce hombres grandes o doce de los más ancianos hombres de la tierra?

SANCHO GARCES.—Si, juro.

EL OBISPO DE IRUÑA.—Juras partir el bien de cada tierra con los hombres de la tierra, y no con extraños?

SANCHO GARCES.—Si, juro.

EL OBISPO DE IRUÑA.—Si así lo hicieres, Dios te lo premie, y si no, te castigue en este o el otro mundo.

(Sancho Garcés se levanta. Traen un pavés; Sancho se

sube encima. Le sostienen, agarrando por las anillas, el abad de Leyre y el de Iratxe, los gobernadores de Iruña, Sangossa y Lizaŕa, los jaunas *de la Beŕueza, Deyo-eŕi, Burunda, Baztan, Sarasaitzu, Eŕonkari y el Conde de Aragón. El monasterio echa a vuelo sus campanas).*

CORO DE MONJES.—*Benedictus dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suæ. Et erexit cornu salutis nobis, in domo David pueri sui).*

FRAY EGIDIO *(abre el libro de la Crónica, escribe y lee en voz alta):—In Era D.CCCCX͂ III surrexit in Pampilona Rex nomine Sanzio Garseanis... (A Sancho Garcés, sonriéndose).* Notad, señor, que las hojas quedan en blanco.

SANCHO GARCES.—Si Dios me presta ayuda, y a ti vida, en ellas escribirás con sangre de moro mis reconquistas de tierras baskónicas en las dos orillas del Ebro.

EUSKO OLERKIAK 1934-V.

ZARAUTZ'ko Olerti jaietarako

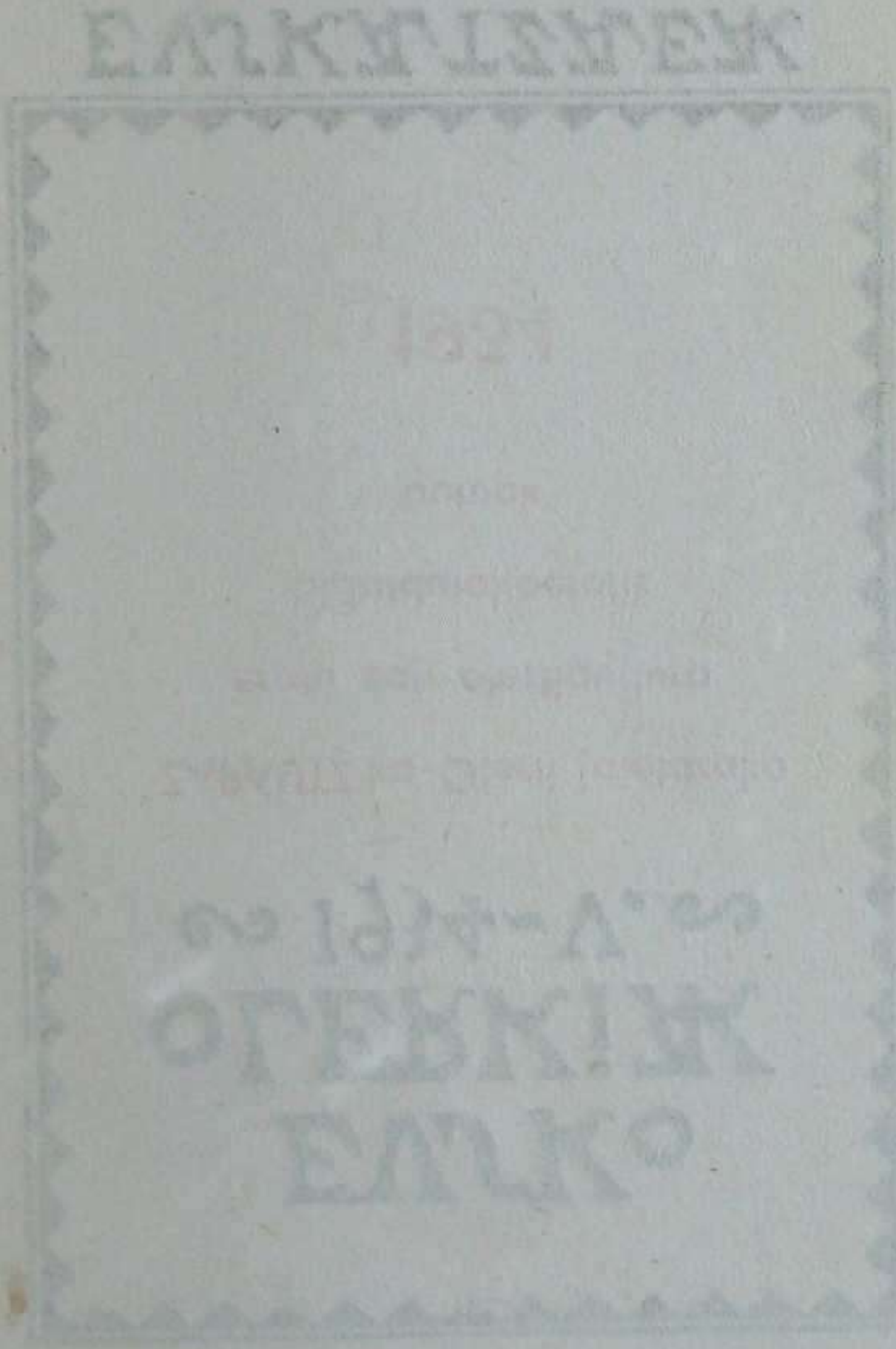
eratu zan olertigudura

bidaldutakoetatik

autuak

1934

EUSKALTZALEAK



Zaitegi'tar Yokin

Zarautz'ko V'gaŕen Eusko-Olerti Egunean saritu zan "Tori nire edontzia"ren egilea

Eusko-Olerkiak

l'go

ZATIA

Tori nire edontzia!

V Eusko-Olerti Egunean Zarautz'en 1934'go Garagarrilaren 10'an ospatutako sariketan lenengo saria irabazitako olerkia.

Tori artzai-ontzi au, olerkaria!
txatxara izan-arren, abenda-odolez
igortzi eta aren gogoaren atsez
lurindu baitizut nire oparia!

Aitonaren aitak asi zun arloa;
oianean ezpel-makila ebaki
ta pitxi bait-litzan landu dut poliki...
Azaltzera noa gure lan-asmoa.

Belarra-morozten ardia dakusgu:
bildotsen pakea begi-biotzetan

izaki, ordeka erdiko aitzetan
exeririk, aizto-utsez egin dugu.

Edontzi-inguruko azal-goi batean
artzai-bizitzunak irafi genitun:
Euzki biribiĪa etzatera, an... ufun!
Baseliz-gaiĪufa yartzen du argitan.

Ufutx-makiĪa artu eta artzai gaztea
txistu-yoka mendi gorantza dijoa.
Erpin-goiak igo ta ardi erdiloa
txistu zofotz otsez itzar da maitea.

Berealakoan, bidetxigor zear,
berago ikusten dan txabolara doaz
ardiak. Artesi baten bereziaz
batzekoak, itxi oi du ataka azkar.

Umedun ardiak etzalekurantza
doaz. Be-aldean, kaikua iztar-arten
loturik, badago artzai esne-batzen:
aren asmoa ba-doa ara-onuntza!

Irudin dagonez, batzu izuti-uzkur,
bestetzu otzanak dira batzekoan.
Otzanak, lepoker, ausnarka dagoan
antza du, geldirik eta ipurdi-makur.

Izuak artzaiek beregana ditu,
ontziratzeraiño efape: iztafetik
oraturik dakarz. Efo banetatik
esku biaz eldu ta laixter yeixten du.

Efoberoa ba'dator txifioan...
Batutako esnez kaikua gaiñezka,
bits zuri afoa dula yarioka
dager irafirik ontzi azalean.

Beste goialdean bertsolari zafa,
eskuan sagardo edontzia izaki,
itz-neurtu edefaz esanaz yafaiki.
Inguruko gaztek ezpaiñetan pafa...

Beraxego, itxaso geldi-ezin barna
afantzale beso-aunatuak ager.
Goiznabar miñean uretan lur musker
dakuste: aize da-ta jitoan txalupa.

Kutxafoan artzaiak irafitako irudiak "Tori nire edontzia"k dionez

Txopa-aldean zutik lemazain sendoa.
Ta begiak ñir-ñir luŕa ikustekoan.
Begi-zimur ta ilẽ-zuri agure izan-
—aŕen, zaiñak lertu zorian lepoa.

Irudi guziak bizi-bai-bizirik
ziruditen: oŕen ikusgaŕi zegon!
Ontzi beŕiaren usaia zerion:
egundo iñork ezpai-zun edan oraindik.

Aurten, udabeŕiz, buka dizut lana.
Inguruko pago pertxentak oŕimin,
ta nire baŕuan biotzak neskamin...
Txori bi egaka zeru garbi barna:

Ordun, zagi bizi lez biotz-azia
lauskituaz, asmo eder aratzena
ereika atera-ta, ontziaren barna
yalgi dut, iduri laŕosa goŕia.

Barnean asmoak irakin dagio:
gaiñeratu nitun oroipen goxoak,
ipui zaŕen ezti eta gogo-ikarak...
ardo zaŕen zilar-apaŕa dario.

Ikusten dezunez edontzi onetan
eusko-bizikera eden nai izan dizut:
Zure olerkien ordaiñez damatzut,
edan zazun gogoz idatzi-auŕean.

Zaitegi'tar Yokin. S. I.

Kardantxilo

Leio erdiko burni-kaiolan itxirik,
kardantxilloa abeslari:
bakaŕean ta beltzuri,
begien betegaŕi zelaiak izanik.

Eguzki itzali arte, kantari txoria,
zelaiari begiraka;
eta berak oartzaka,
alaituaz ari da etsai-yauregia.

Ingurun, Udabeŕi: zeru, argiz oztin,
eusko-oianak pozez sur-mur,
biotz barna nexkak samur,
itxaso paketsua, ortzi iduri, urdin.

Bei taldeen muŕusa, mendi-ots gozoa
eltzen zazkit belaŕira;
basatxorik poz-ikara,
saīlean zeru barna giro onez bai-doa.

I, beŕiz, kardantxīlo, kaiolan oldozkor:
zoritxaŕez ez duk lagun
oianeko azkatasun,
Espetxeruntz atsegin-sorgiñik ez dator.

Abestu eta abestuz... oŕela zimeltzen
bizi-lora edeŕena...
poz-katea duk etena;
Kardantxīlo ¡ldiaketz ire antzekoen!

Gaztaroko paŕeak ta maite liraiña
atarian utzi bear;
espetxean lagun-bakar
negar zotin gabeko atsekabe miña.

«Onela badijoa bizi-udabeŕi...
nere etxean, aŕotz antzo,
biotz-īlun igaroko
bizitza, aintzatzeaŕen euskoen abeŕi.

Gaurko īlunabaŕean nere eŕitxoan yaī
Txistu-otsen durundia
zeru barna etoŕia,
uŕundikan, bederen, entzun-iduri nai.

Gazte talde osoa bidetxigor zear
alai doa yai-soiñekoz;
eta alkaŕen iŕi zantzoz
biotzak atsegiñez gaiñezka ler bear.

Baiña, ni, bakar, zelai alderuntz begira:
maite-pozak gerorako

zin-ziñez, utzi bearko.
Artean, itzalpean, ametsez gogora!»

Euzki, mendi atzetik, izpiak bialtzen:
kardantxilo! margoz margul,
eztaŕia, beŕiz, mintzul
biurtzean, abeŕi-euzkik argituren.

Zaitegi'tar Yokin, S. I.

Gure zizak

Udalenaren paŕak sortua
Martxo'k eraman induna,
gogora zadan bizi, izeneko
Santu uan aren eguna.
Esku-ekusiz ez nian eman
—ez baitzegon usaiduna—
Martxo-lorea; ba duk bes-
[terik
par goxo bialtzen duna.

Udaŭearen paŕa da ziza
belar-koroien tartean;
inguruka ala jaiotzen dira
ortzak auŕaren oiean.
Gaur, biar, etzi, zoro nabila
par ori suma-naiean,
begi ta beatz, gogo ta biotz,
argitzean, iluntzean.

Alaxen amak bulaŕ-auŕari
deragio len-par-muŕitz,
beatxingaŕez masaila leun-
[duz
beingoan ez ba-da beŕiz.
Gaur, biar, etzi, baŕutira ni
belar-koroiak ikusiz,
igazko laŕe bikainen ua
aldatu ote dan tokiz.

Amak berebat bulaŕ-auŕari
ortzaldea araka dio:
«gaurgero ba-du», ezin-etsi-
[az
egunoroz orduoro,
lenengo ortza noiz ager da-
[kion.
Bein, beŕiz, uts... Noizbait
[gero,
len-ortza agertu. Ala nabil ni
zizetan goiz-atsaldero.

Euzki-tarteak luŕari musu
noizko par egiñarazi,
aize-pilpilak berdin; nik beŕ-
[iz,
—ez ba-litza musu ua aski—
biotz-ukituz, begi zoŕotzez
luŕa nai auŕerarazi.
Muzin egin dit: begi ta biotz
ez izan nik aski bizi!

Ba dut iloba begi-beltx bel-
[txa,
tximistaren izpia du;
biamonean goiz goiz begiak
luŕera ditu zoŕoztu.
Luŕa lotsa da, bein ta betikoz

dizkigulakoz ukatu:
begi-beltx aren begiratura
ezin geiago luzatu.

Goiz-intzak paŕa eragin
[dio
belar-koroi berdeari.
Osaba poz: «gaur ire egun-
[ean
zizak dituk, Joxe Mari».
Zer ote zuten gure ziza aiek,
kalekume xangoxuri,
beinere ez'eko usai ta agoa
aurkitu iela aieri?

Intz, aize, eguzki, biotz-
[begien
igurtzi esan-eziña!
Gezur-munduan nekez arki-
[tzen
dan adiskidego miña!
Ez luzaroko! Yo zian usai
ark zeruaren urdiña.
Geroztik noiz bein mizka-
[tzen diat
udazkenaren samiña.

Ormaetxea'tar Nikola.

Eŕotazuri

Eŕeka-ertzean altza,
ertzerago eŕotea;
inguruetan edeŕen
eŕotako alabea.

Marti-zozoa kantaten
bidez goiko sagastian;
astotxu zaaŕa zamauta
nekezka, aldapa-erdian.

Eŕeka-ondoko bolu,
—zuria goitik beeraiño—;
gordeta daukan pitxia
eztot ikusi gaurdaiño.

Bolutxuko neskatīla,
—laŕosa eder dirudi—
ibar osoan ezta iñor
ai ¡zeu baizen maitagaŕi!

Epaīla lenen-egunak,
—garia aspaldi erne zan—
oraindik ezta lorarik
ezkaratzeko arazan.

Neskatil zoragaŕia,
—emeretzi udabaŕi.
ire ibilkera yaioak
aundikiena dirudi.

Txakuŕak zaunk etxauŕean,
—atak eŕekan igeri—;
neskearen ezpanetan
baŕea loratu bedi.

Eŕotatxuko alabak
uŕezkoa dau biotza;
ai, edeŕa! nork leikean
entzun zuganik baietza.

Mendi-artean ibaŕa,
eŕekertzean eŕota;
bolu aretan euskotar
neska garbi bat gordeta.

Erkiaga'tar Eusebi.

Neure abeŕiari

Lizardi'tar Xabier'i

Ene Abeŕi maite kutuna,
Amatxu laztan, samur bigu-
[na:
neure oiñaze nekeak
ta samiñaldi guztiak
zeuri ditut eskeiñiak.

Izen samuŕa, legun gozoa,
arbasoen odolez ezoa;
Ama'ren izen edeŕa,
izen osoa: Euzkadi,
ludiko ene Abeŕi.

Utsune gaitza neban bar-
[nean
lo aundi batez itzartutean.
Su baŕi batek piztua,
geroz, baŕengo txingaŕa:
Abeŕi-maitezko indaŕa.

Egaz egin nai, ta ezin ega,
neure eŕi-luŕa bai-dot ziega:
aŕotzen mende eroria,
burdin-estuntzez yosia,
negaŕez dakust Eŕia.

Su baŕi batek bai-dot piz-
[tua
ene baŕengo txingar gartsua.
Biotzean dot zauria;
suak damost min bizia,
Abeŕi-aren etsia.

Su goria dot neure barne-
[an,
biziro dager so-egitean.
Su gori onek urtua
bedi estuntza-moltsua
eta Abeŕia azkatua.

OTOIA:

Jaungoiko altsu bardinga-
[bea,
oron Egiĩe, Urtzi donea:
ene asaben Eŕia
bedi, Zeure mende ezia,
bere buru ta nausia.

Erkiaga'tar Eusebi.

Seaska utsa

Donoki eder
goi-goitik
arin eta azkar
jatxirik,
gotzon talde bat
luŕetik
zerbait biĩatu
gurarik,
ebiĩan an-or
emendik.

Aurtxo bat loak

arturik
seaskan luze
etzunik
egoanean
bakaŕik,
gelatxora ixil
ixiĪik
sartu zirean
leiotik.

Bata bestien
atzien
auŕari mosu
gurien
mun egin eutsen
tartien,
belaŕiaren
ertzien
auxe esan bear
eutsien.

«Yaunaren zorun
edeŕa
sartú nai ba-dok
gogora,
jaurtirik oro
albora
etoŕi adi
zerura
oraintxe geugaz
batera».

Lo egoan aur
guriak
gotzon deiari
begiak
yaŕi eutsozan
argiak

eta ezpantxo
goŕiak
iŕi baŕeaz
yantziak.

Zerurantzako
bideak
direanaŕen
luzeak
eta aldatz goraz
beteak,
udagoiengo
aixeak
lez arin dagiz
umeak.

Gotzonak lagun
arturik
aixeak zear
luŕetik
auŕa goratu
zanetik,
eztago umoian
amarik
atsegintzeko
gauzarik.

Seaska apaiña
ordutik
zokoan dago
otz otzik
zedenak kalte
apuŕik
egin leikion
bilduŕik
ezpa'leuko lez,
austurik.

Ormaetxea'tar Lontzi.
Karmeldaŕa

Ama-alabaen yarduna

Amak.—Labanka mosuz
[aurera
yausi nai ezpa'don bera
ala lenengo trokara,
etzadi ibili bakarik
egundo be gangarturik
ortik zear edo nondik.

Alab.—Gura neuken lez
[nonaitik
apurtxo baten ibilten
utziko ba'zeust bakarik
puntepioak yaurtiten,
ikusiko zeunke, ama,
ba-dakidala yolasten
eta lokatzan bertan be
dantza galantak egiten.

Amak.—Amagandik alden-
[durik
dabilan neskatotxurik,
iñoiz ibili ezpa'don
laban sari egin barik;
bide neketsu-luzeak
yausi barik egiteko,
iñon be ezton ama bai-
[xen
lagun onik aurkituko.

Alab.—Nik letxe lurean oiñik
yarten dakian umerik,
lokatza artean burutik
beatzeraiño loiturik
ikusi dauan begirik
eztauna dakienik;
¿egon leitike nonaitik
yauzka batzuk yaurti barik?

Ama onaren eskutik
azkatuaz bat batean
ariñeketan menditik
asi zan inguma atzean.
Baiña, labanka lokatzan
yausiko ba'zan ezpa'zan,
luzero ezpai yazean
zabunka ibili ostean,
lurera plausi osoan
zan besteraiño yauskeran,
ari bataz bekokian
zulotzar bat egin eban.
Burua zauriz mindurik
ta eskuak odoldurik
ikusiaz beste barik,
amari deiez gogotik
asi zan une beretan,
begiak bera parastan
arin eta arapaladan
malko asko yatorkozan.

Samin zorotzez biotza
erdibituta eukala
amak diñotso zotiña
baruan ito ezinda:
«Edozeiñen baregari
izan nai ezpa'don sari
ta gaur lez mosuz aurera
sari askotan yausirik,
euki gura ezpa'dona
burua zauriz yosirik;
egundo bere gaurgandik
etzadi ibili bakarik,
edonondik gangarturik
nire esanakaz aizturik.

Miren Amagaz aizturik
ludia zear ba'zoaz,
gogoa sari loiturik
izango dozu obenaz;
baiña Miren'i eskutik
sendo beti obatuaz,
artuko dozuz zerutik
zorunak goiko eskaraz.

Ormaetxea'tar Lontzi.
Karmeldarra

Begi-biotzak gora

Ludiaren pozkiñak ziñak uŕiñetik
dirudienaŕen be, begiak ondotik
ertz guztietatik
yaŕi dautsozanik,
eztitan lez pozik,
emen eztakit zelan egon leitiken nik.

Utzirik zerurantza doan bide leuna
gorputzaren gogoko bide loi-labana
artuten dauana,
zentzun bakoena
ta tenteltzaŕena
dala diñonak diño egi galantena.

Luŕeko atsekabe, neke-loŕen ordez
eriotza ondoren ugaritasunez
zabalduteko ustez
daukozan yaz ta antzez
piloturikan lez,
daukoz Yaunak onentzat sari onak euŕez.

Beti betiro izan yat gogo-gogokoa
donoki edeŕaren gomuta gozoa,
zorun begikoa
ta gentza osoa
dagoan lekua
egin-egiñean be dalako zerua.

Utzirik be-atseak gogotsu atzean
biotz-begiak gorantz jasoaz luŕean,
gero donokian
betiraun guztian
atsegin betean
biziko gara Yaunaz zorunen artean.

Ormaetxea'tar Lontzi.
Karmeldaŕa

Itsaso-aurean

Sarritan, ameskor, leioan nazala,
begiztu daroat itsaso zabala,
ta orduan, uiñen murmuran, mintzoak
ba-dantzuz ta-badauz aditzen gogoak.

Maitasun-mintzoak batzutan nau yoten
¡ordun itsasoa bai eder erizten!
Eusko-lurra txiki dala ta andi-miña
asetzeko gugan Goiko'ak egiña.

Ikusten dot ordun begi-betegarri,
naiz urdin azala, naiz aparez zuri;
bere murmur otzan yat atseden-lagun,
eta zuzpergarri bere arnas gaztun.

Barruan yat sortzen itsasora naia,
urutira-bear, ¡lagaturik kaia
ontzizka batean, ur gardenan zear,
noraezean yôn, ametsetan, bakar!..

Balea-arantzalên ta Elkano'ren atsak
bultzatuko dabez nire aiz-oialak;
eta pozik, nire zoriona abeska
noake itsasarte zurgarri-bīlaka...

II

Oro urun batek eten dauz amesak,
pozak doaz iges, isil dira abesak.
Goibel-Ekaitza da. Begira itsasoa
asarre ebakitzen goroto-mintzoa.

Begira Lur Ama ezereztu guraz
ondar, arri ta kai astindu ta yoaz;
begira, ¡zoroa!, zeruratu nairik
bere uin arroak puztu ta anditurik.

¡Anker!, onda-miñak yota ba-dabīla
nun autsi, zer galdu ta nor ito bīla;
ilgaiz uin goseak asetu eziñez;
gaisoen negarraz urak geitu naiez.

¡Bidutzi oi!, zeuri goroto izateko
itoen amâi nik biotz eskatuko;

ta alargun gazte ezin-etsiaren itzaz
zu ta zure izena gaiztetsiko dodaz.

III

Odeiak uŕatuz, eguzki izpitxuak
argituten ditu ur-mendoi bitsuak.
Andiagotzen da, ¡zelako ikuskizun!
bere edeŕak dakar gogora aŕitasun.

Aŕitasuna, gar, nai eta bilduŕa,
goŕoto, maitasun, ezespen ta guŕa,
guztiok ba-dauz oin asmatzen gogoak,
bai ta aditzen bere euraen mintzoak.

Mintzo onek egoki diranean batzen
Andia'ren kanta dabe ereskidetzen.
Eurak alkartuten, ai, ba'neki, Itsaso,
dagokizun kanta zeuri egiteko.

Ametzaga'tar Bingen.

Negu-min

Lotazīla da. Negua dator,
Mendi goienen gaīluŕak,
udara-aldian atsegin toki,
estali ditu eluŕak.
Ixildu dira mendi-zaleren
biotz-eresi xamuŕak,
eresi oiek ez ziran baizik
udazkenari aguŕak.

Lotazīla da. Gauak luze ta
egunak ezin zabaldu
sasi ta orbel, garo ta belar
eluŕak ditu zapaldu.
Mendiak orain eluŕa beste
apaingaŕirik ez al du?...
Negu ondoren apainduko
[dan
itxaropenik ez galdu.

Azken loreak buruz-be zi-
[mel
darioz ustel usaia,
txoriak ixil, zerua goibel,
zingiratua zelaia.
Iritxi dan lez udarak zitun
apaingarien amaia,
iritxiko da bizi bakoitza
bukatuko dan garaia.

Ekaitzauŕetik guzia bare
lotan balego bezela
geldi-geldika itunagotuz
īluntzen doa goibela.
Izamenaren pozaz guziak
oŕen erori daudela
¿nola liteke alaituz jaso
gure gogamen motela?

Lotazilla da. Ekaitza dator
bere asafe bizian,
lengo txolarte girorik ez da
itxas inguru guzian.
Mamofo aundi sortu diranak
itxaso ta lur azpian
badirudite asi dirala
beren arteko auzian.

Turmoi ofua ta aire bufunda batek bestea zein ausi,...
bien artean ezin ordea
geiena zein dan ikusi.
Biak dijoaz naspilaturik
ekaitz aldagoi ta guzi,
alkafen leian zarata biziz
biak nai dute nagusi.

Mendiz-mendi ta basorikbaso aldagoi yasa diyoan
ekaitz indafak laguntzen dio
eta darama egoan.
Kabi zar utsa osto gabeko
tantai zafaren besoan
beste oroimen udarakorik
ez da gelditzen basoan.

Geroz ekaizkor eta bizigo
aize gordiñen saioak,
aize ta ekaitz tximist-argitan
itxas lodian yaioak.
Ez da agiri iñun ortzi urdiñik,
ez dira ufatzen laiñoak
kazkabafa ta elur bisutsa
naiz bota mendiz goikoak.

Aize nastuen zufunbilotan
elur matazak dantzari
aruntz-onuntz-ka yolas egiñaz luferontz datoz ugari.
Etxe bafendik begiratzeko
ez da noiz naiko ikusgafi...
baiña aiton zafak naiago dio
su ondoko epelari.

Urte zartuak eriotz bila
etzan nai luke burua
baiña azken lagun gafazkizaio ugin-aldien ulua.
Non il, lufean eta itxasoan
ezin bilatu lekua...
¡Zartzaroaren antz-irudia
besterik ez da negua!

Eguzkirik ez egun guzian
otza ta iluna gau yaki,
neguak zenbat samin-gai ditun artzaiak ondo badaki,
Ardiak gose, otzak il bear,
elufik ezin ebaki,
zori txafaren eraso latzai
bultzaz naiko lan dabilki.

Astiro yoaz dulun dulunka
ardi zintzafi dunbotsak
¿itunagotu baizik litzake
itundutako laiotzak?
Zapuztu ziran artzai arteko
oles ifintzi zofotzak...
¡Gafatz aldien sakona baizik
ez du bilatzen biotzak!

Baso piztien babes lekudan arkaitz arteko txapalda,
elufik urtzen ez dan lekua,
negu guzian itzal da.
Basakatuak onera dakar
afapatzen dun oilanda;
azarientzat ezufak utziz,
mamirik onenak yanda.

Baso ertzean altxa ta yetxi
«koak»ka dabiltz beleak
bilatu nairik orbel tarteko
ezkur ta gaztain aleak.

Pizti beltz oiek, artzaia baiño
ekaitz igarle obeak
goitatik beruntz yanbiīa da-
[toz
galdu ez ditzan goseak.

Erauntsi babes txilar-pe
[gorde
ta kuzkur dagon erliak
lotan dagola ere bildurti
zabalik dauzka begiak.
Elur gaiñean bila ez dezan
aztaŕenik eiztariak,
bere txokoan igaro oi ditu
neguko ekaitz aldiak.

Izadiaren gelgai apaiñak
gordetzen dira neguan,
itundasuna itzalpekari
sortuaz bere lekuan.
Samin aldiak ezin bialduz
biotzak ere badu lan,
poz iraunkoŕik iñoiz bezela
ez dago bere baŕuan.

Negar begiak, negar biotz-
[ak,
zerua ere negaŕez;
eroritasun au zuzpertzeko
¿neguak zer du? Ezer ez.
Atsekabea eratzen bada
gure gogoan ain eŕez,
geienok degun izamen ori
min-emanlari da berez.

¿Non da basoko ederta-
[suna?
¿non dira txori taldeak?...
¿non, luŕak zitun beste
[apainki
asko ta ezin obeak?...
Agian, iīak dauden bezela
lur-pe betiko gordeak?...
¡Ez! Uŕen dira, muiño ta ze-
[lai,
udabeŕiko loreak.

Muxika'tar Emiliano.

Loidi'tar Paben

Zarautz'ko V'gaŕen Eusko-Olerti Egunean Eusko-poeneta'ko lenengo saria bere "Orio'ko Umezurtza"z irabazi zuan olerkari

Eusko-Poematxoak

Il'gafen

ZATIA

Orio'ko Umezurtza

V'gafen Eusko-Olerti Egunean, Zarautz'en 1934'go Garagafiìa'ren 10'an ospatutako sariketan, Eusko Poemaetan lenengo saria irabazitakoa.

Kaio-sail aundik,
utzi gaur ainbat ur-jolas,
ta Aranafi'tik
ego-jasoaz,
Talai-mendira dijoaz.

Mendia zuri;
asafe beltz itxasoa;
ekaitz-urduri;
naspil-giroa...
belearekin kaioa.

Atzo giroak
odei-muńu beltz kizkuńa;
—berun-mordoak
alda makuńa—;
zuri arin gaur eluńa.

Erio dabil...
Len aritz eze sendoa
orain ezur-pil;
zuńunbiīoa
orbela biltzen dioa.

Gau iīuna da...
Gizadi-griñak ixiīik.

Otoi-dangada
itunki itzulik
yoal zaŕean zintzilik.

—Nor il da?—galde
atsoak leio zulotik—;
lau afantzale
goibel, burutsik
kalean gora zeaztik.

Andre gazteak
uŕatu du leio-iīluna...
Aŕantzaleak
biotz astunaz
so nagite alarguna.

Gau iīluna da...,

Ama-semeak
irauli dira kaiara.
Ekaitz-aizeak,
galdetu ala,
iŕiz darantzu il dala.

Erio dabil...

Etxean...

Aztaŕenik ez...
eŕian min-zuŕunbiīa...
Biotzak iges
senide-biīa
—itxadopena erdi-iīa—.

Belaunikatuz
otoi-agurtza etxean;
biotz-izutuz
semeak negar
amaren aldamenean.

Lotara dedin
aitari musu eman nai;
baiñan gaur ezin...
Samiñez ernai,
gau ontan oia latza bai!

Amak zotinka
aldean otoi gogotik.
—Aitatxo!—deika
laztan-egaŕi
zurtza yeiki da oietik.

«Ba'dator aita;
tira, semetxo, lo egin...
goizegi bait-da...»
Iñolaz ezin...
Zurtzak loa ez atsegin.

Malkoz-ituŕi
amak begiak negaŕez...
gogo-biuŕi
ezpaiñak paŕez
semea poztu beaŕez.

Nabari uŕundik
Erioa'ren algara...
begi-leiotik
biotz-ikara...
dar-darka beŕiz lotara.

Ekaitzak txistu;
dar-dar aritzak besoa.
Eguna piztu;
beltz itxasoa...
—«Aitak noiz arte du loa?»

Argi ezkero
ama Yaupatik goiz bira.
Zaletsu gero
itxas aundira
goiko leiotik begira.

Gero...

Ontzia galduz
bigaŕen ilunabaŕa,
ta, ai ¡ez azaldu!
Bai samin dala
zurtz-alargunen negaŕa!

—Eup!—itsas-deia
aldameneko atean...
samin-erdoia

une berean
zartaka biotz-muiñean.

Egunak luza
ta aste osoak igaro;
ta artean zurtza
laztan itxaro—
atsekabetan luzaro.

Zoro lez dabil;
amets oro oi-du sinistu...
egun-argiz il.
gabero piztu...
erne-aizeak min-txistu,

Geroago...

Eŕeka pir-pir
oian-itzalez gain-bera;
zelaian kir-kir...
Adiña auŕera;
oroipen beltzak atzera.

Txorien otsa
luma-beŕitan egari...!
Zurtzaren poza
leen-lan-sari
ekaŕiz bere amari...!

Zantzu txar...

Mauritan guda...
alargun seme bakaŕa
arakotu da...
Ala-beaŕa,
bai lege-austen azkaŕa!

Agur...

Tolarea blai, ardatza trinko
goŕi-goŕi pats-kondaŕa
dariola azken-negaŕa;
mendian bera kaŕaxiz dator
yauzika gurdi-sagaŕa.

Telape-maiztar enara alai-
[ak
aldendu ziran uŕuna;
kabian orain utsuna...
Etxetik at gaur zoruna...
atzeŕiratu beaŕean da
amaren txori kuŕuna.

Laztan-ituŕi amak onela:
—Mintza zuk beti Euskera;
iñoiz okertzen ba-zera,
entzun Yosu'ren aŕera...
—Ez estu, ama; emen naiz
[beŕiz
gari beŕitan etxera.

.....

Itxas-bular anpatuak
gaiñez ibai-sabela;
ur biziak txipli-txapla;
kulunkaz lo batela
—gazteak bart ain laztanki
lotu zuan «Berdela»—.

.....

BULTZIA

Geltokian

Emen dek
su ta gar
«Mamu-beltz»
arnaska;
abi-austen
indarka,
«toki neri!»
dearka.
Beŕeun oiñez
dana
burdin,
aŕo,
arin,
zai daudenen
nai-aurka.

Biotz-mami zaurituan
txistu zoŕotz bultziak...
Fafa-fafa! ba'ziak

uxaz baztar guztiak...
Azken-agur... malko min bi
amatxoren begiak.

«Agur Orio!»
mindunki dio.
Biotz-osiñak
malko dario,
ta azken-pozkida
lausotzen dio...
Agur Orio!

Bidean...

Bai gora,
bai bera,
bultzia
urduri;
batera
bestera
subea
dirudi.

Ibaiak
alaiak
atzean
bipil;
mendiak;
zelaiak
leizean
amil.

Aizkoŕi
etoŕi
danean
urbil,
zatoŕa
pizkoŕa
lurpean
murgil...

.....

Kideko beŕeun gudari
miñak aztutzen kantari...
Amaren zori,
oroi-laiñotan igari...

.....

Zulotik
irten,
txistu bat
eten,
ta auŕera
lerden
piztia.
Araba-zear
egiñaz dear
biurtuz
kedar
aizea.

.....

Gazteiz'en oldar batez
arnas artu ta an-tziak!...
Agur euskal-mendiak!
Ordezkari
gogaikaŕi
Kastela-lur goŕiak...

.....

Oldoztun...

Ilun-abar oroigaŕi...
Sargori aize epela...
eresbatun gogaikaŕi
txori-ordez igela;
garopean igar, udan
gailurtu zan orbela...
Amak negar, semeak min...
kulunkaz lo baĩela.

Gau-sapaian ilargia
goŕi-lotsaz bezela...
an batzen ama-semeen
zori bikoitz ergela...
Afantza-aro... baztaŕean
kulunkaz lo «Berdela».

ZORI TXAŔA

Bir-Zurtz...

Azken-leinuru
goŕixka osertz-kolkoan...
Etxetxo-inguru,
zori gaiztoan,
bele-sail beltza zijoan.

.....

Sutunpak zauri
mutiĪa guda nastuan...
Amak igaŕi...
bere baŕuan
aiztoa nabaitu zuan.

Zipitz zoŕotzak
begiak lertu musuan...
Ama-biotza
laŕi estuan
iĪotzik geldi orduan.

.....

Zurtzaren lelo...

Itxu nakarte,
bir zurtz, gudatik etxera...
Orain il arte
—zoti minbera!—
biziko ba-naiz, eskera.

Zorigaiztoan
uŕundu nintzan etxetik...
laztan-aroan
maite-bear nik,
ta itxu zurtzak ez maiterik.

Etxe-atadin
ixil-unea det entzun...
«Ama!» deiari
kinkik ez iñun...
«Txuri» bakaŕik nik lagun.

.....

Zorun-kabian
nintzan yaioa.
Adimen-loa
lertzean
sartu ninduten
—ene! ta nola!—
negar-kaiola
beltzean.

Zorun-eztaiak
auzoan saŕi;
oien egaŕi
ni ziñez;
eta bein ere
laztan-garaian
neretzat maian
toki ez...

.....

Itxas-ertzean
goizero oi det nik eskea.
Negar batean
—otoi-zalea—
igarotzen det bidea.

Aizeak iŕi;
dardarka zugaitz-adaŕa...
nik ere laŕi
ortzetan paŕa...
baŕuan ai! min-negaŕa.

Dearka aitari
dabilkit biotz goibela;
murgil-igari
aŕai bezela
uŕatuz itxas-sabela.

Arkaitz-gaiñean
berari il-aŕi nik yaso;
ta ik, bota artean
diok eraso...
goŕoto aut nik, itxaso!

....

Ortzean zintzil
geitu ta, plixt! ur-tixtiĪa...
Àlatsu nabil
goseak iĪa...
...Erio, noiz auket biĪa?

.....

Betiko Pakea...

Goiz-aldea da.
Eluŕa... Griñak ixiĪik...
lĪen dangada
iĩunki itzulik...
yoal zaŕean zintziĪik.

Zurtza da il dana,
iltegian deika amari
seme laztana...
lĩunki «Txuri»
aldamenean zaunkari.

Soin izoztua
amaren gurutz-ondoan
besarkatua.
Iŕi aboan
biozgeturik zegoan.

Loidi'tar Paben.

Il'gaŕen Eusko-Poema

EUSKO-ARTZAIARENA

Poematxoaren muiña: Kantagaia, oi danez, azaldu ondoren, udabeŕi-argitan menditikbêra dator artzai sendo bat (1-5). Baselizan Andra Mariari eskaria egiñaz, zergaţik zelaira dijoan laiñoki azaltzen du (6-9). Gero, bidenabar, zenbait gizaseme arkitzen (10-17). Azkenez, yoan eta yoan eta gazteen batzaŕa arkitzen du zelaian (18-21).

Bertsolari iduri, bere bizikera azaltzen du artzaiak: bere bizitokia, beste artzai batek utzi zion pitxia, t. a. (22-25); bere amaren eriotza (26-28); negu-gauez euskeldun aipatu bat eldu zan txabolara, Euskeleŕiaren beŕi yakin-miñez (29-39); Euzkadiren pake ta buŕuka latzak aiton ao-edeŕek yalkitzen ditu (40--48); euskeldun bizar-beltzak Euskeleŕiaren zoritxaŕa areago azal-

tzen du (49-54); zelaira yetxi zan gizon bizar-beltza, bere anaiei artzaiagandik ikasitakoak baŕeiatzera (55-56); aren oroi goxoa artzaiak gogoan (57); artzaiaren aitonak, iltzean, gizon bizar-beltzarentzat uzten ditu bere oro (58-65).

Artzaiak bere esana amaitu ondoren, entzule batek erantzuten dio gizon bizar-beltzaren eriotza aitatuz. Baiña, eurak, aren aldaska beŕiak dirala ere esaten dio (66). Artzaiak, mendiz-mendi berakin efortzeko asmoa gazteei azaltzen die (67-68). Yoan dioazela lrakasle zana agertzen zaie aolku onak emanaz (69-70). Aŕezkero, gaztedi osoa abotsaren atzetik doa (71). Euskoartzaiarena buka ondoren, bertsolariak oi dutenez, napar beltza eskatzen olerkariak eztula aldentzeko (72-73).

Eusko-artzaiarena

1

Eusko artzaiarena
det nire kantagai.
Kerixaren lorea
aizek eraman nai;
Oŕela balerama
egun nere gogai,
alaituko ziñake,
mendi goiko anai!

2

Ingurun, udabeŕi;
zeru, argiz oztin;
eusko-basoak pozez
lertzean, oŕimin.
Mutil maitasunaŕen,
nexka, egon ezin;
itxaso paketsua,
ortzia lez, urdin.

3

Artzaia, mendiz bêra,
orduantxe dator.
Zugaitzetan kantari
xoxo beltzak txor-txor.
Alare, mendi-seme
dei xuriari gor.
Urduri doa, biotz
-pakea ezin sor.

4

Ura, bai, mutīla, ura!
Arpegi sendoa
mendi-eguzkiz yana;
kozkortsu besoa.
Gorosti bezalatsu,
zaintsua gogoa.
Bekoki edeŕean
zabal ortzondoa.

5

Uŕats-luze zetoŕen
malda bêra zear,
yo ta yo eten gabe,
asnaska ler bear.
Gau ta egun ibīliz
zidoŕetan bakar.
Zirudinez, artzaiak
barnean deika izar.

6

Bein batez, uŕutian...
etxetxo bat zutik
ikusten du. Aruntza
dagi xusperturik.
Baselizatxo zenun
Yainko onaz beterik.
Asabak yasoa, iñork
eztaki noizdanik.

7

Andra Mari ikustean,
ez du zuŕunbilo
gogo-barnez artzaiak,
bai, baiña, oŕilo.
Aren otoiak gorantz,
egaz kardantxilo;
ez da gelditu burni
-soiñan korapilo.

8

«Artzaien Ama Birjiñ!
Noiz arkituko ote,
nire basoan oiu
egin zun erkide?
Atergabe ikusmiñak
mende narabilte,
ta, Begiok itzuli
nire biotz-Maite!».

9

«Eusko-bizar-beltzaren
yaŕailе onak, non?
aitonaren aginduz,
oien eske edonon
Artzaien Neskuts-Ama!
nire ordez egon
gure basoaren zai,
ta artaldea yagon!»

10

Elizatik irtenda
eiztari bat arki:
Artzaiak.—Eusko-bizar bel-
[tzaren
ikaslek ikusi?
Eiztariak.—Gizona, zer dio-
[zun
ere eztakit, noski.
Ta eiztari, auŕerantz,
eiza-zale izaki.

11

Gero, aldapa-bera
doa artzai-gaztea.
Inguruko zugaitzak
iŕikan lorea
Liluraturik dator,
goiz-argiz asea.
Bidez ikus urtedun
lugin agurea.

12

Agureak.—Nora oa laisterka
gazte begi-eder?
Artzaiak.—Euzkadi barna
[noa,
bazteŕikan bazter...
Agureak.—Samiñak ditukezu
edonun, egalper
iduri». Auŕexego
atso zar bat dager.

13

Atsoak.—Artzai beso-zain-
[tsu oi,
nekaturik oa.
Sar adi nire etxean
ta atseden gogoa.
Artzaiak.—Nire zai sorgiñ
[lirain,
zabalik leioa,
ta iŕi-paŕez kukuka
beraren aoa.

14

Artzai-neskak.—Basoko zu-
[gaitzetan
usoa egalez,
ase nairik gosea
gari-pago-alez.
Mendiko artzai gazte,
neskatxen belduŕez,
amets-bidetan barna
dioa lasteŕez.

15

Artzaiak.—Mendian aurten
[ez da
apuru loratu;
nire suz igarturik,
zure urez berdetu.
Artzai-neska, alkaŕekin
bizi bear degu
euskotaŕen Amatxo
sendatzen badaigu.

16

Basetxe-neskak.—Ain arin
[nora zoaz
mendi-goiko artzai?
To itzik nire zoŕoko
edari ta gaztai.
Artzaiak.—Artizaŕak bezala,
nire baitan dirdai
ire basabegiok,
neska basetxe-zai!

17

Ala ere yun bear.
Arbasoen eŕi
otsorik zakaŕenak
baitigute irauli.
Ta aitonak il zorian
emandako beŕi
alde ta aldi orotan
nai det aldaŕi.

18

Udabeŕi-argitan
gaztain-koloreko
begidun euskelduna
badoa naroro.
Mendi-pakez kantari;
arantzak, oinpeko
lore egiten dirala,
islaz diztiago.

19

Yoanaz bazioan,
auŕeruntz su ta gar,
baso-itzaletan bêra
mendi-egi zear.
Bide-okergunetik
dantzu garbi xamar
zelai inguruetako
euskeldunen oskar.

20

Gero, ara! badakus
gazteen batzaŕa.
Oro begira zeuden
gure dantza azkaŕa.
Ezpata-dantzariak
belaunen indaŕa
neurtzen. Ordun artzaiak
barnean dardaŕa.

21

Zelai-erdin artzaai
sartu zan beldurke.
Ura agertu zaneko
yaia eten dute.
Bereala inguruan
oro, zar ta gazte;
ta guziak galdeka:
artzai au nor ote?

22

Artzaiak ao-ixiĺa
uŕezko giltzez
ideki, ta, gazteak
ler pozaren pozez.
Barneko txoritxoa
bere abots leunez
egaka baitioa
entzuleen gaiñez.

23

Artzaiak.—«Yon artzaia nau-
[zue;

gaitzizenez «Txiki».
Gazte euskeldunok! entzun
izkutuen beŕi.
Aritzek bizileku
ta aŕanoek kabi
ditutenen ondoan
bizi izan oi naiz ni.

24

Anai omen zaituet,
oraindikan orain
esan didanez batek.
Ura bai zala artzain!...
Eztei-egunetako
erestuna bezain
maitero gordetzen det
aren pitxi bikain.

25

Ainbeste ezpaitet maite
nire artzanora;
ezta aitonaren aitak
egin zun aizkora.
Abendakiko odolak
biotzetik gora
oroigaiak dakarzkit
gaŕetan gogora.

.....
.....
.....

26

Aurtxo nintzan oraindik.
Garo eta luŕa
teiĪatutzat zituan
txabolatxo zaŕa.
Aitonakin batera
nire ama azkaŕa
bizi zen. Bertan yaso
nik azken-aguŕa.

27

Nire ama gaxoak,
txabola txokoan,
dardaraz musu egin
eta esan zidan:
¡Ene semetxo! ¡agur!
ama yoatean
otoi! beraren alde. Ez
aspertu txabolan.

28

Zerura egaz egin,
eta ordudanik
ez nau egundo utzi
zearo bakaŕik.
Uda-gau garbietan
izar-yantziz kirik
ta negu-ekaitz gaindi
nerau babes nairik.

29

Auspean sugaŕik ez,
egur, ke-yario;
ordun, beŕiz, aitonak
aizematen dio.
Eta suak gaŕetan,
sorgiñen ario,
zantzoka, eten gabe
txinpar daragio.

30

Negu-geŕi; iĪetiak
zerion eldeŕa;
apari-lapikoak
baitzun koipe edeŕa.
Oiñaztaŕi argitzen
etxeko bazteŕa,
ta ordaiñez utzi zun
oroigai kaldeŕa.

31

Aitonari, basoan
lenbizikoz il nun
otsoaren kontua
kontari niardun.

Elur-gaupean geunden
sutondoan. Ordun,
bat-batean atea
nork-edo-nork yo zun.

32

Nire ustez iŕintz batez
mendi zezakean
ikaraka ezaŕi.
Abots sendoa zan.
«Eup! artzai euskeldunok!»
Aiton-arpegian
samiñak dirdai zegin
abotsa aditzean.

33

Bidekatu danen bat
dek ta Goiko-Yauna
oŕen bide-erakusle
mendi-baso barna:
aitonak esan zidan.
Eta, artez, esana
esan atariruntza
yoan zan aitona.

34

«Eeee...up! Gau on bat
Yaunak dizuela,
Euzkadiko artzai oi,
nerauk nai bezela.
Badakizute, onez
etor gaitozela».
Abotsak zoliago
ots egiten zula.

35

Atea zabaldu zun
aitonak laisterka.
Gizon bat, artzai iduri,
begi-zoli dauka.
Ortzargi, baŕenera
dator oartzaka.
Ta aspaldiko ezaunak
bailiran besarka.

36

Yaunak zainduko˜al au!
esan zuen bipil.
ta yarlekutzat ar zun
sutondoko subil.
Txinparten argitara
ageri zan zurbil.
Gure artean arki
opa zuen ubil.

37

Gero, iŕi egin zidan
begi-sista batez.
Nire aurtxo-buruak
bete zun ametsez.
Ta nire aitonari
galde yakin-miñez:
aren biotza sutan,
bekokia gaŕez.

38

«Esan, artzai, aŕenez,
arbasoen beŕi;
Txabolaren kondaira
gogora ekaŕi.
Ire guraso zaŕak
egiñen egaŕi
nauk. Mendian yazoak
nire auŕez yaŕi».

39

Aiton ao-edeŕa
asi da kontari:
antziñako oroigaiak
eltxotalde iduri.
Gogo-biotzez gora,
itzak buŕundari
doaz, egurats goibel
barna egazkari.

40

«Gure aitonen aitak
ez ditugu iñongo,

euskeleſiko baizik.
Gu ezkera iñoizko.
Izkeratzat euskera
degu sekulako.
Euzkadik euskelduna
du bere kabiko.

41

Ura ziñez edeſa,
edeſik badago.
Nire bizkar paſe egin
ezpaitezu gogo:
Egaz diardun saia
baiño azkeago
euskeleſi liraiña
bizi zan lenago.

42

Txabola-ormatzaſak
urte-tximak zintzil.
Mendiok entzun zuten
antxiñan ixkanbil
Ikusten dituzunez,
oraingoan ixil.
Baiña, be aldekoek
euskoa ezin il.

43

Artzai ziran guziak.
Gure mendi-egi
arbasoen etxe zan.
Ametz beltza egi!..
Yentilak zapaldurik
beingoz gure tegi,
ostu neskatil ona:
Aien biotz-begi!

44

Abarkadunak ziran
biziak aiuſiz.
Urtez makuſak ere,
besoz zaintsu, beſiz.
Etsaiak menderatu
ta ezuſak autsiz
irabazten ospea.
Eusko-izena sariz.

45

Guda asko izan ditugu
yundako urteetan:
Guziak agindu nai
gure luſaldean.
Pakean, geron esku
geunden bitartean.
Garaiz gera-ta, beſiz
saiatu gaitean.

46

Egiz idatzi bada
edesti-papera,
euskeldun odol-gogoz
garbi zindo gera.
Berpizkunde-biderik
ezin âl aukera...
Ongi ausnartu eta
goazen batera!

47

Gizaseme gaiztoak
zirala eſudun,
euskotaſok ondatu
gera gau ta egun.
Ilunpean, Euzkia
gugandikan uſun.
Norberaren biotza
sumendi dagigun!

48

Oilalokak azpian
txitalde eſukaſi:
seitik iru il dira-ta,
besteak elbaſi.
Pizti gaiztoen izuz,
ume aulak laſi.
Zigor onen menpean
gaur da Euskeleſi!»

49

Ixildu zan aitona.
Gizon bizar-beltza
asi zan mintzalari,
usturik biotza.
Begi negartiz zegon.
Nire itzak, izotza
aren itzen aldean...
Sutu, Yauna, otza!

50

«Euskel-eŕiko artzai!
Orain amar urte,
gure abeŕi ezaun
nairik atez-ate.
Nire anaiak, beŕiz,
entzungo balute,
zorionik onena
izango lukete.

51

Akeŕaren adaŕa
baiño legoŕago,
aritz deuna zelaian
zutik omen dago.
Euskeldunak ez du nik
dedan ainbat gogo,
zugaitza berde egiñik,
beŕiz piztutzeko.

52

Buruzut egon ezin
gure aritz zaŕa.
Aspaldidanik dagit
gogotik nigaŕa.
Nire eŕikoak, baiña,
iseka ta faŕa:
poza sortzeko ezta
alaibide txaŕa.

53

Zoritxaŕez susteŕak
blei-blei dute izotza.
Arbola ori dago
aspaldiz il-otza.
Ta oŕela ikustean,
alai oi da motza;
samiñez erdibi zait
barnean biotza.

54

Goibel bizi naiz eta
ilko banintz obe...
maite bat maitatzen det
izaririk gabe.
Baiña, iñoiz ez izango
aren biotz-yabe.
Etorkizun-odeiak
beltz-ilunik daude».

55

Aŕezkero... irtetean
beŕiro laztandu
ta gogoz esan zigun:
«Artzaigana erdu!»;
Zelaikoei esango,
aritza berpiztu
nai badezu. «Ta zuek
gure eŕia zaindu».

56

Negaŕez, ardibide
zear bêruntz yo zun...
Nire aurtzaro zuri
ordudanik uŕun!
Bizar-beltza ezkero,
amaikatxo egun
yoan dira aŕapaka
euzkiren ingurun.

57

Mendian geundelarik
eguzki-berotan,
gure pentsamendua
lekurik askotan.
Aitona eta nerau
biok beŕiketan.

gizon bizar beltzaren
oroia gogoan.

58

Egun batez...aitona
ardi bīla doa.
Mendi zulo beltzean
atustan otsoa.
Ni ataritik deika.
Neronen gogoa,
iŕintz zoli egiñez,
aldezten basoa.

59

Mara-mara, ater gabe,
ari da eluŕa.
Ikusbegi osoan
zuri dager luŕa.
Biderik ez ikusten
...eta iŕist makuŕa
egin aitonak. Deika
ari zait zakuŕa.

60

Mendi-baso baŕena
noa abazuzaka;
amiltegiak zear
nabil oartzaka.
Galbideak burutuz
yetxi naiz laisterka.
Elur-gaiña odolak
goŕiturik dauka.

61

Aritzaren ertzean
aitona etzanik.
Aitona! esan nion.
Ots oro alpeŕik.
Lepoan txabolara
nuan īlagiñik;
Ordea, oraindiño
zegoan bizirik.

62

Aitonak egin zidan
biotzetik agur:
«Atzeŕi-maitakeriz
ez ibīli makur.
Otso beltzen aurean
ez adi lotu uzkur.
Nire esanak saŕitxo
gogoan irakur.

63

Ni ilda gero, ekaŕi
gizon bizar-beltza.
Arentzat nire oro,
artalde, eskaratza.
Gure oitura zaŕez,
zorion bizitza».
Laztandu niñun. Eta
gero īlotzik datza.

64

Mendian bizi eta
mendi bertan īla.
Ura lurperatzean
ingurun ixīla.
Iñoiz ibīli gabe
giza-aipuen bīla,
aren berdiñik bada
azaldu dedīla!

65

Aitonaren aginduz
zuengana nator:
Eusko bizar beltza, nun?
esan, aŕen, bizkor.
Erantzun beldur gabe,
etzazute zoztor.
Ta entzule artetik
batek miñez aitor:

66

Gazte batek.—Ura gazterik
[il zan.
Baiña aren erioz
piztu giñan euskuok.
Olatuen oŕoz
itxasoa aren babes.
Ats artzen gau oroz
bere iĪobin bidaztik.
Ura gera gogoz!

67

Artzaiak: «mendiz-
[mendi
euskotar gazteak.
Guazen aldatzak gora
mendigoizaleak.
Aize osasuntsuaz
bizitza indartzera
Abeŕi guztiari
agur egitera».

68

Tan-paŕan, pa-tan,
[paŕan,
azeri suari
aizeka, asto txistuka,
akeŕa dantzari.
Erbia irin eralkiz
ezari-ezari.
—Artzai gazte, mendi-
[runtz.
baso-yaun iduri.

69

Goruntz zijoaztela,
eguzkitan blei-blei,
ara! ikusten dutena,
ao bat-batez dei:
Ikus! gure Irakasle,
entzun aren otsei,
gure bide guzien
zuzendari izan bei!

70

«Neure semian seme,
neure iĪoba laztana,
ezeik aiztu aitonak
irakasten dauskana:
Lenen maite egik beti
geure Yaungoikoa
eta onen uŕengo
Euzkadi geure Ama!»

71

Beraxe zan kantari!
biĪa zuten Yauna.
Guziak biotzetan
egaŕi zutena.
Eta gazte-taldeak
doaz arat-ona,
abotsaren atzetik
eusko-mendi barna.

72

Eusko-artzaiarena
buka det, ta mintzul
mingaiña ta arpegia
lotu zazkit margul.
Eskeŕik ainitz orde,
gogo-osasunez aul
enadin, ekark beltza,
aldentzeko eztul.

73

Ekaŕi, adiskide,
napar ardo zaŕa:
oŕelan ixiltzeko
baŕeneko aŕa.
IĪak pizturazteko
omen du indaŕa:
ekaŕi ontzi-bete,
baitizut beaŕa.

Amaia

Zaltegi'tar Yokin, S. I.

Gure-Olerkariak

III'garen

ZATIA

Gure «Lizardi» eta «Loramendi» biotzekoak il ondoren geniona, diogu orain ere: Yaungoikoa'k euskal olerti baratzatik, igartu baiño lenago, lore mardulenak eta usaitsuenak kendu zizkigula.

Etzigun ordea, gure baratzatxo ori soil eta lur-gofi utzi. Baizekian Goikoak euskaltzaleak olerti-minez yota geundela. Bereala ziritu zizkigun landare beſiak. Landare oien kimatxoak bildurik emen usaitu zenezazke.

Olerti kima oiek Yakintza'ko oſietan lertu zaizkigu. Lertze oſek lore margodun eta ats goxodunak erakutsi dizkigu. Urte beteko lore batzuk besterik ez dira.

Igaz, atzo ezkeroztik lanean dabiltzan Yauregi eta Tapia Perurena'ren bertso sortak argiratu giñuzen; bai ba-daramate olerkari yaio oiek urte mordoxka lanean!

Aurten oraintsu lanean asi beŕiak diranenak argitara dakarzkigu; Gaztelu, Erkiaga eta Onaindia olerkari gazteen bertso saīla.

Bertso oien lore-oŕi apaiñai aizeak zakabanatu ez ditzan ementxe iraunkor bizi araziko diegu.

Uso bi iduri

S'tar Edurne ta M. Terese Aiztai.

Usotxu luma urdin, bikote ikusgaŕi.
barne donientzat oso betegaŕi
Egaka bai'luaz, or duaz alaiki.

Ezta agiri iguzki; goibel gaur ortzia,
odei-gibeletik digorsku argia.
Aizta maite biak etxeruntz abia.

Aiztatxo bi oek—uso yanzki urdin—
elizatik urten dira yanzkiz bardin;
eleiz-zapi baltza, geŕiko goŕimin.

Neskatila lirain, urtieri paŕez,
kutun dabe alkar aizpa-maitasunez;
an duaz aŕaiki etxera bidiez.

Argi bekokia ta biotzean poz,
pozez beti dabil yagi oi dana goiz.
Ta maite diranak atsegin, edonoiz.

Uso zuriñoak goian ega-ukaldi,
aizta biok uso luma urdin iduri.
Egaka bai'luaz or duaz maitati...

Erkiaga'tar Eusebi.
(«Endaitz»)

Etxeko poza

Ene alaba, biotz zatia,
kutuntxu pinpilinpauxa,
entzun maitea, ene lorea:
«yan eingo aunat mosuka».

Eure seaskan ez nai egon, e?
maltzur-zar tolesgabea;
erdu, ba, neure besoetara,
txikitxu lotsabagea.

Gaur, be, «drogatxu», ez aiz asi, ba,
goizean goizik negafez?
Uste al don zai gagozala, ire
edeŕa egin beafez?

Orain baŕe, ezta? «matuŕangatxu»,
eureaz urten ostean...
Ekazu mosu, etxezo poza,
...ta egin lolo bakean.

* * *

...Lo, lo, lo egin, baba-lorea,
udabaŕiko lilia;
ta entzun ames gozotan Goiko
soiñu ots zoragaŕia...

Erkiaga'tar Eusebi.

«Endaitz»

Ezkontza

Txit argi ortzia—Egun-maite lenen—.
urdin dana eta goŕixka ekalden.

* * *

An ooltza-erdian Kisto dago zutik;
esku oiñak untzez, gorputza zintziĪik.
Mutil bat auzpeztu, alboan ezkongei,
apaiz ta laguna, lekukoak ogei.

Amaika begi gaur zueiri begira!
Erastun arek bai maitezko distira!
Zidaŕezko azlau txukun ta zurian
ara, amairu diru: andre-saneuŕia.

Emaztea diruz erosi al dozu?
Ez, yopu ez da-ta. Kisto'k emon dautzu.
Etorkizuna, ustez, amesti, zoritsu:
baiña poz-artean zenbat gurutzetxu!

Kisto'k gurutzetik onetsi zaitue;
zeuen nai bizia gaur bete dozue.

* * *

Alkarberaatasun Yainkoa'k sortua,
malko ta atsegiñez bedi oretua
gero izan daitean osoz saritua.

Erkiaga'tar Eusebi.

Goiza

Goiza, Yauna'ren opa-
[abestia;
goizez, Eguzki'k, yaikitze;
txoriek leen-eresketa gozo,
bigi lilien yaiotze.

Ekaldetik mee, argi-ziŕ-
[inta,
ots astun doŕe-yualek;
argi-antz nabar, uŕetsu gero,
agitz naro, yaun orail'ek.

Itxasoan izla zidartsuak,
—Eguzki'ren maite-emai-
[tzak—,
are edeŕago legor-aldean
aunitz margoz argi-brintzak.

Goiza! ikuskari bikain-
[asea,
baŕitua egunoro,
lan-atadia, alpeŕak etsai,
biziontzat nai-ta-ezko.

Izaŕak agur, aŕatsera-arte,
egin dautsoe luŕari;
Eguzki gozo, eguneroko,
emon poz baŕia guri.

Erkiaga'tar Eusebi.

Argiñe

Putz- egian bigun
ego-aize-meiak,
legun erabiltzan
ofi eta adaŕak;
astegun zan, eta
udazken-giroa,
aize guzietaz
buru zan egoa.

Enparantzan oste
gaitza sal-eroska:
batak au agindu
ta besteak uka.
Lasaiki nengoan
noranai begira,
enparantzara ala
eleiz-atadira.

Oi, goizaren eder,
biotz-pozgaŕia,
goiz artan bai-neban
izan poz-aldia.
Enparantzan, betaz,
yaŕirik nengoan;
auŕez-aur eleiza,
etxeak ondoan.

Alako batean
zabal zan atea
eta eleizatik
urten zan maitea.
Apalki yantzia
ta biotza garbi...
Bera izango al dot
ene bizitza-argi!

Erkiaga'tar Eusebi.

Zeruko biziaz

UNEDER irazaīle,
Ez galdaz, koilaz ere ez-tigarken
Goiko zorion-laŕe,
Lur eze-emakoien
Betiko poz-emaile yori, garden.

ULEDI uŕe-guri
Lepo urdiñez yarein Luŕin-Lore,
Laŕe gozora digi,
Abail-makīlik bage,
Artzai-Onak igan bere artalde.

TA doala, zoruntsu
Daŕaizkan ardiak, īlezkor, Lili—
Lorez bazkatzen ditu:
Loredi eder, bizi,
Gero ta yanaŕen ernemiñ beti.

GERO mendi-mendian
Goi-oneruntz, pozkarbi uretara
Ba-daramatzi, bertan
Artzai ta bazka Bera
Ta zorion-ona dan main betera.

EGUERDIAN ortzeko
Gingara danez eguzki bizia,
Artaldeak, aþaro,
Lo-kuluxka geldia
Egin guraiez, ots-dagi zolia.

ALBOKAK dabes ozen,
Ta ilezkor ezti barnera dario,
Ufe baiño besteren,
Suafen arenago
Yaurtiki, neufige on artaraiño.

Ol ots! oi ots! Nigana
Txintaren bat bederen baletorke,
Ta oro lotu, Zugana
Yaso al-ba-ninduke
Elkar baturik osotoro, Maite!

NEKIKE nun dagizun
Bazkalondoko loxusta gozoa.
Leotzetik yaredun,
Zure artaldegana
Noake aron ibilge zangoa.

Gaztelu Aita.

Lore igafa

Bafua goibel. Negar-aria
Ixil darorkit begian...
Lorea izan dut eskuan,
luriñez zoragafi,
begien galdugafi.
Gaur malkoak tantoka igafi
eze beafean.

Alma región luciente'ren ideko. Fr. Luis de León.

Baratzan deika ditu afebak...
Ene begi ok—leiafezkoak—
Ez dakuste margodun lorerik
igar zaidan eskukoa ezik.

Tantai nagola neke gogofean
—malko gafatz alen auek legortzera—,
txertutzea baliteke odolera
zurtoin igartua, zornik ezean.

Ordun: margo befia
osto ok yantzitzean,
ta pipīlak ifia
gozoro agertzean...
Oi! Nolako bazkari!
Lufiñez asegafi,
begien galdugafi.

Gaztelu'tar Yon Batista.

Begian negafa

(Atzefi-kanta)

Ibaika darorkit begitik negafa.
Zuuria bai baitut biotzean
atzefi-arantzez yosia.
¿Nork zauritu biotz-lilia?
Arantzdun dalarik yakiñean
¿nork dagit biotz-ertsipen ain gogofa?...

Biotza sorburu, begiak itufi,
ibai antzo sor zait abesmiña:
ugiñez gain apar-anditsu...
Eres-otsik, ertzez, ez duzu.
Txoriak ixil. Aiots īluna
bakafik: īletarien miñ-iyufi.

¡Ai, Ama! Altzoan orąiño nik abes.
Egun ostera atzefi-kanta
biotzak: ikaraz, ler-ufen.
Ar egizu, ugefa-afen,
begi itunen malko-ureta.
¡Biotz autsiari darion īleres!

Bai dudan itun ibai onen yoana!
Ezin baitut nik zurera egin
Zugan gogoa... ¡ni atzeŕi!
Malko-ibaiez ere ibil-ontzi
al-izatea, ene eŕimin
laŕi onek ar lezake atsedena.

.....

¡Ama! Abes ote txoriak kaiolan?
Luŕiñ dario lorak nere baratzan?
Ala dut ixil, al zait igar...?
Baiezkoan, ar bezate, ar!
norberak yarduna len ain alaiean.
¡Itunago ager nadin erbestean!

Gaztelu A.

Gogoa Galburu

Yauna! Makur nagokizu aintziñean,
aize-eragiñez galburu antzean...

Zuk erein garia aloŕean.
Zuk sortarazi, zuk uŕeztatu.
Muiñtzen banazu,
alea yalkiren magalean...

Ez betor txoririk ostu naiez.
¡Zuretzat oro!
Zauri-odolez ore,
biotz-labean eŕe.
Ogia... biok yanen gozoro!

Gaztelu A.

Ele-Ama

ANDERE dugu Ele Ama
gandola (1) eskuetan:
izar-argia, lore-usaina
ontzira dakar

Haurhoetik ilobiraino
ezti dario bidari-doan.
Zeru oztin-ninitakoan,
begi-izaŕek ñir-ñir egiten.
Gogamen-bilbea, izpi-zuntzetara, (2)
Aldi'ren goruan iruten.
Bizi-ekeratik oŕobiraiño (3)
biotza dula iguzki:
beroaz, argitara
lur-loreen hazkuŕi. (4)

* * *

ELE guren arbasoena,
semên bitxirik maiteena:
ezti gozo, endaren erleena!

Poz yariozko urbegi (5) Abeŕian.
gantzukari (6) zauritako atzeŕian.
Usai gozodun lorerik garbien,
Maitagaŕi aiña zoragaŕien!

Biotzik ez bakaŕa baiño:
maitea be bakar, zurekikoa,
Abots bakaŕa nere aokoa,
zuretzat soilki eresiño
bai-du mingaiñak gogortu dediño.

Zure begi-izaŕetara nago
magalpe beroan etziñik:
bulaŕetik yalgi eziñik
erleek lore-miazketan antzo.

---

(1) Gandola=vaso.
(2) Zuntze=hebra de hilo.
(3) Oŕobi=occidente.
(4) Hazkuŕi=arrebol.
(5) Urbegi=manantial.
(6) Gantzukari=embalsamador.

Ez dut abestu-al izaten, Ama,
izar oiei begira gabe.
Abes egiten orde
zure begipe yaŕi-ala.

Begi-izaŕak ez itzali aŕen!
Begitaraz ate, ¿nork abesturen?
Euren izpirik gabe, ¿nora egiñen?

* * *

AMA! Begietan ¿zelan nigaŕa?
Pilpil samiñez ¿nork yaŕi bulaŕa?

Ai! Zein biotzek aŕizkoa
autsi bai-dizu eskuan murkoa! (1)

Luŕin dario murko autsiari
ain leiatsu bildu luŕiña...
Semeak! ¿Nor ez biotz-bera aski
atson galdua bildu leiokena?

Urbiltzean beŕiz «erdera» ez mintzo,
zuen abots latzak miñ leio.
«Euskera» nai du, euskera galdua,
zahaŕa baizen beŕitua!

* * *

IDAZU, Ama, ao-ats garbia!
Begi-malkoz, biotz-odolez
osatu-al nik murko autsia.
Nere zorion atson ixuria
biltzean, nere eskuok gantxuriñez (2)
igurtziaz bai-nituzke, apaiz yaŕia.

Gaztelu.

---

(1) Murkoa=cántaro.
(2) Gantxuriñez=aroma de bálsamo.

Biotz on!

Eusko-olerkitzako ene lankideei.

Atxonez mukuru
biotz-baratzaren
gure murkoa:
luŕin goxoa.

Baratzai gaituzu
baratz-langiĪe,
aoa luŕiñez
biotza lore.
Ernemiñ bezagun
guk ereiñ ale.

Azaroz ereinik
uztaroz bildu,
ta giro danean
baratza landu.
Azaro ta uzta
urteak buru.

EreiĪe gaiztoak
oloa biltzen,
ongiĪe-baratzan
gari garatzen.

Zuŕ-itzez beterik
dabilgun mii,
oloa bastertuz
ereinik gari.
Ereile onarena
guztiok sari.

Ereile-arloa
orotan gaitza.
Legorte dalarik
ala ekaitza,
ez baidakar luŕak
ziur emaitza.

Biotz on! lagunak,
ez amor egiñ
Yaunaren begipe
lan oro ariñ.

Gaztelu.

Saratsa ta Itxaropena

Eleizara begira zelai deuna, iĪ-iri;
negar-ituŕi, bertan, saratsa dagiri:
adar-gailiak bera,
uluak ortzera.

* * *

Iltxintxa aldaŕi baten gaiĪur goenean...
Ixilik, uŕats-labur, iĪetari-talde;
samin-gezi lakatza ozka biozpean,
kutunak ikustera doa iltegiralde.
Aizeño lora gaiñez,
laban, yostalari,
lerazko zinkuriñez
dabil gogaikaŕi.

Obi asko dakustan saīlez ta zearka;
ona, ikusle, txiro bat, apaiñik bakoa,
ama bere aurean, ler-zori, otoika...
Oarge, matrail bera, darorko malkoa.
Īlen biztokitik at,
gero ta miñago,
karnaba oiñazdun bat
txintaketan dago.

Lili zaīlak, or-emen, bisutsak leīfuta;
erio-egal-otsa soīlik da nabari,
oro ixil-loan mende; abe, arī-meta;
ba-dogu, oraitiño, norbait egalari.
Biotz-senak ba-igarен
zerbait ezti zana:
Itxaropen leunaren
goitiko laztana.

* * *

Yoranez itxasori mosuka eguzki...
Arratsa dil geldiro: gauak bear toki...
Ezkīlak zaratoska,
il-eresi yoka...

Onaindia'tar Yakoba.
(Karmeldar Aba)

Ontziska ta ekaitza

Oi ontziska gaixo,
I bai eŕukarī!
Zer dagik itxaso
Suminduan larī?

Nora ua, intxaur-oskol,
Urez arraunketan?
Ugarte īlezkorraz
Ari amesetan?

Ala, adu (1) itxastarak
Uŕuti bilduma
Ta bertara i be dei,
Zorakor uŕuma?

Garden-zale, iduriz,
Az, ene ontzi; baiña uŕ
Dabilkik ekaitza,
Arerio makur.

---

(1) Adu=suerte.

Ekaitz-eŕaiak dir
Oiñaztaŕi (1) izor,
Buŕunba ostotsak
Odei-ganez sarkor.

Irakin daraki
Ur-zelai gordiñak;
Zurbil (2) yaŕi dira
Lengo margo urdiñak.

I baŕiz auŕera,
Ur-galdoŕak magal,
Uiñen laztan-zale,
Estalkiak zabal.

Azatz gazi zear
Ekaitzaren mende...!
Eŕuki damostak
Itxasontzi txume (3).

Zabuka (4), zinkuriz,
Ondatu-zorian,
Izu-laŕi abil
Uiñen bizkaŕian.

Gain dok ur-mendia.
Gaiztozko zirimol (5);
Ik baŕiz intzira,
Baiña garaiĪe, isol (6).

Or yatork nasian
Itxaski zakaŕa;
Po-egiñik, ene!
Iku dok ondaŕa.

An... laster gaiñik-gain,
Baŕiz, igerian,
Apar zuri barna
Itxas-osiñian.

Uin-sabelak yoek
Suleza-indaŕa;
Ik baiña gaintzeko
Burnezko bulaŕa?

Oi ontziska gaixo!
Yo lenbailen kaira;
Urageak azkar,
Egik ondartzara.

Eunak aize-mende,
Kai-bidean ekin;
Ekaitza igesteko
Alegiñak egin.

Ez yak noski eder
Ondartza-baŕuti,
Erason oŕegaz
Osoan berezi?

Ator, maite: aier (7)
Au aspaldiz kaiak;
Itzat naro yozak
Ur oztin garbiak.

Onaindia'tar Yakoba
(Karmeldar Aba)

---

(1) Oiñaztaŕi=rayo.
(2) Zurbil=pálido.
(3) Txume=diminuto.
(4) Zabuka=a tropezones.
(5) Zirimol=huracán.
(6) Isol=aguacero.
(7) Aier=echar de menos.

Gaztaro

Bizitz-maīladian ba-da gelune bat
Gizonok eŕotsu maitatzen doguna:
Gaztaro sorgiña, goitiko altxoŕa,
Eskar yarioka baŕe dagiskuna.

Baiña oar, Gazte; ikuskezu ondo:
Len loran egoan sagasti mardula
Oŕa ainbarik orain; iīunean datza,
Soil, igar, bizige, il-zapi gain daula.

Gorbei ez daukagu beti txapel zuri
Ezta Eretza be odei-moltzo aŕez.
Aro ori labuŕa dok, iraitzekoa;
Zerbait atsedendu, ta yaŕai beaŕez.

Baiña ik, kaskarin lez ergel, eugan dagik:
«Poz-aro yoagu, betor atsegiña;
Iŕits-ala, yosta-ardoa dadagun,
Azkeak gaitezan oian-sai adiña».

Ta besteratuko aun erio-untzi
Nundikan dabiīen bai al dakik, gero?
Ara: gaur, luŕuna-bide, bizkor gabiz;
Ainbeste ostera yagizak unero.

Ardurage ori, abil bildurpean.
Untzi gaizkor ori el oi dok ixiltsu,
Ebasle gisan, ta txisturik yotzeka.
Bide-zoŕoa gert ez-ta, dei ba-zaitu?

Zoŕo-gertokia ba-degu arean;
Masti beti yator,—Eleiza kistaŕa—.
An sar ta gabiltzan, naitara dastatuk
Aienen odola,—yainkozko eskaŕa—.

Onaindia'tar Yakoba A.
(Karmeldaŕa)

Laŕosa-legor

Ene biotz edermin, goazen atera
Egaŕi bizi au pizkat arintzera.

Negu buru soil ta arnas otza yoan-data,
Gabiltzan landara aize-biĪa eta arbazta.

Zelaien loratzea! Oro erne-naia:
Izadi amandreren berbizte-garaia.

Dana bizitza baŕi. Luŕaren antzalda!
Negu'k iĪik eukana baŕiro biztu da.

Baratza daukot auŕez; sar nadin bertara;
Ta i, biotz edermiña, lasa adi naitara.

Eguzki adar-gori intz-zelai-zalea-
Gesal-oia laga ta goiztik da yagia.

Maite-mizkerietan diardu baratzan,
Aren lagun, oldozkor, ni bere loratzan.

Baratz oni eun esker, ain dozu beratza!
Ederkun-egaŕiz ez yat ilgo biotza.

Gari-azi soloan egotzia iduri,
Baŕun dabilkit norbait yaio-naita urduri.

Biotz-semeak dozuz, baŕuko taupadak,
Yauzkan eguzkitara urten nai leukenak.

Gora doa, luŕa uŕatuz, sorgin-ira-kimu;
An, bigura be pikor zurizkaz daukagu.

Bizitza danok eder uda el-garaiez.
Ta, bai baratz bai biotz, oro erne gurez.

Lilitegia bai dot bitaiz ornidua!
Dana lore, pipīla, adar apaindua.

Ikus-ala landare ta loratan oro:
Akara ta laŕosa, zangoŕi ta mao.

Ak goŕi kukulua, onek buru zuri.
Ezti darioela danak txau ta guri.

Gau-izaŕen antzean, daukadaz dizdizka,
Aizek ikutzekoan polito zabuka.

Toki zorakor zear ara-ona ibilki,
Laŕosondo abar zut edeŕez dot aurki.

Aize-begira datza, arduraz zaindurik,
Baiña laŕosa baga, loreil-erdi izanik.

Ezin etsian nago, laŕosondo gazte!
Abar zut, ta lorarik ez; legoŕa ete?

Uŕ dabil lora-yoŕan gizon bat zaintsua,
Bein gogait egiteke lanari lotua.

Esaidazu, baratzain, yakingura ots nik
Lora-aroan gara, ta an zelan bape barik?

Bai, lora-aro da; baiña, naita ondo landu,
Laŕosarik ez dakar; legoŕa baitozu.

Oŕi ezez yantzia, ta antzu! Bat-batean,
Kisto'ren pikondoa senak emon eustan.

Madari-ondoari, zardiña izan aŕen,
Alerik ez ba-dakar, aizkora ezartzen.

Areitz-enbor igaŕa mendian zertako?
Etxaldera dakaŕe, naŕaz, sutarako.

Listor ilīk ikusi ete erlauntz-atean?
Or nagien zoria. Yarduizu lanean.

Betaz aratu begi nork bere burua.
Ta alegi ontan, bekus, ete dan sartua.

Onaindia'tar Yakoba
(Kalmeldar-Aba)